



EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

¿HAY ALGO QUE RESISTA EL EMBATE DEL TIEMPO?



RÍMINI 2019

¿HAY ALGO QUE RESISTA EL EMBATE DEL TIEMPO?

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2019

En portada: *Cristo en el limbo resucita a los elegidos.*

La imagen del descenso al limbo pertenece a un ciclo de frescos de finales del siglo XV en la capilla de San Sebastián en Lanslevillard, en la Alta Saboya. Cristo vencedor de la muerte, representada por el diablo aplastado bajo las puertas del infierno, saca del reino de los muertos a los difuntos, guiados por Adán. Destacan algunos detalles: la desnudez de los difuntos, igual que la de los recién nacidos; la alegría de sus rostros, que contrasta con el llanto de los neonatos, porque son conscientes de que la vida a la que están a punto de acceder es la vida eterna; finalmente, el detalle de Jesús agarrando a Adán por la muñeca, y no por la mano. La muñeca es el punto del cuerpo humano donde se percibe la vida, y Cristo vuelve a dar la vida. Adán no se agarra a Cristo, sino que se deja aferrar por él, en un gesto de humildad total.

«Con motivo de los Ejercicios espirituales que reúnen en Rímini a los seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación, presididos este año por el significativo lema “¿Hay algo que resista el embate del tiempo?”, el Sumo Pontífice saluda a todos cordialmente, a la vez que desea que la memoria del sacrificio de Cristo y su encarnación en la historia sean la ayuda concreta que ofrece Dios Padre para superar cualquier adversidad y la mediocridad del tiempo presente. El papa Francisco, al tiempo que invita a escrutar los signos de los tiempos y a reconocer en las múltiples historias de santidad la ocasión para la construcción de Su morada en el mundo, le envía de corazón, por intercesión de la Virgen María, la implorada bendición apostólica, extendiéndola gustosamente a todos los presentes, a sus familiares y a todo el movimiento».

Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad,
12 de abril de 2019

Viernes 12 de abril, por la noche

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Sinfonía n. 7 en la mayor, op. 92,

Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker

“Spirto Gentil” n. 3, Deutsche Grammophon

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

Quizá nunca como esta vez hayamos llegado aquí con la conciencia de que no somos capaces de hacer que duren las cosas bonitas que nos suceden en la vida. Y quizá nunca como ahora hemos sido conscientes de lo necesarios que estamos de que alguien resista el embate del tiempo respondiendo a nuestra necesidad ilimitada de duración.

Por ello, supliquemos al Espíritu, el único capaz de resistir y de responder al deseo de plenitud que nos constituye.

Desciende, Santo Espíritu

Comienzo dando lectura al mensaje que nos ha enviado el Santo Padre: «Con motivo de los Ejercicios espirituales que reúnen en Rímíni a los seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación, presididos este año por el significativo lema “¿Hay algo que resista el embate del tiempo?”, el Sumo Pontífice saluda a todos cordialmente, a la vez que desea que la memoria del sacrificio de Cristo y su encarnación en la historia sean la ayuda concreta que ofrece Dios Padre para superar cualquier adversidad y la mediocridad del tiempo presente. El papa Francisco, al tiempo que invita a escrutar los signos de los tiempos y a reconocer en las múltiples historias de santidad la ocasión para la construcción de Su morada en el mundo, le envía de corazón, por intercesión de la Virgen María, la implorada bendición apostólica, extendiéndola gustosamente a todos los presentes, a sus familiares y a todo el movimiento. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

1. Una pregunta que no se puede eliminar

Estoy realmente sorprendido por el interés que ha suscitado la pregunta que hemos propuesto como título de estos días que vamos a pasar juntos: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». Se ve por el número de contribucio-

nes que habéis enviado: dos mil. Os estoy verdaderamente agradecido por la ayuda que me ofrecéis para nuestro camino común. Sucedió ya con los universitarios, que ante la misma pregunta acusaron el golpe. Pero para nosotros adultos, la cuestión es todavía más acuciante, porque tenemos más tiempo y más historia a nuestras espaldas, y por tanto más datos para poder responder. Por eso hemos decidido poner en el centro de los Ejercicios de la Fraternidad la misma pregunta, porque también nosotros tenemos que llevar a cabo la misma verificación.

Para muchos de vosotros, recibir la pregunta ha sido una sorpresa que ha suscitado ante todo un agradecimiento. «Me ha invadido una gratitud inmensa», escribe una persona. Y otra: «Permíteme darte las gracias por esta pregunta que has querido compartir con cada uno de nosotros. Nos has devuelto la conciencia de que cada uno somos una parte del carisma que ha alcanzado nuestra vida y que nos hace estar aquí ahora tomándonos en serio tu pregunta». Otra más: «Espero los próximos Ejercicios con una gratitud inmensa. Mi corazón espera, aunque muchas veces esté cansado. ¿Qué espera? Espera volver a escuchar de nuevo a Cristo, porque nada llena tanto mi corazón, y nada desafía tanto mi razón, es decir, nada exalta tanto mi humanidad como Él. ¡Qué gracia he recibido!».

El interés que se ha despertado en muchos de vosotros es el signo de que no se ha percibido como algo abstracto, sino como una pregunta existencial que ha tocado una fibra sensible en nosotros, ha interceptado una cuestión crucial de la vida de la que no podemos escapar. El interés que ha suscitado indica hasta qué punto percibimos la urgencia de algo que dure. Y esto resulta todavía más asombroso, pues vivimos en una sociedad líquida y por tanto deberíamos estar acostumbrados a que nada durase. De hecho, una mirada a la situación, al estilo de vida que nos caracteriza a muchos de nosotros, jóvenes y adultos, desvela una fragilidad, una volubilidad, un baile continuo de percepciones contradictorias. Muchas veces somos presa de un torbellino de afectos, de sentimientos, en el que todo se construye y se desmonta cada vez más deprisa; como consecuencia, somos fácilmente víctimas de la desilusión. Nada parece mantenerse, el tiempo lo deteriora y lo vacía todo; lo que sucedió ayer pierde su capacidad de impresionarnos, pierde su fascinación.

Ya lo decía Gáber en su *Illogica allegria*: «Lo sé del mundo y también de lo demás / sé que todo se arruina»¹. Se hace eco de ello Vasco Rossi: «Nada dura, nada dura / y tú lo sabes»².

¹ «L'illogica allegria», letra de A. Luporini, música de G. Gáber 1981-1982, © Edizioni CURCI.

² «Dannate Nuvole», letra y música de V. Rossi, 2014, © EMI.

Pero si nada dura, entonces, ¿por qué no nos conformamos y no tratamos de domesticar o anestesiar esta necesidad recurriendo a algún fármaco, como hace el personaje de Houellebecq en su última novela? La serotonina, escribe, «es un comprimido pequeño, blanco, ovalado, divisible. No crea ni transforma; interpreta. Lo que era definitivo lo convierte en pasajero; lo que era inevitable lo vuelve contingente. Proporciona una nueva interpretación de la vida: menos rica, más artificial, e impregnada por cierta rigidez. No procura ninguna forma de felicidad, ni siquiera un verdadero alivio, su acción es de otra índole: transformando la vida en una sucesión de formalidades, permite engañar. Por lo tanto, ayuda a los hombres a vivir, o al menos a no morir..., durante un tiempo. La muerte, sin embargo, acaba imponiéndose, la armadura molecular se agrieta, el proceso de desintegración reanuda su curso»³.

La pregunta que resuena en estos Ejercicios no puede ser suprimida, retorna con su absoluta inevitabilidad. «Este drama [de la vida] [...] –a pesar de que pueda ser tratado como un juego y tomado a la ligera por cualquier tipo de escéptico o de feliz ignorante– es el *único* drama. Y no se puede huir de él sin abandonar, al mismo tiempo, la vida. En resumen, el drama es serio; y nuestra vida no es una farsa por la simple razón de que es única, y de que no podemos cambiar nuestra parte: solo la podemos rechazar»⁴.

2. Tomarse en serio la pregunta es el primer gesto de amistad

El primer gesto de amistad hacia nosotros mismos y entre nosotros es no censurar esta pregunta, sino tomarla en serio. El primer gesto de amistad que una persona enferma tiene consigo misma consiste en tomarse en serio su propia enfermedad. Es sencillo. Y si tienes un amigo enfermo, el primer gesto de amistad con él es una invitación a que se cuide. En el lado contrario está ese abandono que demuestra una falta de afecto por uno mismo.

Por ello, en la primera página de *En busca del rostro humano*, don Giussani nos advierte: «El mayor obstáculo para el camino del hombre es el “descuido” del yo». Por tanto, el primer punto de un camino humano es «lo contrario de este “descuido”», es decir, un «interés por el propio yo», un interés por mi propia persona. Un interés que podría parecer obvio, pero que «de ningún modo es así»: basta con mirar nuestro comportamiento habitual para ver «los grandes vacíos que se abren en el tejido cotidiano de nuestra conciencia y la dispersión que sufre nuestra memoria»⁵.

³ M. Houellebecq, *Serotonina*, Anagrama, Barcelona 2019, p. 281.

⁴ D. de Rougemont, *La persona e l'amore*, Morcelliana, Brescia 2018, p. 57.

⁵ L. Giussani, *En busca del rostro humano*, Encuentro, Madrid 1996, p. 7.

La primera condición a la que nos reclama don Giussani es precisamente este afecto por nuestra persona, es el primer gesto de amistad con nosotros mismos. «Si este [...] afecto por lo humano –no afecto por lo humano como objeto estético, que se mira y se trata de forma poética, sino afecto humano como apego lleno de estima y de compasión, de piedad, hacia ti mismo, como tener por ti mismo un poco del apego que tenía tu madre por ti, especialmente cuando eras pequeño (pero también ahora que eres mayor)–, si no hay en nosotros, hacia nosotros, un poco de este afecto, es como si faltase el terreno sobre el que construir»⁶.

Por tanto, «la primera condición para que [...] se realice [...] el movimiento como acontecimiento [...] es el sentimiento de la propia humanidad: es el “afecto por uno mismo”»⁷. Como escribe Etty Hillesum, «este es el inicio, el primerísimo inicio: tomarse en serio a uno mismo [...]. Este es justamente el trabajo que se puede realizar también con respecto al prójimo: guiarlo cada vez más en su propia dirección, capturarlo y detenerlo en su huida lejos de sí, y tomarlo de la mano y acompañarlo nuevamente a sus fuentes, que le pertenecen»⁸.

Aquel que no censura la pregunta porque ha experimentado un afecto por sí mismo es el único capaz de compartirla con otros. Por eso, el amigo verdadero es quien plantea la pregunta, como nos la planteaba a nosotros don Giussani: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?»⁹. Es una pregunta que nos obliga a ser nosotros mismos, que no deja que nos deslicemos hacia la nada. Muchos me lo habéis escrito. Leo solo algunas de vuestras contribuciones: «Gracias por haberme despertado de mi torpor al enviar esta pregunta: “¿Hay algo que resista el embate del tiempo?”». «He pensado que la pregunta que has planteado podía ir verdaderamente dirigida a mi persona, y no “hecha para...”, con el típico pensamiento de que siempre hay alguien que responde». «Gracias por tu pregunta, me ha “perseguido” desde que la he leído, sin dejarme tranquila. Gracias de verdad por cómo provocas nuestra libertad y por cómo nos invitas a cada uno a ir al fondo de sus circunstancias». «Antes de cualquier palabra, me gustaría decirte que esta provocación ha dominado mis jornadas: se ha convertido en una compañía profunda cuando abría los ojos por la mañana y cuando los cerraba por la noche».

Se trata de una pregunta que, en última instancia, es inevitable. Basta con que decaiga una amistad o una relación afectiva para que brote la pregunta,

⁶ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, p. 291.

⁷ L. Giussani, *Ibidem*, p. 294.

⁸ E. Hillesum, *Il bene quotidiano*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2014, p. 44.

⁹ Cf. J. Carrón, L. Giussani, *¡Vivo quiere decir presente!*, supl. de *Huellas-Litterae Communionis*, octubre 2018, p. 2.

aunque pueda formularse con un acento de escepticismo: entonces, si incluso esta amistad o este amor se derrumba, ¿qué es lo que resiste de verdad?

Hay una canción de Guccini, *Farewell*, que describe este fenómeno. Habla de una historia de amor que llega a su fin: «Era fácil vivir entonces, cada hora», «nos parecía que habíamos encontrado la llave / secreta del mundo», «volver a verse era como renacer otra vez. / Pero cada historia la misma ilusión, su conclusión / y el error fue creer especial una historia normal», «el tiempo nos desgasta y nos tritura»¹⁰.

Es una experiencia que testimonian también algunas de vuestras contribuciones; por ejemplo esta: «La edad me ha provocado una mayor dureza, una defensa frente a lo que sucede para no tener que sufrir por ello. La verdad es que el tiempo marchita, es un examen impetuoso que hace salir a la luz lo que no se ha conservado, y a mí me da mucho miedo descubrir que no se haya salvado suficiente: entonces extendiendo estratos de olvido, cubro, confundo, renuncio incluso a gozar de lo bueno, para que los dolores desconsolados no se asomen y no abran abismos que ya no sería capaz de cerrar. Prevalece una especie de languidez, me acurruco en los ritos y los hábitos, como hacen los viejos, y de este modo partes de mi vida se quedan puntualmente fuera. Incluso mi experiencia en el movimiento se ha convertido, a la larga, en una “vieja tía” a la que tengo afecto, se parece tristemente a una manta de Linus (se refiere al personaje de los comics de Snoopy, *ndt*), a una anestesia que con el tiempo crea adicción o incluso deja de funcionar. Sé que la cuestión está aquí, que cuanto más busco el control, cuanto más me quedo yo, menos se salva, menos resurge. Sé que tengo que aprender a ofrecer justamente lo que más mal hace, lo que yo no puedo ajustar y como mucho soy capaz de esconder, como se hace con el polvo debajo de la alfombra».

Es la misma conclusión amarga a la que llega el genio poético de Baudelaire: «Mi juventud tan solo fue una negra tormenta, / cruzada aquí y allá por soles luminosos; / tal estrago en mí han hecho los rayos y la lluvia, / que en mi jardín ya quedan muy pocos frutos rojos. / Y heme que ya el otoño toqué de las ideas, / y es menester usar la pala y los rastrillos / para igualar de nuevo las tierras inundadas, / donde el agua ha cavado grandes hoyos cual tumbas. / ¿Encontrarán las nuevas flores con las que sueño / en este suelo igual que una playa empapado / el alimento místico que ha de darles vigor? / – ¡Oh, dolor! ¡Oh, dolor! ¡Come el Tiempo a la vida, / y el oscuro Enemigo que el corazón nos roe / se fortifica y crece robándonos la sangre!»¹¹.

¹⁰ «Farewell», letra y música de F. Guccini, 1993, © EMI-BMG.

¹¹ C. Baudelaire, «El enemigo», en *Las flores del mal*, Cátedra, Madrid 2013, p. 115.

Es el miedo de que todo se convierta en nada, de que todo sea engaño y apariencia, como dice Montale: «Tal vez una mañana, caminando en un aire de vidrio, / árido, al volverme veré cumplirse el milagro: / la nada a mis espaldas, el vacío detrás / de mí, con un terror de borracho»¹².

Guccini, Baudelaire o Montale nos impiden volver a nuestros quehaceres igual que estábamos antes, porque nos ponen delante la urgencia de la vida: con su escepticismo o con su nihilismo nos obligan aún más a afrontar la pregunta. Si no lo hacemos, vivimos desesperados. Como describe Houellebecq: «Desprovisto tanto de deseos como de razones para vivir [...], mantenía la desesperación a un nivel aceptable, se puede vivir desesperado, e incluso la mayoría de la gente vive así, no obstante de vez en cuando se pregunta si puede concederse una bocanada de esperanza [...] antes de responder negativamente. Sin embargo persevera, y se trata de un espectáculo impactante»¹³.

Pero amigo no es solo quien plantea la pregunta, lo es también quien no se echa para atrás ante su alcance, escapando o distrayéndose; por tanto no solo quien plantea la pregunta, sino también quien se la toma en serio. Hemos venido a los Ejercicios para esto: para ser ayudados a vivir en la verdad, sin tener que mirar para otro lado porque estamos asustados por todo, porque tenemos miedo a la nada.

«¿Quién sostiene mi fatiga y mi soledad?», pregunta uno de vosotros, «¿quién me acompaña en una decisión difícil? ¿Cómo puede ser salvado mi instante? Después de treinta años de experiencias enriquecidas por el don de la fe, con el tiempo, todos los objetivos parciales que me he planteado y me estoy planteando (algunos incluso los he alcanzado) están dejando espacio inexorablemente al hecho de plantearme esta pregunta. Ahora, por menos de esta pregunta [sin tomarse en serio esta pregunta] no tengo ganas ni siquiera de mover un dedo. Ni con la familia, ni en el trabajo, ni con los amigos, ni mucho menos con las personas desconocidas».

3. La espera

Al venir aquí, queremos sostenernos en la lucha que cada uno de nosotros debe llevar a cabo entre no esperar ya nada y no poder dejar de hacer cuentas con ese deseo de ser felices que nos constituye, es decir, con el deseo de una felicidad que dure, que no se disuelva en el espacio de un día o de una estación.

¹² E. Montale, «Tal vez una mañana caminando en un aire de vidrio», en *Huesos de sepia*, Alberto Corazón Editor, Madrid 1975, p. 61.

¹³ M. Houellebecq, *Serotonina*, op. cit., p. 192.

Qué acuciante es y qué extendido está el drama de quienes piensan que no existe respuesta a la pregunta humana, y sin embargo no consiguen eliminarla. Lo describe Tolstói: «El hombre mira a su alrededor y busca respuestas a su pregunta, y no encuentra ninguna. Encuentra a su alrededor doctrinas que dan respuestas a preguntas que él, de hecho, no se plantea, pero no existe una respuesta a esa pregunta que él se plantea [...]. Y [...] se encuentra solo ante un mundo entero, con esas terribles preguntas tuyas que laceran su alma»¹⁴. Solo.

A veces percibimos incluso en los amigos el miedo a ciertas preguntas, como me escribe una persona: «A pesar de todo lo que he vivido, escuchado y visto, en este momento en que me haces la pregunta me estoy distraendo para no desesperar, porque el peso de la vida es demasiado fuerte, sobre todo el miedo a que las cosas no sean eternas, a que escapen; el tiempo pasa y no queda nada. Cuando les planteo estas cuestiones a mis amigos, me siento como un marciano, como alguien que “se come el tarro con el sentido de la vida y tiene miedo a la muerte”; entonces me quedo detrás, me encierro en mí mismo, parece que no hay nada que resista el embate del tiempo».

Es precisamente esta pregunta que lacera el alma lo que lleva a Borges a buscar sin descanso: «Seguiré buscándolo hasta el día / último de mis pasos por la tierra»¹⁵, comprometiéndose de este modo a seguir siendo leal consigo mismo hasta el fondo.

A veces puede parecer incluso una locura planteársela. Y sin embargo, la urgencia de la que hablamos es tan constitutiva que, a pesar de cualquier apariencia de sentido común, el hombre leal no puede en última instancia sustraerse a ella. Por ello Camus se rebela y afirma, grita la verdad de esta ineludible urgencia a través de la voz de Calígula: «Pero no estoy loco y aún más: nunca he sido tan razonable. Simplemente, sentí en mí de pronto una necesidad de imposible. [...] Las cosas, tal como son, no me parecen satisfactorias. [...] El mundo, tal como está, no es soportable. Por eso necesito la luna o la felicidad, o la inmortalidad, algo descabellado quizá, pero que no sea de este mundo»¹⁶.

La dificultad para encontrar respuesta lleva a preguntarse si no es un sueño lo que buscamos. El poeta español Antonio Machado no solo tiene la audacia de plantearse con seriedad esta pregunta, sino que indica la condición para poder captar los signos, en caso de que llegasen, de una respuesta: un corazón despierto, que mira y escucha. Escribe: «¿Mi corazón se ha

¹⁴ L. Tolstói, *Sulla vita*, Feltrinelli, Milán 2018, p. 78.

¹⁵ J.L. Borges, «Cristo en la cruz», en *Los conjurados*, Alianza, Madrid 1985, pp. 15-16.

¹⁶ A. Camus, «Calígula», en *Obras*, vol. I, Madrid, Alianza 1996, pp. 358-359.

dormido? / Colmenares de mis sueños, / ¿ya no labráis? ¿Está seca / la noria del pensamiento, / los cangilones vacíos, / girando, de sombra / llenos? / No; mi corazón no duerme. / Está despierto, despierto. / Ni duerme ni sueña; mira, / los claros ojos abiertos, / señas lejanas y escucha / a orillas del gran silencio»¹⁷.

Cuando nos tomamos en serio la vida, nos lleva ahí, a orillas del gran silencio, es decir, del Misterio, ante el cual solo podemos permanecer con los ojos claros, abiertos, limpios, esperando del Misterio mismo alguna señal, permaneciendo a la escucha de algún signo. Solo quien se encuentra en esta posición de apertura original puede percatarse, cuando aparece, de la irrupción de una respuesta al deseo del corazón, puede reconocer los signos de su manifestación. Plantearse la pregunta, dejar que ella irrumpa nos hace estar atentos para sorprender cualquier ápice de respuesta, esté donde esté.

Lo expresa bien una poesía de Patrizio Barbaro: «El ojo mira. [...] Es el único que puede darse cuenta de la belleza. [...] La belleza se ve porque está viva y por tanto es real. Mejor dicho, porque puede pasar que la veas. [...] El problema es tener ojos y no saber ver, no mirar las cosas que suceden. [...] Ojos cerrados. Ojos que ya no ven. Que ya no son curiosos. Que ya no esperan que suceda nada. Quizá porque no creen que exista la belleza. Pero por el desierto de nuestros caminos Ella pasa, rompiendo el límite finito y llenando nuestros ojos de infinito deseo»¹⁸.

4. El imprevisto

La belleza viene, sucede sin pedirnos permiso, desafiando cualquier escepticismo, cualquier nihilismo. Y si uno está atento puede captarla y esto despierta todo el deseo. Por tanto, todo lo que se nos pide es que estemos atentos para sorprenderla cuando llega. «No es a fuerza de escrúpulos –escribe de hecho Camus en sus *Carnets*– como un hombre llega a ser grande. La grandeza llega, si Dios quiere, como un día espléndido»¹⁹.

Toda nuestra vida se juega en captar el momento en el que la belleza pasa ante nuestros ojos. ¿Cómo puedo reconocer que la he captado? Lo reconozco porque de repente abre mis ojos, despertando mi deseo.

Pero, ¿cuál es la belleza que más necesitamos? Una preferencia. Una preferencia última que todos anhelamos experimentar. Porque la preferencia

¹⁷ A. Machado, «¿Mi corazón se ha dormido?», LX, *Soledades*, en *Poesías completas*, Espasa Calpe, Madrid 1988, pp. 130-131.

¹⁸ P. Barbaro, *Ah uno sguardo* – dedicada a Pasolini, en «Una domanda a cui non so rispondere», a cargo de F. Pierangeli, *30Giorni*, n. 11/2000.

¹⁹ A. Camus, *Carnets III*, Gallimard, París 1989, p. 33.

es el método de todo despertar, de todo rescate, de toda generación de lo humano, del yo.

Cuenta uno de vosotros: «Hace un año contratamos a una profesora joven para enseñar en la escuela primaria. Vive la misma situación de confusión que muchos jóvenes, en especial la angustia generada por no estar nunca a la altura de las circunstancias. El otro día vino a verme y me contó que desde que está en la escuela está peor que antes, porque se le están abriendo muchas preguntas y muchas heridas. Le dije que, entonces, estaba en el mejor momento de su vida, que las preguntas y las heridas se abren ante algo que de algún modo ofrece ya una esperanza. Me dijo que no, que las heridas eran muy dolorosas, y que antes por lo menos tenía una coraza, mientras que en la escuela la coraza había saltado por los aires. En ese momento me contó su historia, con todas las dificultades que había pasado. Después fue durante un breve periodo al colegio Newman. Al volver me dijo: “En el colegio Newman me ha sucedido algo. Algo que no sé qué es. Pero la gente se ha dado cuenta. Me dicen que estoy más contenta y más tranquila. Me lo dicen compañeros y familiares. También yo veo que me ha sucedido algo. Pero, ¿el qué? No me digas que es Dios, porque no puedo aceptarlo”. Le dije que no se hiciera problemas con Dios, que fuese leal hasta el fondo con su experiencia. Después me preguntó: “¿Por qué me ha sucedido esto? Aquí hay muchos otros que no creen, a los que no les ha pasado nada. ¿Es quizá por la necesidad que tengo, por la herida abierta que tengo?”».

Es decir, la belleza que pasa por el desierto de nuestros caminos es interceptada por quien tiene una verdadera necesidad, por quien tiene esta herida y esta pureza.

¡Qué fácil es reconocer la belleza —es decir, la evidencia de una preferencia que despierta nuestro yo— cuando sucede! Es un ser elegidos que nos hace llegar a ser nosotros mismos. Como dice una poesía de Pedro Salinas: «Cuando tú me elegiste / —el amor eligió— / salí del gran anónimo / de todos, de la nada [cuando el tú aparece es como si nos sacase de la nada] [...] / Pero al decirme: “tú” / —a mí, sí, a mí, entre todos— / más alto ya que estrellas / o corales estuve [me llevas a las estrellas]. / Y mi gozo / se echó a rodar, prendido / a tu ser, en tu pulso. Posesión tú me dabas de mí, al dárteme tú. / Viví, vivo ¿Hasta cuándo? [...] / Uno más seré yo / al tenerte de menos»²⁰, hasta tal punto eres decisivo para que yo sea yo mismo.

Entonces, la gran cuestión que tenemos ante nosotros, amigos, es esta: ¿hay algo, ha sucedido algo en nuestra vida que se distinga de todo aquello que no dura y que no deja huella en nosotros? «Esto es —escribe Kierkegaard

²⁰ P. Salinas, *La voz a ti debida y Razón de amor*, 62, Castalia, Madrid 1969, pp. 114-115.

en su *Diario*— lo importante en la vida: haber visto una vez algo, haber escuchado algo tan grande, tan magnífico que cualquier otra cosa sea nada comparada con ella, e incluso si se olvidase todo lo demás, esa no se podría olvidar nunca»²¹.

Por tanto, se trata de mirar todo lo que nos ha sucedido para ver si algo se ha mostrado capaz de durar, de resistir al vaciamiento que obra el paso del tiempo. ¿Ha ocurrido alguna vez algo o alguien en nuestra vida que haya demostrado resistir el paso del tiempo? ¿Ha habido algo que haya sido capaz de atraer nuestra vida de forma estable? Es la gran cuestión con la que debe medirse cada uno de nosotros, mirando su propia experiencia, si no quiere ver cómo se desmorona todo.

Ese «algo» del que hablamos Montale lo llama «imprevisto»: «Un imprevisto / es la única esperanza». Pero muchos dicen que «es una estupidez decirselo»²², y a veces también nosotros lo pensamos.

Sin embargo, nadie podrá impedir que algo nuevo aparezca ante nuestros ojos —porque hay más cosas en el cielo y en la tierra que en toda nuestra filosofía, según la fórmula del gran Shakespeare²³—: algo que «no podía existir y está aquí», decía Giussani en 1968, algo que «no podía existir porque nunca habíamos pensado en ello, no podíamos pensar en ello [y tampoco imaginarlo] y está aquí»²⁴.

Si hemos venido a Rímìni es porque, al menos una vez, al menos en un determinado momento, nos ha sucedido este «imprevisto» que ha aferrado nuestra vida hasta llevarnos a participar en este gesto. Si hemos venido aquí es porque estamos todavía abiertos a la posibilidad de encontrar ese «tú» que nos ha hecho salir del anonimato para hacer de cada uno de nosotros verdaderamente él mismo, alguien único. Muchos de nosotros esperamos que se renueve este encuentro.

Por lo menos una vez, por lo menos en un momento determinado nos ha sucedido algo de lo que tenemos nostalgia. Uno de vosotros lo describe así: «Pienso en la pregunta que se nos ha enviado: “¿Hay algo que resista el embate del tiempo?”. ¡Buena pregunta! Situaciones en la familia que no cambian nunca, más aún, que parece que se hundan en un foso cada vez más profundo. Relaciones y estructuras que parecen consolidadas, pero de las que, en el fondo, parece que no se puede tener ninguna seguridad. No se puede, porque no se puede garantizar que no se haga tanto mal a alguien

²¹ S. Kierkegaard, *Diario. I (1834-1849)*, Morcelliana, Brescia 1962, p. 239.

²² E. Montale, «Antes del viaje», en *Satura*, Icaria, Barcelona 2000, p. 141.

²³ «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las soñadas en tu filosofía» (W. Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena V).

²⁴ L. Giussani, *¡Vivo quiere decir presente!*, supl. de *Huellas*, n. 9, 2018, p. 11.

que llegue a rechazar el perdón. O que, por el curso natural de las cosas, incluso las amistades más profundas antes o después hieran, desilusionen o nos dejen abandonados. Y no hay estructura que la violencia propia o de los demás no pueda despedazar según un ideal propio de revolución y justicia. Basarse en las propias energías humanas o en la propia bondad está al límite del ridículo. Sinceramente, de vez en cuando miro mi vida y la percibo como un inmenso sepulcro. Y últimamente pasan días enteros en los que me siento así. Me resulta igualmente ridículo decirme: “¡Ah, qué bien, ahora vas a los Ejercicios, te dirán qué es lo que resiste el embate del tiempo y entonces volverás a casa y todo será distinto!”. Pero entonces, ¿por qué vengo? Vengo, pienso yo, por lo único que creo poder definir como una constante: un indestructible atractivo último de algo que vive en el movimiento y de lo que no consigo separarme. Vengo para buscar lo único de lo que tengo nostalgia de verdad».

Por eso, amigos, pidamos que cada uno de nosotros sea alcanzado de nuevo, cualquiera que sea la situación en la que se encuentre, por la mirada del Señor, por esa preferencia que le ha hecho renacer, para que pueda experimentar lo preciosa que es su vida y que no está condenado a ver cómo se desliza hacia la nada.

Pidamos por tanto vernos de nuevo aferrados por esa preferencia última que nuestro ser espera: «Eres precioso a mis ojos»²⁵; tú, no otro, no alguien distinto de ti; tú ahora, tal como eres, no cuando cambies. ¡Ahora! ¡No estás condenado a deslizarte hacia la nada! Eres realmente precioso a sus ojos.

El instrumento para el compromiso que nos pedimos en estos días es el silencio. Por ello, ayudémonos unos a otros con nuestra seriedad, antes que nada respetando el silencio. Decía don Giussani: «Pasamos juntos un día y medio para perseguir una mayor verdad en nuestra vida. Hemos hecho muchos sacrificios –para muchísimos de vosotros muy grandes– para venir aquí; tratemos de aprovecharlo lo mejor posible, de vivir la alegría de una familiaridad con el Señor más plena que en los mejores días del año. Por ello, debemos asumir un compromiso personal para conseguir un resultado realmente bueno. [...] El instrumento para este compromiso personal es el silencio. [...] El silencio, de hecho, no es un vacío, es una oración, es la conciencia de estar ante Dios, [...] es una petición». Por ello, «también los libros que se ofrecen se pueden comprar en silencio»²⁶, sosteniéndonos mutuamente. «Recomendamos el silencio sobre todo durante los traslados; que el silencio absoluto

²⁵ Is 43,4.

²⁶ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 178-179.

se mantenga también mientras entramos en el salón, donde la música que escucharemos y las imágenes que veremos nos ayudarán a hacer memoria; así nos dispondremos a mirar, a escuchar, a sentir con la mente y el corazón lo que de algún modo Dios quiera decirnos». Porque «lo que hacemos juntos en este día y medio no es más que un aspecto del gran gesto amoroso con el que el Señor –te des cuenta o no– empuja tu vida [y la mía] hacia ese Destino que es Él»²⁷.

El silencio, por tanto, es para mirar bien estas cosas (cuando uno tiene una úlcera de estómago, no la resuelve por el hecho de no considerarla, la lleva consigo en cualquier caso, y no afrontar el problema solo hace que su vida resulte más pesada, insoportable).

Tenemos la posibilidad de estar juntos, de poder mirarlo todo sin miedo, como los publicanos que iban con Jesús porque con Él podían ser ellos mismos, no tenían necesidad de estar a la altura, eran abrazados tal y como eran.

El silencio –¡al menos una vez al año dejémoslo entrar en nosotros hasta la médula!–, la oración, el canto, las indicaciones que nos daremos no son indicaciones formales, sino sugerencias para que todos nosotros vivamos este gesto con la seriedad que requiere la vida.

Podemos vivir a lo grande, amigos, pero es necesario quererlo.

²⁷ L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rimini 8-10 de mayo de 1992, supl. de *CL-Litterae Communionis*, junio 1992, p. 5.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Jer 20,10-13; Sal 17 (18); Jn 10,31-42

HOMILÍA DE STEFANO ALBERTO

Si somos leales, tenemos que reconocer que en nuestra vida nosotros también recogemos piedras para lapidar a Jesús: las piedras del orgullo, de la nostalgia amarga, de la instintividad, de la maledicencia. Cada uno de nosotros puede reconocer perfectamente esta posibilidad ante la mirada de Jesús, que expresa Su relación con el Padre. Este es el escándalo: que este hombre es Hijo, es el Hijo del Padre, de nuestro Destino.

Tenemos ante nosotros la posibilidad de resistir con nuestras razones – las razones “nuestras” – o revivir la experiencia de los que fueron a buscarle. Muchos se acercaron a Él, como nosotros esta noche. Revivir esa misma experiencia partiendo del reconocimiento de la mayor obra del Padre, a través de Él, es decir, de nuestro corazón como sed de felicidad, dentro de cualquier circunstancia, dentro de cada prueba, dentro de cada decepción, el corazón como ardiente sed de la felicidad de poder encontrar esa Belleza, como nos acaban de decir.

Si estamos aquí es para encontrar y reconocer esta mirada, este rostro, el rostro humano de la misericordia del Padre que nos atrae hacia Sí y nos espera.

Sábado 13 de abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Cuarteto para cuerda en la menor, op. 132

Quartetto Italiano

“Spirto Gentil” n. 49, Decca

Ángelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACIÓN

Julián Carrón

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8)

Frente a la pregunta: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?», la respuesta no pueden ser nuestros sentimientos o nuestros estados de ánimo, nuestros pensamientos o nuestros argumentos, que «a nadie interesan»²⁸. Por ello, ¡miremos a la cara nuestra pregunta! No tenemos ningún miedo a tomarnos en serio las preguntas más desafiantes que puedan surgir en la vida: no queremos mirar para otro lado, no queremos conformarnos con consue- los baratos, queremos ser hombres y mujeres capaces de mirarlo todo.

En un encuentro de responsables, una universitaria me planteó de forma franca una cuestión que nos puede ayudar a comprender el problema: «El pasado fin de semana hicimos una convivencia de dos días para acoger a los alumnos de primero que me pareció preciosa y que llegaba en un momento muy difícil de mi vida. Al final de la convivencia me di cuenta de que estaba distinta. El problema es que, al volver a casa –bastaron veinte minutos– sucedió algo insignificante y volví a mi nerviosismo, como si lo que había pasado no me hubiese cambiado, como si no se mantuviese en pie todo lo bello que había sucedido durante esos dos días. Por tanto, mi pregunta es: ¿qué sucedió allí y qué puede resistir después en la vida cotidiana?».

Esquematisando al máximo para que la cosa pueda resultarnos clara y sencilla, podemos decir que la situación en la que nos encontramos con

²⁸ Cf. H.U. von Balthasar, *La percepción de la forma. Gloria. Una estética teológica*, vol. I, Encuentro, Madrid 1985, p. 3.

frecuencia es esta: nosotros llegamos de una experiencia A (en este caso, un momento muy difícil) y sucede B (esa joven va a la convivencia, sucede algo y se ve descolocada, cambiada), pero después de un rato, como si no hubiese sucedido nada, como si B no se hubiese producido, volvemos a A y nos encontramos como al principio. Parece que se desvanece lo que nos ha sucedido, que no tiene la fuerza suficiente para durar, para atravesar el tiempo, para seguir cambiándonos.

Quizá la descripción que hace la estudiante es un poco ingenua, pero el meollo es el mismo que nos decía don Giussani en la Jornada de apertura de curso: nos sucede una novedad radical –imprevista, imprevisible–, un encuentro incomparable, una belleza que nos cambia, pero después nos parece que ese acontecimiento queda limitado a un momento, como una ola del mar que, después de haber tocado la orilla, se retira y todo vuelve a ser como antes: estamos tentados de reconducir lo que nos ha sucedido a nuestra experiencia precedente, a nuestra sabiduría anterior²⁹.

Este es nuestro drama. Entonces, ¡afrontémoslo, como hizo de manera sincera esa joven! ¿Cuáles son los factores implicados en este aparente desvanecerse, retirarse, de la novedad que hemos experimentado? ¿Por qué vivimos dominados por la sospecha y la oscilación?

1. Algo «que no tiene vuelta atrás»

Para abordar la pregunta planteada –«¿Hay algo que resista el embate del tiempo?»– lo primero que debemos hacer es mirar nuestra experiencia.

La frase de Kierkegaard que citamos ayer por la noche nos ofrece el criterio para interceptar la respuesta. «Esto es lo importante en la vida: haber visto una vez algo, haber escuchado algo tan grande, tan magnífico que cualquier otra cosa sea nada comparada con ella, e incluso si se olvidase todo lo demás, esa no se podría olvidar nunca»³⁰.

¿Ha sucedido algo en nuestra vida que no hayamos podido olvidar, algo tan grande, tan magnífico que se haya mostrado capaz de desafiar el tiempo, nuestros estados de ánimo, las circunstancias, y de acompañarnos incluso en los momentos más dramáticos de la vida? Como decía una de las cartas de ayer por la noche: «¿Por qué vengo [otra vez]? Vengo [...] por [...] un indestructible atractivo último de algo que vive en el movimiento y de lo que no consigo separarme. Vengo para buscar lo único de lo que tengo nostalgia de verdad».

²⁹ Cf. L. Giussani, J. Carrón, *¡Vivo quiere decir presente!*, op. cit., p. 9.

³⁰ S. Kierkegaard, *Diario. I (1834-1849)*, op. cit., p. 239.

Esta duración, esta resistencia –el indestructible atractivo último por el que nuestro amigo ha venido aquí– es el «signo» que nos permite comprender el alcance de lo que nos ha sucedido.

«Una eterna miseria persigue a aquel que vive cada día, si no encuentra un amor que perdure cada día»³¹, dice Hugo de San Víctor.

a) *El encuentro*

El primer indicio de respuesta a nuestra pregunta –siguiendo el criterio ofrecido por Kierkegaard– está contenido en el hecho mismo de estar aquí. Si seguimos viniendo –como el amigo citado antes– es porque nos hemos topado con personas que nos han hecho experimentar una preferencia única, totalmente gratuita, que nos han permitido experimentar una plenitud, una vibración humana que nos ha confortado, nos ha permitido ser nosotros mismos, nos ha quitado el miedo y nos ha llenado de esperanza y de alegría; un encuentro en el que hemos tenido, por lo menos, el presentimiento de algo nuevo, distinto, que ha sacado a la luz lo que de verdad somos.

Esta es la experiencia que hemos vivido. El amor que Dios me ha manifestado a través de ciertos rostros «hace de mí lo que en definitiva soy, [...] me hace único también a mí»³², como decía von Balthasar. Podrías ser cien veces más frágil, más incoherente, más inseguro de lo que eres, pero hay alguien que te permite experimentar esta preferencia absolutamente gratuita: «Eres precioso a mis ojos».

Es algo evidente, de una evidencia sin parangón: estamos aquí porque, por usar de nuevo las palabras de la Jornada de apertura de curso, hemos sido alcanzados –cada uno en sus propias circunstancias– por una presencia cargada de propuesta, de significado para la vida, y al mismo tiempo cargada de afecto por nosotros mismos, de elección, de preferencia³³. Esto nos ha abierto de par en par y nos ha cautivado como ninguna otra cosa. Hemos visto una forma distinta de relacionarse entre las personas, un modo más humano de tratarse, una «convivencia», una «vida» que encierra una nove-

³¹ Hugo de San Víctor, *De arra anime*, Glossa 2000, p. 13.

³² H. U. von Balthasar, «Significado de la antigua alianza», en H. U. von Balthasar – L. Giussani, *El compromiso del cristiano en el mundo*, Encuentro 1981, p. 29.

³³ «No creyeron porque Cristo hablara diciendo esas cosas, no creyeron porque Cristo hiciera esos milagros, no creyeron porque Cristo citara a los profetas, no creyeron porque Cristo resucitara a los muertos. [...] Creyeron por una presencia. No una presencia desdibujada o superficial, no una presencia sin rostro: una presencia con una cara bien precisa [...] Una presencia cargada de propuesta es, por tanto, una presencia cargada de significado» (L. Giussani – J. Carrón, *¡Vivo quiere decir presente!*, op. cit., p. 8).

dad, una promesa que nos ha llenado de asombro; nos hemos visto atraídos, nos hemos acercado, nos hemos llenado de curiosidad.

El comienzo de todo esto ha sido «*el encuentro* con un hecho objetivo [...] cuya realidad existencial consiste en una comunidad que se expresa sensiblemente, tal como ocurre con cualquier realidad íntegramente humana; comunidad en la cual la voz humana de la autoridad, manifestada en sus juicios y directrices, constituye el criterio y la forma. No existe ninguna versión de la experiencia cristiana, por muy interior que sea, que no implique, al menos en última instancia, este encuentro con la comunidad y esta referencia a la autoridad»³⁴.

Puede haber sido el encuentro con una comunidad cristiana viva o con una persona que testimoniaba ante nuestros ojos una vida diferente³⁵, pero nos ha sucedido un encuentro que nos ha atraído y que –como dice Kierkegaard– no podemos olvidar, no podemos borrar (no podríamos arrancárselo aunque quisiéramos).

Me escribe una universitaria: «Por naturaleza siempre me ha gustado estar retirada, mantenerme al margen de todo, vivir tranquila dentro de mis cuatro paredes y estudiar con la intención de huir del mundo. Uno puede pensar cuantas veces quiera que la vida da asco, por comodidad personal, y que no existen razones por las que comprometerse, pero solo lo puede hacer mientras no tenga la gracia de encontrarse con gente que vive llena de razones, llena de gusto y de sentido [esto es lo que establece la diferencia; y una vez que lo has visto, es distinto]. Para mí conocer el movimiento ha significado esto: ha supuesto el encuentro con personas de una humanidad deslumbrante que, una vez conocida, ya no deja en paz, atormenta, es capaz de hacer que tengas un cierto malestar por cómo has maltratado tu vida». El encuentro ha introducido en su vida un afecto por sí misma que no era capaz de tener. Y, una vez conocida esta humanidad distinta, no puede dejar de experimentar malestar. Pero después añade: «Por eso tengo miedo cuando uno de estos amigos me escribe y me busca, porque sé que una sola hora con ellos cuestionaría cualquier posición mía, haría nacer en mí esa sensación perfectamente reconocible que experimentas cuando miras algo enorme y precioso y sientes que podría ser tuyo también». ¡Es impresionante! La resistencia –nos ha dicho don Giussani muchas veces– es a la belleza³⁶. Tenemos miedo a la belleza de lo que hemos visto. Continúa la carta: «Es verdad que mi miedo ha seguido siendo

³⁴ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 120.

³⁵ Cf. L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 31-35.

³⁶ Cf. L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 65-66.

el mismo. He olvidado muchas cosas, pero no esos ojos con los que he sido mirada, porque ahí ya estaba contenido todo el bien que se me ofrecería los años siguientes y que insistentemente vuelve a buscarme, a recuperarme con una fidelidad que va más allá de cualquier lógica y que es el único y último dique capaz de contener la tentación de vivir pasivamente».

El encuentro con el fenómeno de una humanidad distinta: así es como empezó todo. Al igual que Juan y Andrés, también nosotros nos hemos topado con una presencia excepcional cargada de propuesta, cargada de significado para la vida³⁷.

b) *El significado del encuentro*

No es suficiente que suceda esto. Es necesario que nos demos cuenta de su significado. Si no, como nos sucede a menudo, volvemos constantemente a lo ya sabido, a nuestro modo habitual de mirar, a la mentalidad de todos. Y entonces empieza a salir a la luz el problema: cuando volvemos a A después de haber visto B, y pensamos que todo se ha desvanecido, es porque no hemos comprendido el alcance de lo que nos ha sucedido. De hecho, para ganar cualquier cosa de forma verdadera en nuestra experiencia es preciso darse cuenta de su significado.

Esto vale para todo: «Lo que caracteriza a la experiencia es *entender* una cosa, descubrir su *sentido*. La experiencia implica, por tanto, la inteligencia del sentido de las cosas»³⁸. No se puede afirmar y aferrar de verdad una realidad si no se afirma su significado.

Esto es lo que escribe una amiga:

«En los últimos seis meses me he visto arrollada por un gran cambio que ha puesto patas arriba mi vida, generando en mí un dolor gigante. Lo que más desorientada me dejaba era que ese dolor tenía su origen en una de las cosas más bonitas que quizá me hayan sucedido; una gran paradoja, en definitiva. Como consecuencia, al no ser capaz de encontrar respuestas de sentido a lo que me había pasado, con los meses he ido madurando –gradualmente y casi sin darme cuenta– un sentimiento de total nihilismo, apatía y ausencia de significado. Un día una buena amiga me invitó a participar en la Escuela de comunidad. Asistí durante algunos meses sin un motivo especial, pero continuaba yendo. Y me di cuenta de que esa Escuela de comunidad decía una verdad absoluta sobre mi vida, además de indicarme también un camino

³⁷ «El primer capítulo del Evangelio de Juan documenta la forma sencillísima y profunda con la que brotó el cristianismo en la historia: un acontecimiento humano que sucede, el encuentro con el hecho de una presencia excepcional» (Cf. L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 21).

³⁸ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 118.

hacia las cosas que parecían preparadas para mí, que me harían más feliz. Es como si se me hubiesen abierto los ojos. Percibí por primera vez que seguía cosas que ante mis ojos parecían cómodas, atractivas y llenas de promesas, pero que en realidad se mostraban después cerradas en sí mismas. Pero yo las seguía porque estaba anestesiada por la mentalidad mundana de hoy, y por ello no me planteaba demasiadas preguntas. En los últimos meses había empezado a desear cosas que se mantuviesen en pie ante las adversidades de la vida y que no careciesen de significado, y también rostros verdaderos. Y gracias a Dios he encontrado el movimiento. Frente a esta toma de conciencia me he sentido por primera vez como si estuviese llena y fuese verdaderamente feliz, pero con una felicidad duradera y no circunscrita solo al día en que voy a la Escuela de comunidad. Evidentemente Alguien sabe mejor que yo lo que mi corazón desea y ha planificado todo para que yo pueda vivir a la altura de mis preguntas».

Debemos darnos cuenta entonces de lo que nos ha sucedido, de la naturaleza del hecho, porque si no captamos verdaderamente lo que lo hace diferente, la razón de esa diferencia, lo tratamos como si fuese una más de las cosas que suceden en la vida, que prometen mucho y después desilusionan porque terminan, como si el cristianismo fuese uno más de los muchos dioses en el panteón de la mentalidad de todos, uno más de los intentos destinados a fracasar.

No resulta obvio comprender el alcance de algo que hemos vivido. Se ve porque el acontecimiento que hemos vivido no determina nuestra autoconciencia y nuestra acción: no hay crecimiento de la conciencia, no crece el yo, el encuentro no se vuelve determinante para nuestra relación con la realidad. Por eso seguimos partiendo de A en lugar de partir de B. Como cuando un chaval resuelve un problema de matemáticas por casualidad, sin comprender el porqué; la siguiente vez no afronta el nuevo problema con un plus de conocimiento, y se encuentra como al principio. Haber resuelto el problema por casualidad, sin comprender la razón, no le ha servido para nada. Sucede lo mismo en la vida: podemos vivir cosas increíbles y no aprender nada de ellas. Si no percibimos el significado de un hecho –por muy clamoroso que sea– y no llega a determinar nuestra autoconciencia, no servirá para nada. Pensad en los nueve leprosos curados por Jesús o en los escribas ante el ciego de nacimiento curado por Él.

En cambio, ¡qué distinto es todo cuando uno comprende el alcance de algo que entra en su vida!

Pongo un ejemplo para que resulte más claro. Es un episodio que le sucedió a Giussani. Al escuchar *La Favorita* de Donizetti con catorce años le pasó algo que se quedó grabado en él, y cuando lo cuenta muchos años des-

pués se ve que todavía está marcado por ello. «Cuando el estupendo tenor entonó *Spirto gentil, ne' sogni miei...*, al vibrar la primerísima nota intuí con intensidad que lo que se llama ‘Dios’ –es decir, el Destino inevitable para el que nace un hombre– es el término de la exigencia de felicidad, es esa felicidad de la que el corazón es exigencia irrevocable»³⁹. En ese momento, al escuchar aquellas notas y aquellas palabras, Giussani intuía algo que a la mañana siguiente no se había desvanecido, tuvo una percepción tan clara, tan única, tan evidente de ese «algo» que, desde entonces, no pudo vivir sin estar determinado por ese instante y por ese descubrimiento.

Existen momentos, encuentros, hechos que son distintos de los demás; son hechos y momentos de la vida que tienen una potencia incomparable. Y no por el ruido que hacen, sino por la fuerza que tienen para despertar nuestro yo, porque traen a nuestra vida algo decisivo.

Lo describe de modo fascinante y realista Giussani: «Puede haber sido un momento brevísimo, sutil, en el que hemos tenido el presentimiento de una promesa, lo que nos haya traído aquí, sin una conciencia crítica llamativa. Pero existe un día en vuestra vida en el que se dio un encuentro que encierra todo el significado, todo el valor, todo lo deseable, todo lo justo, todo lo bello y todo lo amable»⁴⁰.

Estos momentos únicos nos permiten descubrir algo que dura, algo que tiene el acento inconfundible de la verdad. Don Giussani observa, hablando del encuentro: «A veces aparece como “un rayo en la niebla”, pero esta fugaz aparición nos produce igualmente la seguridad de haber encontrado, por decirlo con un juego de palabras, “algo en cuyo interior hay algo”»⁴¹.

Para ver ese «algo» que hay dentro de aquello con lo que nos topamos (tal persona, tal comunidad, el «hecho objetivo») no hace falta tener una inteligencia especial, como a veces pensamos. Solo hace falta secundar la exaltación «de la capacidad cognoscitiva de la conciencia» que el mismo hecho suscita, genera, adecuando «la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca»⁴². Podemos comprenderlo por analogía con muchas de nuestras experiencias: los encuentros con ciertas personas abren nuestra mirada permitiéndonos ver con mayor agudeza, con mayor profundidad la realidad de las cosas.

Pero, ¿en qué consiste, de qué está hecho este «secundar»? Coincide con una pureza de corazón.

³⁹ L. Giussani, «Quel che cerchi c'è», en *Spirto Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidati da Luigi Giussani*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, BUR, Milán 2011, p. 11.

⁴⁰ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, BUR, Milán 2009, p. 426.

⁴¹ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 102.

⁴² L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 121.

Pensemos en el Innominado tal como nos lo presenta Manzoni. Había orientado su vida de un cierto modo, había tomado sus decisiones, había tomado posición con respecto al cristianismo, había visto muchas veces a la gente ir a la iglesia sin conmovirse lo más mínimo por ello. Pero en un momento crucial de su vida en el que la espina del tormento empezaba a hacer mella, cuando oyó desde la habitación de su castillo a toda la gente que acudía gozosa a ver al cardenal Federigo Borromeo, algo se movió en él, se dejó atraer por su alegría y se unió a ellos. Cuando se halló delante del cardenal, cuando se vio atravesado por su mirada, aferrado por su abrazo, su corazón cedió: secundó la potencia de esa mirada, el calor de esa ternura inesperada. «El Innominado –dice Manzoni–, soltándose de ese abrazo, se cubrió de nuevo los ojos con una mano y, alzando a la vez la faz, exclamó: “¡Dios verdaderamente grande! ¡Dios verdaderamente bueno! Ahora me conozco”»⁴³. La mirada del cardenal, como la de Jesús con Zaqueo, le libera de la presunción, le restituye una conciencia verdadera de sí mismo y despierta en él la pobreza de espíritu. Al final de su diálogo, el cardenal se dirige al Innominado: «No creáis [...] que me contento por hoy con esta visita», y le pregunta: «Volveréis, ¿no es cierto? En compañía de este eclesiástico». «¿Que si volveré?», se pregunta asombrado. Y aquí explota la conciencia nueva de sí mismo, toda la pobreza del corazón: «Aun cuando vos me rechazarais, me quedaría obstinado a vuestra puerta, como un mendigo. ¡Necesito hablaros!, ¡necesito oíros, veros!, ¡os necesito!»⁴⁴. Se ve que algo le había sucedido por el deseo que brotó en él de encontrarse nuevamente con el cardenal.

Preguntémosnos: ¿quién es nuestro cardenal, el cardenal de cada uno, el cardenal que hace que cada uno de nosotros sea él mismo, que le abre de par en par, sin el cual no puede vivir? Jesús no es abstracto, no es un mero nombre. Jesús está vivo, está presente, nos alcanza ahora a través de la precariedad de una carne, a través de una mirada y un abrazo reales, concretos. «¡Vivo quiere decir presente!», proclamamos en la Jornada de apertura de curso. Solo algo presente puede hacernos pobres. No necesitamos ninguna organización, ninguna estrategia, necesitamos de alguien que nos devuelva a nosotros mismos. Necesitamos que suceda delante de nosotros alguien que nos haga pobres, que nos permita ver lo que tenemos delante de nuestras narices y no vemos.

Debemos ser conscientes del nexo esencial entre conocimiento y pobreza. «Por tanto, se puede comprender que los Padres de la Iglesia consideraran como la fórmula fundamental del conocimiento religioso en general una pala-

⁴³ A. Manzoni, *Los novios*, cap. XXIII.

⁴⁴ *Ibidem*.

bra del discurso de la montaña: “Bienaventurados los pobres de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8). Aquí es cuestión de “ver”. La posibilidad de “ver” a Dios, es decir, en general, de percibirlo, depende—dice Ratzinger— de la purificación del corazón, que se refiere a un proceso global en el que el hombre se vuelve trasparente, no se queda bloqueado en sí mismo, sino que aprende el don gratuito de sí y se convierte por ello en alguien que ve»⁴⁵.

Lo dijo don Giussani, lo testimonió ante toda la Iglesia en 1998, en la Plaza de San Pedro: «Era una sencillez de corazón lo que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible de ciertos factores y momentos de la realidad que, cuando entran en el horizonte de nuestra persona, nos golpean hasta el fondo de nuestro corazón»⁴⁶.

Esta sencillez de corazón, que hace que un hombre se deje tocar por la realidad única que tiene ante sí, es lo que permite ver la evidencia indiscutible. «Puede decirse que toda la existencia de un cristiano tiene precisamente esta finalidad: volverse sencillo»⁴⁷. Solo esta disponibilidad se deja abrir completamente por el acontecimiento del encuentro que nos permite percibir adecuadamente su significado⁴⁸.

c) *Conciencia de la correspondencia*

¿Por qué nos hemos adherido, por qué nos hemos apegado a ese encuentro que, en última instancia, nos ha traído hoy aquí? ¿Por qué no nos hemos olvidado de él? Por la experiencia de una correspondencia inigualable a las exigencias profundas de nuestro corazón que la presencia que hemos encontrado ha hecho posible.

Les pasó lo mismo a Juan y a Andrés con Jesús: se encontraron frente a una presencia excepcional, es decir, que correspondía por fin al corazón. Con Él se realizaba una inimaginable y nunca experimentada correspondencia al corazón. Por eso fue fácil reconocerle por su valor único e incomparable,

⁴⁵ J. Ratzinger, *Elementi di teologia fondamentale. Saggi sulla fede e sul ministero*, Morcelliniana, Brescia 2005, p. 90. «Adherirse a Dios no es sino ver a Dios, lo que, con una singular felicidad, se concede solo a los puros de corazón. Un corazón puro tenía David, que decía a Dios: “Mi alma está unida a ti”; y también: “Mi bien es estar cerca de Dios”» (San Bernardo, *Sermone sul Cantico dei Cantici*, parte prima, Città Nuova, Roma 2006, pp. 95-96).

⁴⁶ L. Giussani, «Testimonio durante el encuentro del Santo Padre Juan Pablo II con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades», en L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 12.

⁴⁷ I. Silone, *L'avventura d'un povero cristiano*, Arnoldo Mondadori, Milán 1968, p. 126.

⁴⁸ «Dios honra a su criatura racional predisponiéndola a acoger el don que él mismo le hace de sí mismo. Esta facultad de acogida, también ella donada, es la esencia misma de la razón» (F. Varillon, *L'umiltà di Dio*, Qiqajon, Magnano (Bi) 1999, p. 45).

«divino»⁴⁹. «Quien se topaba con Él no iba a alejarse nunca más: esta es precisamente la señal inequívoca de la correspondencia que experimentaba. El encuentro consiste en toparse con una presencia así, excepcional»⁵⁰. Excepcional, es decir, divina. Dos mil años después nos pasa lo mismo a nosotros: lo divino pasa a través de un rostro efímero: «algo en cuyo interior hay algo». Ese «algo» que pasa a través de algo efímero es lo que se sostiene, lo que permanece, porque es divino. Por tanto, si no comprendemos la naturaleza de la presencia que hemos encontrado, terminaremos cambiándola por cualquier otra.

Este es el paso que tenemos que considerar adecuadamente.

La cuestión es darse cuenta del contenido y del origen de la diferencia con la que nos hemos topado y por la que estamos aquí. Quizá en otros momentos habríamos podido arreglárnoslas sin llegar hasta este punto, sin la necesidad de reconocer la naturaleza de esta evidencia incontestable que ha entrado en nuestra vida, pero dado el caos actual en el que todo se cuestiona, no podremos seguir siendo cristianos por mucho tiempo si no es porque reconocemos el significado permanente de una evidencia. Decía Giussani en el 68: «Ahora ya no puede ser aceptado de forma pasiva, los tiempos ya no nos lo permiten»⁵¹.

Estoy entusiasmado de vivir en este momento histórico, con todas las dificultades que implica. Lo digo por mí: no quiero ahorrarme esta dificultad, porque no me basta vivir de la ilusión (como en una nube), creyendo que todo va bien, encerrándome en una zona de confort y viniendo aquí todos los años con los amigos para estar un poco en paz. Esto sería inútil para vivir.

¡Menos mal que nos vemos desafiados por toda esta confusión, por el escepticismo que nos rodea, por el nihilismo que nos lleva a pensar que nada puede durar! Sí, porque de este modo podremos comprender, desde dentro de nuestra experiencia, como quizá nadie ha podido hacer en la historia precedente, en qué consiste la diferencia que porta el cristianismo. Es como cuando uno ve que ninguna relación se mantiene y de repente se encuentra con una relación que, por el contrario, sí se mantiene, con alguien que le quiere de verdad, y entonces piensa: «¡Sí, esto es distinto!». En ese momento es facilísimo reconocer la diferencia.

El hecho de volver a A después de haber visto B no se debe a nuestra fragilidad, sino a la falta de reconocimiento: no nos hemos dado cuenta de ese «algo» que tiene el acento inconfundible de la verdad. Nuestra fragilidad no tiene nada que ver con esto. Lo que planteo no es un problema de coherencia

⁴⁹ Cf. L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 19.

⁵⁰ *Ibidem*, op. cit., pp. 33-34.

⁵¹ L. Giussani – J. Carrón, *¡Vivo quiere decir presente!*, op. cit., p. 12.

ética, sino un problema de razón, de sencillez del corazón. «Hay que aclarar lo ocurrido dentro de uno mismo»⁵², escribía Etty Hillesum en su *Diario*.

2. El desafío del reconocimiento

Nosotros, a través de encuentros concretos y determinados, no solo hemos sido alcanzados hoy por el mismo acontecimiento de hace dos mil años, sino que también nos hemos visto implicados en la misma experiencia, desafiados para realizar el mismo recorrido, para vivir el mismo reconocimiento. En un relato titulado *El estudiante*, Chéjov describe de forma sugerente el nexo entre el acontecimiento inicial y el acontecimiento presente, entre la experiencia de Pedro –y de los primeros– y nuestra experiencia.

Al volver de cazar, en una noche fría y oscura, Iván, un joven estudiante, se encuentra con dos viudas, madre e hija, que se están calentando delante del fuego. Se une a ellas y empieza a hablarles de la pasión de Jesús, de la última cena, de la angustia que experimentó Jesús en el huerto de los olivos, de la traición de Judas, de la negación de Pedro y del canto del gallo, y del momento en el que Pedro «volvió en sí, salió del patio y lloró amargamente». Él se da cuenta de que justo en ese momento Vasilisa, la madre, empieza a sollozar, y la hija muestra ser presa de un gran dolor. Escribe Chéjov:

«El estudiante dio las buenas noches a las viudas y reemprendió la marcha. [...] El estudiante pensaba en Vasilisa: si se echó a llorar es porque lo que le sucedió a Pedro aquella terrible noche guarda alguna relación con ella... [...] si Vasilisa se echó a llorar y su hija se conmovió, era evidente que aquello que él había contado, lo que sucedió diecinueve siglos antes, tenía relación con el presente, con las dos mujeres y, probablemente, con aquella aldea desierta, con él mismo y con todo el mundo. Si la vieja se echó a llorar no fue porque él lo supiera contar de manera conmovedora, sino porque Pedro le resultaba cercano a ella y porque todo su ser se veía preocupado por lo que había ocurrido en el alma de Pedro. Una súbita alegría agitó su alma, e incluso tuvo que pararse para recobrar el aliento. El pasado –pensó– y el presente están unidos por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que surgen unos de otros. Y le pareció que acababa de ver los dos extremos de esa cadena: al tocar uno de ellos, vibraba el otro. Luego, cruzó el río en una balsa [...] y pensó que la verdad y la belleza que habían orientado la vida humana en el huerto y en el palacio del sumo pontífice, habían continuado sin interrupción hasta el tiempo presente y siempre constituirían lo más importante de la vida humana y de toda la tierra. Un sentimiento de

⁵² E. Hillesum, *Diario. Una vida conmocionada*, Anthropos, Barcelona 2007, p. 39.

juventud, de salud, de fuerza (solo tenía veintidós años), y una inefable y dulce esperanza de felicidad, de una misteriosa y desconocida felicidad, se apoderaron poco a poco de él, y la vida le pareció admirable, encantadora, llena de un elevado sentido»⁵³.

Resulta sorprendente el nexo que intuye Chéjov: «Si la vieja se echó a llorar [...] fue porque [...] Pedro le resultaba cercano a ella y porque todo su ser se veía concernido por lo que había ocurrido en el alma de Pedro».

Nosotros estamos aquí por la misma experiencia de los primeros que se encontraron con Jesús. Al igual que ellos, nos vemos desafiados a reconocer la naturaleza del encuentro que nos ha sucedido, la presencia que nos ha aferrado. Tampoco a los primeros que se encontraron con Jesús se les ahorró este desafío. Su camino nos indica el camino que también hoy tenemos que recorrer. Por ello, volvamos al momento en que el desafío fue tan grande que les obligó a reconocer la diferencia que tenían ante sí.

En una cierta ocasión –el día en que había multiplicado los panes y los peces y la multitud quería hacerle rey–, Jesús había dicho delante de todos cosas que habían provocado escándalo, y que ni siquiera los discípulos eran capaces de entender: «El silencio era grande. Y Jesús mismo toma la iniciativa de romperlo: “¿También vosotros queréis marcharos?”. Y fue aquí donde Pedro, con su vehemencia, prorrumpió en aquella frase que resume por entero la experiencia de certeza de todos ellos: “Señor, tampoco nosotros comprendemos lo que dices; pero si nos separamos de ti, ¿con quién vamos a ir? Solo tú tienes palabras que explican y dan sentido a la vida”. [...] Su actitud es [...] profundamente razonable», porque –continúa Giussani– «sobre la base de la convivencia con la excepcionalidad del ser y de las actitudes de Jesús, aquel pequeño grupo no podía dejar de confiar en sus palabras. Habrían tenido que negar una evidencia [como nosotros tendríamos que negar una evidencia] más persuasiva que la de sus propios ojos: “Si no puedo creer en este hombre, no puedo creer en nada”. La continua reiteración que la convivencia permitía de esta impresión de excepcionalidad determinaba un juicio de muy razonable plausibilidad sobre su confianza en él»⁵⁴. Un juicio como el de quien, después de años de convivencia con su madre, si ha tenido con ella una relación normal, dice: «Pase lo que pase, ya esté enfadado o triste, ya cambie de humor, ya se caiga el mundo entero, no puedo negar que mi madre me quiere». La convivencia le lleva a un juicio que puede desafiar cualquier estado de ánimo.

⁵³ A. Chéjov, «El estudiante», en *Cuentos completos (1894-1903)*, Páginas de Espuma, Madrid 2017, p. 92.

⁵⁴ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 71.

«El juicio requiere afrontar la experiencia incluyendo en esta el tiempo de su “duración”»⁵⁵. Necesitamos este tiempo para alcanzar la certeza. Y en esto consiste el drama de la vida. Jesús nos trata como adultos: «¿También vosotros queréis marcharos?». Pero a nosotros nos gustaría muchas veces que Él viniese a quitarnos las dificultades, que decidiese en nuestro lugar.

«Por eso Jesús, para responder a la pregunta que le hicieron tanto los amigos como los enemigos: “Pero entonces, ¿quién eres?” [¿qué es ese «algo» que hay en ti y que no conseguimos definir?], esperó que el tiempo afianzara a sus discípulos en la certeza de su adhesión y a los enemigos en su pertinaz hostilidad. Es decir, Jesús aclaró su propio misterio cuando los hombres estaban ya definitivamente asentados en su reconocimiento o en su desconocimiento de Él»⁵⁶.

Jesús no quiere prevaricar ni imponerse, sino que espera a que nuestra libertad ceda y se apegue conscientemente a Él. Sabe bien que, si no se implica nuestra libertad, el reconocimiento de Su presencia nunca llegará a ser verdaderamente nuestro. Por ello no tiene prisa, no quiere forzar los tiempos, sino dejar espacio a nuestra libertad. Cristo espera pacientemente a que se abra camino en nosotros el reconocimiento de Él.

Como la razón es afirmar la realidad en la totalidad de sus factores, no podemos eludir la pregunta acerca del origen de la diferencia que ha salido a nuestro encuentro. Si los frutos que vemos, en términos de humanidad y de intensidad de vida, son tales que marcan una discontinuidad con todo lo que nos rodea, entonces nos hallamos ante una alternativa: o estos frutos se pueden explicar por entero por las capacidades especiales de las personas que los testimonian, o bien, como se trata de gente como nosotros, frágil como nosotros, que se equivoca como nosotros, esa gente revela, pone de manifiesto algo distinto más allá de su capacidad, algo distinto que obra en ellos («Por el fruto se conoce el árbol»⁵⁷).

Mi razón no puede decir qué es este «algo distinto», no puede definirlo, pero –dice don Giussani– «no puedo dejar de admitir que está. [...] Hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía –que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias–, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente, no estoy dando razón de la experiencia, porque la razón es afirmar la realidad experimentable según la totalidad de los factores que la componen, con todos sus factores»⁵⁸.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 71-72.

⁵⁷ Cf. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 291ss.

⁵⁸ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 1996, p. 200.

Me ha sorprendido recientemente Mikel Azurmendi, un amigo que nos conoció hace dos años. Sociólogo, profesor del País Vasco, asombrado por lo que veía, fue tan leal con el impacto que provocó en él lo que percibía que pasó dos años visitando todas nuestras comunidades españolas, las vacaciones, las caritativas, los colegios, porque quería entender. Es como si Azurmendi nos devolviese lo que nosotros muchas veces ya no vemos. Llega al Encuentro Madrid y, después de apenas diez minutos, observando la diferencia en el modo de tratarse, de estar juntos, «ciertas resonancias de esta compañía», dice: «Aquí pasa algo». No puede dejar de mirar todo sin reconocer que en esa modalidad de estar juntos, de tratarse, de mirarse, de buscarse, de interesarse por todo, hay algo distinto que le lleva a afirmar –partiendo de lo que se le había dicho mucho tiempo antes; de hecho había estado en el seminario de joven–: «Es Él. Solo lo divino puede ser el origen de esto».

La diversidad humana con la que se topó Mikel, como cada uno de nosotros, es el milagro más grande. «Se puede definir el milagro como un acontecimiento, es decir, como un hecho experimentable por medio del cual Dios obliga al hombre a fijarse en Él, en los valores de los que quiere hacerle partícipe: un hecho con el que Dios llama al hombre para que este caiga en la cuenta de su realidad. Se trata de un modo con el que Él impone sensiblemente su presencia»⁵⁹. No se trata de algo que nos hemos imaginado y que un instante después se desvanece.

Justamente frente al milagro –al milagro de una humanidad distinta, más plena– sale a la luz nuestra posición y se desencadena la lucha entre la apertura y la cerrazón, entre la transparencia y la torpeza. En esta lucha –que el Misterio no nos ahorra–, la libertad manifiesta su papel decisivo en el camino del conocimiento, en el descubrimiento de la realidad y de su significado («Si alcanzar el destino, la plena realización, debe ser libre, la libertad también debe “ponerse en juego” para *descubrirlo* [...] La libertad, por tanto, no solo tiene que ver con el ir hacia Dios por coherencia de vida, sino también con el mismo descubrimiento de Dios»⁶⁰). En esta lucha, nosotros llamamos muchas veces «actitud crítica» a lo que en realidad es una toma de posición preconcebida («un recóndito punto de partida»⁶¹, dice Giussani), una «aridez» que nos impide ver.

El premio para quien emprende esta lucha con lealtad es el reconocimiento de la presencia de Cristo, la familiaridad con Él.

La cuestión, amigos, es no detenerse en el umbral de este reconocimiento, sino llegar al reconocimiento de la «fuente última» de lo que vemos, de aquello con lo que nos hemos topado y que nos une.

⁵⁹ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 305.

⁶⁰ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 175.

⁶¹ *Ibidem*, p. 176.

«Corremos el peligro de vivir una gracia tan grande como es esta casa [compañía], dando por supuesto el último paso (“¡Ah, sí, sí!”), admitiendo el último paso, reconociendo el último paso, que es por Cristo, pero no viviéndolo [...]. Podéis vivir vuestra compañía de forma que seáis amables y atentos entre vosotros, que gocéis de poder vivir en un ámbito así, [...] podéis vivir todo lo bueno de esta compañía, y sin embargo deteneros en el umbral del reconocimiento del motivo adecuado, del factor verdadero que ante todo os ha puesto juntos [...]. Podéis vivir sin aclararos a vosotros mismos la fuente última. Es como si os paraseis en el umbral de la meta: “Ah sí, está Cristo; es por Cristo”». Pero «afirmar: “Estamos juntos porque está Cristo”, ¿qué clase de conmoción existencial, qué reconocimiento, qué gratitud produce?»⁶².

Cristo llega a amar tanto nuestra libertad que nos deja incluso que nos apartemos de Él, esperando que podamos descubrir nuevamente Su diferencia. Von Balthasar describe de este modo la actitud de Dios hacia nosotros: «Y cuando un hombre decide abandonarse a sí mismo, abandonar la propia limitación [...] allí brota mi Reino. Pero como los hombres hacen esto solo a regañadientes, [...] por eso debo acompañarlos por los anchos caminos a lo largo de toda su vida, hasta que sean conscientes de verdad»⁶³.

«Dios espera con paciencia a que yo quiera por fin consentir en amarle. Dios espera como un mendigo que se mantiene en pie, inmóvil y silencioso, ante alguien que tal vez le dé un trozo de pan. El tiempo es esa espera. El tiempo es la espera de Dios que mendiga nuestro amor. Los astros, las montañas, el mar, todo lo que nos habla del tiempo, nos trae la súplica de Dios. La humildad en la espera nos hace semejantes a Dios»⁶⁴, dice Simone Weil.

Pensemos en la Virgen, cuando el ángel se aleja de ella; es como si el Señor saliese de escena para dar espacio a su libertad.

Pensemos en la parábola evangélica del hijo pródigo. No es que el padre sea indiferente a su hijo sino lo contrario: porque le ama, y sabiendo bien quién es la criatura a la que ha dado la vida, sabe igualmente que el hijo no podrá descubrir el gusto de ser hijo si no es a través de la libertad.

Escribe Ulrich, filósofo católico alemán, meditando sobre la parábola del hijo pródigo: «El padre no mantiene atado a sí a su propio hijo [...]. Él ha puesto en libertad al otro como alguien distinto de sí mismo y le ha

⁶² L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 358. (Christian Bobin, *La vita grande*, Anima Mundi, Otranto (Le) 2018, p. 4: «Atravesamos los milagros como ciegos, sin ver que el más pequeño brote de una flor está hecho de miles de galaxias»).

⁶³ H.U. von Balthasar, *El corazón del mundo*, Encuentro, Madrid 2009, p. 162.

⁶⁴ S. Weil, *El conocimiento sobrenatural. Cuadernos de América (Mayo-Noviembre 1942)*, Trotta, Madrid 2003, p. 80.

responsabilizado del riesgo futuro de un amoroso llegar a ser él mismo partiendo del abismo de su propia *libertad*»⁶⁵.

¿Cómo muestra el padre el amor por la libertad del hijo? «Simplemente deja marchar al hijo». El padre deja marchar al hijo respetando su libertad, porque se apoya en la certeza de que el hijo no se aleja del padre sin llevar consigo su ser hijo. Continúa Ulrich: «De este modo, por decirlo de alguna manera, el padre se retira a la calma plena de su propio ser él mismo, y lo hace no *contra* el hijo, sino *por* él. Su paterno esconderse, su silencio, es la misericordia de su acompañamiento. Ese hijo del que nos habla la parábola, es la misericordia del Padre hecha persona: en la lejanía sin padre. Comprendemos la parábola solamente si Le escuchamos en espíritu de piedad y de perdón. El padre permanece, “reposa” en su poder y deja marchar al hijo. En este permanecer, en este aparente no-hacer, él se explicita como libertad que “solo a través de su existencia” testimonia y está presente»⁶⁶.

Es precisamente en este espacio de libertad que el padre le deja, donde el hijo pródigo reconoce la diferencia del padre, ese acento de la verdad que le hace volver a casa. «En esta paternidad espiritual hay un terrible vacío. No hay poder, ni éxito, ni fama, ni satisfacción fácil. Pero ese mismo vacío es el lugar de la verdadera libertad. Es el lugar donde “no hay nada que perder”, donde el amor no tiene ligaduras, y donde puede encontrarse la verdadera fuerza espiritual»⁶⁷.

Con su actitud, el padre manifiesta su verdadera naturaleza de padre. No hay acceso a la verdad si no es a través de la libertad, decía el Concilio Vaticano II⁶⁸. Cristo respeta, ama y sostiene nuestra libertad desafiándola.

Es necesario que seamos conscientes del alcance de lo que ha entrado en nuestra existencia, pues en caso contrario nos veremos condenados a vivir con el miedo de que todo termine en la nada. Si Cristo no entra en las fibras de nuestro yo como consecuencia de las evidencias que cada uno de nosotros ha percibido –por ello estamos aquí–, tendremos miedo como todos, porque «si Cristo no está presente ahora –¡ahora!–, yo no puedo amarme ahora y no puedo amarte ahora. Si Cristo no ha resucitado, yo estoy acabado, aunque tenga todas Sus palabras, aunque tenga todos Sus evangelios. Con los textos

⁶⁵ F. Ulrich, *Gabe und Vergebung. Ein Beitrag zur biblischen Ontologie* (Don y perdón. Una contribución para una ontología bíblica), Johannes Freiburg 2006, p. 455.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 452, 457-458. «Tú me has dejado marchar cuando quería y cuando no quería, y sin embargo no me has alejado de ti» (Guillermo de Saint Thierry, *Preghiere meditate. Opere*/3, Città Nuova, Roma 1998, p. 214).

⁶⁷ H.J.M. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, PPC, Madrid 2005, p. 152.

⁶⁸ Declaración sobre la libertad religiosa *Dignitatis Humanae*, I, 2.

de los Evangelios, llegados al extremo, podría incluso suicidarme, pero con la presencia de Cristo, no; con la presencia reconocida de Cristo, no»⁶⁹.

¿Por qué merece la pena estar aquí estos días? ¿Qué podemos ganar? La conciencia de que nos ha sucedido algo que puede vencer la incertidumbre y la inseguridad que nos lleva a pensar que todo termina en la nada. No sirve de nada pensar: «Voy a tratar de empeñarme un poco más». Lo único que vence la incertidumbre y la inseguridad es la conciencia de lo que ha sucedido, algo que no has producido tú, que no he producido yo: «Te he amado con amor eterno, he tenido piedad de tu nada»⁷⁰. La consistencia de nuestro yo se halla únicamente en Su presencia.

3. La necesidad de la verificación

«El que viene por una intuición o por el presentimiento vago de un valor y después no se le exhorta a ese valor o no se compromete en verificarlo, tarde o temprano se va»⁷¹.

Esta advertencia de don Giussani a los universitarios vale también para cada uno de nosotros. «Si Cristo es de verdad la respuesta a la vida, esto de algún modo tiene que “verse”. [...] Por eso les decía a los chavales: “Debemos supervisar todas las actividades de nuestra vida para conseguir ver y experimentar, comprender y vivir, qué respuesta supone Cristo ante las necesidades y las exigencias de nuestra experiencia humana que se expresan en esas actividades”»⁷².

Durante la presentación en la Biblioteca Ambrosiana de las *Actas* del Congreso sobre Giussani, el padre Manzi, profesor y jefe de estudios de Venegono, observaba: «Podríamos decir entonces que don Giussani, mientras caminaba él mismo siguiendo a Cristo por el “camino de Dios” –como definían los Hechos de los Apóstoles el cristianismo–, por un lado, verificaba si la experiencia de Pedro, de Andrés y de los demás apóstoles era auténticamente humanizadora también para él y, por otro, invitaba a los jóvenes a los que se había encontrado en un tren y a los alumnos de las aulas del Berchet a recorrerla con él. Don Giussani descubrió precisamente el criterio de autenticidad de este “movimiento” suyo tras Cristo en las experiencias de fe testimoniadas en los evangelios y en el resto de la Biblia. Llegó de este modo a considerar que si su experiencia con aquellos compañeros de viaje era humanizadora como la de Pedro, Andrés y los demás apóstoles, enton-

⁶⁹ L. Giussani, *Qui e ora*, op. cit., p. 77.

⁷⁰ Cf. Jr 31,3.

⁷¹ L. Giussani, *Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981)*, Encuentro, Madrid 2014, p. 145.

⁷² L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Roma 1993, pp. 341-343.

ces significaba que Cristo resucitado seguía estando eficazmente presente en la historia para salvar también a la humanidad de nuestra época»⁷³.

La Iglesia no quiere adhesiones acrílicas. Tengo que verificar si lo que ha entrado en mi vida me permite desafiar cualquier oscuridad, cualquier duda, cualquier miedo, cualquier inseguridad. Como deberíamos haber estudiado en la Escuela de comunidad, la Iglesia no nos toma el pelo y no hace trampas con nosotros⁷⁴.

Este es el desafío. Se entiende entonces que no basta una asociación, que no basta el redil, que no basta buscar lugares confortables para pensar que vivimos como cristianos. Si hacemos esto no lo conseguiremos. Y quien os plantee esto no os quiere de verdad. Jesús no encerró a sus discípulos en el redil, sino que les entregó el método con el que podían desafiar al mundo, verificando Su promesa: «Si te mantienes en relación conmigo, te darás cuenta de que vives de una manera que no se puede comparar con ninguna otra»⁷⁵.

Me escribe una persona. «¿Hay algo que resista el embate del tiempo? Muchas veces he pensado que esta pregunta era el resultado de una depresión latente que tenía, de un cinismo galopante o, en cualquier caso, de una falta de fe. Sin embargo, en los últimos tiempos me he dado cuenta de que no es así. No, no es una pregunta de persona deprimida, porque con el tiempo esta pregunta se ha transformado y se ha vuelto una parte constitutiva de la relación y del diálogo cotidiano con Él, hasta el punto de sorprenderme muchas veces preguntándome: “¿Cómo resistes tú, Cristo, el embate del tiempo, cómo resistes en mi matrimonio, con los amigos, en la relación con los hijos que crecen, en los desafíos de la vida cotidiana, en los miedos que me atenazan, en las cosas que antes me gustaban tanto y que ahora me dejan casi indiferente? ¿Cómo?”. Haciendo que encuentre siempre “cosas distintas e inesperadas” (este es siempre un rasgo característico de Su manifestación) con respecto a las que yo esperaría, y que me permiten renacer. Ha habido un largo periodo de mi vida en el que Cristo ha sido una especie de adorno al que invocar en casos de necesidad y urgencia, mientras que todo lo demás podía gestionarlo tranquilamente yo sola. Pero ahora, incluso sin demasia-

⁷³ F. Manzi, «Punto di vista di un biblista sugli *Atti* del Convegno della FTL: “Giussani: Il pensiero sorgivo”», en *Rivista Teologica di Lugano*, anno XXIV, 1/2019, p. 200.

⁷⁴ Cf. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 286.

⁷⁵ «La Iglesia repite con Jesús que puede ser reconocida y resultar creíble simplemente a causa de su correspondencia con las exigencias elementales del hombre en su expresión más auténtica. Es lo que Jesús entendía con la frase [...] “el ciento por uno” en esta tierra [no en el más allá]. Por lo tanto, es como si la Iglesia [te] dijese: “Conmigo obtendrás una experiencia de plenitud de vida que no encontrarás en ninguna otra parte”. La Iglesia se pone a sí misma a prueba sobre el filo de la navaja de esta promesa al proponerse como prolongación de Cristo para todos los hombres» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 286).

das sacudidas, se ha vuelto clara la conciencia de que ese “sin mí no podéis hacer nada” no es en absoluto una exageración. En cualquier caso, después de haber escuchado a don Giussani proponernos en la Jornada de apertura de curso la tenacidad de un camino, mi marido y yo hemos decidido volver a ponernos en camino, y hemos empezado a participar, después de muchos intentos, en el gesto de la caritativa. Ha sido uno de los momentos más bonitos dentro de nuestro matrimonio, porque en esa decisión de retomar el camino Él estaba de nuevo entre nosotros. Misteriosamente, al adherirnos a una propuesta educativa de la compañía que aparentemente no tenía nada que ver con nuestra relación, nos hemos sorprendido juntos, unidos en el camino como hacía tiempo que no pasaba. ¡Qué regalo inesperado! La caritativa ha sido como un tsunami en mi vida, porque ha puesto en seguida al desnudo, ha sacado de golpe a la luz mi posición reducida ante la vida».

Esta sobreabundancia de vida es lo que nos permitirá verificar la verdad del mensaje que la Iglesia nos trae, su propuesta de ser la prolongación de Cristo en la historia. En la experiencia de una plenitud que no se puede experimentar en otro sitio se halla la «verificación» de lo que la Iglesia dice de sí misma: «Yo soy el cuerpo de Cristo, rostro de Su presencia aquí y ahora». De este modo podremos decir, al adherirnos de modo cada vez más razonable a lo que la Iglesia dice de sí misma, que «Cristo está aquí».

Para poder alcanzar esta certeza es preciso que el hombre acepte vivir dentro del lugar a través del cual le llega la vida de la Iglesia, porque la Iglesia «es vida y debe ofrecer vida». Por eso uno decide venir aquí un fin de semana, para estar en contacto con esta vida. De hecho el hombre –continúa don Giussani– «no puede aprestarse a verificar algo que tenga ese alcance sin adoptar un compromiso que implique la vida». Por ello, «la Iglesia no puede hacer trampas, pero el hombre [cada uno de nosotros] tampoco»⁷⁶.

El tiempo es crucial para esta verificación, para que emerja ante nuestros ojos la diferencia del cristianismo, qué es lo que resiste de verdad el embate del tiempo, de las circunstancias, de los desafíos, de las desilusiones. No tengamos miedo. Si somos leales con las exigencias del corazón, estas son tan irreductibles a nosotros mismos y a nuestra manipulación que tienen el poder de desenmascarar cualquier ídolo que hayamos construido. No necesitamos nada más que el tiempo y la comparación con el corazón para ver qué es verdadero, porque solo lo que es verdadero dura con el tiempo. La verdad tiene un acento inconfundible –todos lo sabemos– y dura con el tiempo. ¿Por qué dura? Porque, como hemos dicho al principio, corresponde a las exigencias del corazón. Todas las promesas que nos hacen los ídolos

⁷⁶ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 288.

no duran, porque no corresponden al corazón, «tienen boca y no hablan»⁷⁷, decían los profetas de Israel. Los ídolos no son nada, son inconsistentes; después de un tiempo desaparecen.

Tenemos a nuestra disposición instrumentos que no podemos reducir a nosotros mismos y a nuestra manipulación para hacer un camino seguro. Es el desafío que cada uno debe asumir consigo mismo.

He aquí, para concluir, un testimonio de la verificación de la propuesta que todos recibimos continuamente en el movimiento y que nos permite no volver a A después de haber experimentado B.

«Estoy experimentando de forma muy concreta el paso definitivo a la madurez de la fe. Vivo el movimiento desde hace treinta y cuatro años, pero en este último periodo se me ha concedido la gracia de experimentar un salto en la autoconciencia de la fe. Me he dado cuenta de la desproporción que existe entre lo que he recibido y mi humanidad. Durante mucho tiempo he vivido con la presunción gnóstica de creer que entendía, y me esforzaba –de manera pelagiana– en tratar de aplicar lo que creía que había entendido. Hoy todo me parece nuevo. Me descubro en una posición completamente distinta con respecto a la que tenía cuando conocí el movimiento. Empiezo a conmoverme por cada cosa. Palabras que había leído una infinidad de veces, y que suscitaban en mí una satisfacción intelectual pero no cambiaban ni un milímetro mi posición, ahora me dejan desarmado. Me he dado cuenta de que seguía a Giussani de forma abstracta, sin poner en juego de forma concreta la inteligencia y el corazón. He empezado a entender qué significa una inteligencia afectiva, un apego a su persona y por consiguiente a sus palabras. Giussani ha dejado de ser alguien externo a mi humanidad y ha empezado a juzgarla desde dentro. Ha empezado a desvelarse el significado real de lo que había aprendido –casi de memoria– sobre los capítulos uno, dos, tres, cinco y diez de *El sentido religioso*. Estoy fascinado, porque estoy volviendo a ser como un niño, descubro que está todo por aprender, pero no tanto para acumular conocimientos, sino para “vivir intensamente la realidad”».

Cuanto más realicemos, en relación con todas las circunstancias, una verificación personal de la capacidad que tiene Cristo de cambiar nuestra vida («Quien me siga tendrá el ciento por uno aquí en la tierra»), de hacer que renazca, más se llenará de razonabilidad nuestro reconocimiento de Su presencia, nuestro sí a Él y a la modalidad concreta que Él ha elegido para alcanzarnos y conquistarnos: el movimiento.

La verificación, por tanto, es el gran camino de personalización de la fe, de maduración de la certeza de la presencia de Cristo en nuestra vida.

⁷⁷ Sal 115,5.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Ez 37,21-28; Jer 31,10-12b.13; Jn 11,45-56

HOMILÍA DE S.E.R. MONSEÑOR MATTEO ZUPPI ARZOBISPO METROPOLITANO DE BOLONIA

Estos Ejercicios nos introducen en la Santa semana de pasión y resurrección. Unos días que iluminan todos nuestros días. Nos preparamos para seguir con conmoción al Hijo del hombre en su amor hasta el fin. Su pasión nos interpela y nos orienta siempre. De hecho, Él se entrega totalmente por nosotros y nos ayuda a comprender dónde estamos. Le traicionaremos por una presunción banal, pensando que lo contrario al miedo es el valor y no el amor; podremos llorar y volver a empezar a partir de su palabra, como Pedro; veremos la cobardía de los poderosos y el ensañamiento de los hombres de la ley al condenarle; quedaremos consternados ante nuestra estupidez asesina, escondidos entre una multitud manipulada que pide a gritos la condena para Aquel que es su salvación; nos quedaremos junto a María bajo la cruz, y decidiremos crecer haciendo nuestra a esta madre que se nos confía, aprendiendo a custodiarla para ser siempre hijos responsables y no huérfanos distantes.

Amando y siguiendo a Jesús, también nosotros nos hacemos santos: no perfectos, en realidad constreñidos a cuidar las apariencias, a medir la consideración de los primeros puestos y de los saludos, pero pequeños –men-digos, diría “alguien”– que se hacen grandes solo por saberse amados por Jesús. Jesús es el encuentro, el encuentro siempre nuevo, que con dulzura nos empuja a correr hacia delante, sobre todo cuando nuestros pasos se vuelven un poco pesados o perezosos, y con firmeza nos pide que no tengamos miedo a estar con él, a quererle, y que no desperdiciemos nuestra vida ni los dones que contiene.

El tiempo es breve y se escapa con rapidez. ¡Las Pascuas y las oportunidades no son infinitas! Nosotros somos unos pobrecillos. Realmente es una gran alegría entenderlo y escucharlo, aprendiendo incluso a reírnos de nosotros mismos (a veces nos tomamos demasiado en serio, tanto que nadie puede decirnos nada; la ironía y el buen humor nos ayudan a relativizar nuestro yo y a no relativizar al Señor, ¡algo que solemos hacer con mucha facilidad!). Recordar nuestra fragilidad no es algo frustrante en absoluto, aunque la idolatría del yo nos lo haga creer.

En la Cuaresma volvemos a entrar en nosotros mismos, no salimos fuera de nosotros. Somos unos pobrecillos que tienden sus manos hacia la única

mano que salva. Es la imagen, preciosa, del cartel de Pascua de este año. «Yo sigo siendo el pobre hombre que soy, pero con Cristo tengo certeza, soy rico. [...] Uno se ama a sí mismo solo en Su compañía. El afecto por uno mismo lo expresa solo quien lleva este mensaje; amor a uno mismo y, por tanto, amor a los demás»,⁷⁸ decía don Giussani. No es nada obvio para una generación como la nuestra, que vive y teoriza el amor a uno mismo, pero reducido a individualismo, garantizado quizá por todos los derechos, pero sin el prójimo, y al final sin amor.

Nosotros somos el pueblo –como hemos escuchado– prometido por el profeta, un pueblo de humildes y pobres. «Los haré una sola nación en mi tierra», y ese será también su santuario. Yo creo –para mí sin duda es así, pero creo que también para todos vosotros– que veros, veros así, estar incluso físicamente juntos y ver este santuario, nos ayuda en los días de la soledad, de las dificultades, a recordar que formamos parte de este pueblo. Un pueblo que sorprendemos mucho más grande de lo que pensábamos (¡es una gracia!), pero que nos pide una adhesión siempre nueva y personal. Un pueblo no de protagonistas que acaban divididos y agotados en los enfrentamientos entre ellos, sino de hermanos llamados siempre a servir y cuidar la comunión, que nunca puede darse por descontada ni se realiza de una vez para siempre.

Ser santos es nuestro único protagonismo, lo que nos permite ser verdaderamente nosotros mismos, y se revela en el amor a los demás, no en imponerse ni utilizar a los demás. Somos un pueblo que no va adquiriendo la vanidad de los justos, la negativa dureza de los agoreros, es decir de aquellos que no saben reconocer los signos de la gracia y al final no ven más que ruinas y problemas porque no leen la historia ni creen en la providencia. Qué alegría formar parte de este pueblo de pobrecillos y poder permanecer muchos años –como creo que sucede con muchos de vosotros– en una amistad fiel, amable, que busca el bien y que contribuye a él, unidos a esto que el papa Benedicto llama una «compañía fiable», una caravana que nunca ha dejado de caminar y que ha acompañado a muchos de nosotros durante prácticamente toda la vida.

La unidad y la concordia de este pueblo –que siempre es delicada, a la que hay que servir sin servirse nunca de ella– está en manos de cada uno de nosotros. Giussani se conmovía cuando hablaba de la Iglesia como «el lugar en el que toda esa gente se enriquece». En cierto modo es lo contrario del mundo, donde se enriquecen unos pocos y los demás quedan ciertamente empobrecidos. Aquí «toda esa gente se enriquece, se da y se enriquece con el

⁷⁸ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 68.

don de los demás». «La Iglesia –continúa Giussani– es un lugar de humanidad conmovedora, es el preciso lugar de la humanidad, donde la humanidad crece, donde se incrementa, expurgando continuamente lo que entra en ella de espurio, porque somos hombres; pero es humana, pues los hombres son humanos cuando expurgan lo espurio y aman lo puro. La Iglesia es algo verdaderamente conmovedor». Y decía: «La lucha con el nihilismo, contra el nihilismo, consiste en vivir esta conmoción»⁷⁹.

En cierto modo, estos días –como hemos escuchado en el Evangelio– son una purificación para la Pascua, para vivir la Pascua, pero también son un gran anticipo. De hecho, la Semana Santa es el tiempo oportuno para expurgar lo espurio que hay en nuestro corazón y en nuestra Fraternidad –pues estamos hechos para querer, estamos hechos para ser santos; y no porque seamos perfectos, sino porque somos amados–, pidiendo poder expurgar lo que hay de espurio, pidiendo perdón y perdonando, eligiendo amar y abriéndonos así a un gran amor.

En una generación como la nuestra, sin vínculos pero con miedo, que acaba ligada a múltiples dependencias, agradecemos formar parte de un pueblo como este, que sigue cantando su liberación, es decir, su amor por el Señor, que nos devuelve a nosotros mismos. No hemos perdido el asombro de un encuentro que se renueva. Más aún, la Pascua de la pasión y resurrección (¡no existen la una sin la otra, y viceversa!) nos ayuda a recuperar el amor del inicio, para no convertirnos en administradores tibios y avaros, amargados a veces por decepciones inevitables; nos anima a buscar no a los enemigos sino a las personas; hace crecer en nosotros el gusto de hablar con todos y el entusiasmo por no contentarnos con la mediocridad ni con ser testigos tibios y descontentos.

A cada uno de nosotros se nos ha confiado una parte de este carisma –de este pueblo, como decía el profeta, hablando de esta promesa que pasa por nuestra vida, como decía antes Carrón, que se concreta y a veces uno se da cuenta mucho tiempo después: «¡Por fin lo he entendido!»– que debemos llevar al mundo, regalar a muchos, con la inteligencia y la paciencia de la amistad y del amor, porque es un don; y un don se pierde cuando lo convertimos en propiedad. En realidad, solo poseemos aquello que donamos. Que muchos puedan ver lo bello, lo verdadero, lo bueno no como categorías abstractas o como una verdad distante, sino en cada uno de nosotros, en nuestra humanidad tan concreta y pobre como es, en la belleza, en la verdad y en la bondad de nuestra vida personal. Cuidemos esto.

⁷⁹ L. Giussani, *El templo y el tiempo: Dios y el hombre*, Encuentro, Madrid 1995, p. 90.

Por eso no tenemos nostalgia del pasado: porque Cristo es una presencia que sentimos como verdadera hoy, presencia humana que nos ha custodiado y que se renueva sin perderse ni devaluarse. Su presencia se convierte en nuestra presencia. Una presencia que ha conocido el pecado pero que no se vuelve cínica ni resignada. «Serán mi pueblo y yo seré su Dios», esta presencia nos empuja a seguir yendo «alegremente» –como cantaban antes⁸⁰– por el camino al encuentro de los pobres y de la gente. «Serán mi pueblo y yo seré su Dios. Haré con ellos una alianza de paz, una alianza eterna. Tendré mi morada junto a ellos», su santuario.

Esto es lo que resiste el embate del tiempo. Dura el amor que no se corrompe porque es santidad de Dios, personal y de pueblo, mía y nuestra. Dura el amor regalado, el servicio a los hermanos y a los pobres (que son los hermanos pequeños de esta Fraternidad), ante los que nos inclinamos para lavar sus pies. Dura la comunión que nos une y que el pecado no puede romper. Dura su amor que responde a la pregunta del Evangelio de hoy, que en el fondo es la pregunta de nuestra espera, a veces desesperada: «¿Qué os parece? ¿Vendrá a la fiesta?». Sí, nuestro Señor viene, y viene solo por amor. Viene y su fidelidad dura incluso cuando todo parece acabar. Viene a la fiesta, entregando su vida, para preparar la fiesta que no acaba.

«Una positividad total en la vida debe guiar el ánimo del cristiano, en cualquier situación en que se encuentre, con cualquier remordimiento que tenga, con cualquier injusticia que sienta pesar sobre él, con cualquier oscuridad o enemistad que le envuelva, ante cualquier muerte que le asalte, porque Dios, que ha hecho todos los seres, es para el bien. Dios es la hipótesis positiva para todo lo que el hombre vive»⁸¹. Que estas palabras de don Giussani se conviertan en nuestra oración, con la certeza y la alegría de haber encontrado algo que dura para siempre: un amor que solo quiere nuestro bien.

Es la Pascua lo que nos hace renacer con Él y dura para siempre.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Queridísima Excelencia, quiero darle las gracias de todo corazón, en mi nombre y en el de todos los presentes, por haber aceptado presidir esta eucaristía durante nuestros Ejercicios espirituales anuales. Gracias por lo que nos ha dicho, Excelencia. Gracias por su testimonio, en este momento nada fácil de cambio de época, de una total y cordial identifica-

⁸⁰ Cf. «La canzone della Bassa», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, 2004, p. 377.

⁸¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 175.

ción y seguimiento al papa Francisco. Es lo que deseamos vivir cada uno de nosotros, cada vez más unidos a Cristo y a su Iglesia, saliendo al encuentro de nuestros hermanos los hombres, sobre todo de los pobres y necesitados. ¡Gracias!

Monseñor Zuppi. Soy yo quien os da las gracias, obviamente, por la invitación. Me habían dicho que os ibais a reunir algunos en Rímini... Igualmente, gracias. Valoro mucho el don que supone caminar juntos, el don de esta comunión, de esta Fraternidad. También tengo que dar las gracias a aquellos de vosotros que estáis en Bolonia, os agradezco mucho vuestro servicio y testimonio. Pero creo que además debemos dar gracias juntos al Señor que viene. Uno puede pensar: «Quién sabe si vendrá». ¡Viene! Y estos días nos ayudan a abrir el corazón y a no ser como esos que el papa Francisco, con su ironía, describe como «esos cristianos que viven la Cuaresma sin Pascua». Verdaderamente, estos días nos permiten prepararnos para expurgar –como decía antes leyendo esa preciosa cita de Giussani– lo que hay de espurio en nosotros, porque estamos hechos para este pueblo, para este santuario, y nuestra pobreza encuentra realmente la Pascua, la resurrección, ya en nuestro estar juntos, en caminar juntos. Por eso damos gracias al Señor y pedimos su bendición para que esta Pascua nos encuentre con Él, para poder afrontar el mal con Él, para no huir, pero también con la fuerza del amor, que es más fuerte que cualquier adversidad, conscientes de que dar la vida significa que dura para siempre.

* * *

Salve Regina

Sábado 13 de abril, por la tarde

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano y orquesta en re menor n. 20, K 466

Clara Haskil, piano

Igor Markevitch – Orchestre des Concerts Lamoureux

“Spirto Gentil” n. 32, Philips

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

Julián Carrón

«Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe» (1Jn 5,4)

El primer paso que hemos dado esta mañana ha sido una «constatación»: existe «una forma distinta de relacionarse entre las personas, un clima más respetuoso y más verdadero», una novedad de vida que percibimos en muchas personas a nuestro alrededor y que las páginas de *Por qué la Iglesia* nos han ayudado a captar. Es una de las cosas que más me asombra cuando viajo por el mundo para encontrarme con las comunidades del movimiento: en los lugares más recónditos hay gente sencilla –discreta, casi nadie la conoce– viviendo una experiencia increíble que le lleva a tener una gratitud desbordante; en las situaciones más variadas, infinitamente más dramáticas de lo que podemos imaginar, muchos empiezan a tener experiencia de la novedad, del florecimiento y de la intensificación de la vida; comienzan a afrontar las circunstancias, dificultades incluidas, de un modo distinto.

Esto es posible en todas partes y para cualquiera. Es lo que me deja con la boca abierta una y otra vez. Escuchad lo que cuenta sobre sí misma Aliona, de Karagandá (ciudad al norte de Kazajistán, *ndt*): «Conocí el movimiento en 1997, cuando vino a nuestro colegio el padre Edoardo para hablarnos de Italia durante la clase de Historia. Allí nació una amistad, venía a cenar con nosotros, nos impresionaba mucho. Después de algún tiempo nos invitó a las vacaciones. Nunca habíamos visto una cosa igual, nos conquistó. Empezamos a ir a la Escuela de comunidad, conocimos nuevos amigos, seguimos participando en las vacaciones. Después empecé la universidad y, al cabo de dos años, me vi absorbida por la vida estudiantil, dejé la comunidad porque me parecía [atención a esto] que ya había recibido la fe y que, por tanto, podía ir a la iglesia yo sola. Pensaba que la comunidad había dejado de ayudarme. Me casé, tuve dos hijas. Cuando nació la segunda, a la mayor le diagnosticaron una enfermedad rara. Obviamente, fue una gran prueba para mí. Empecé de nuevo a buscar un

sentido, percibía un enorme vacío en la relación con mi marido, con mis hijas, me parecía que la vida se había convertido en un callejón sin salida, siempre me faltaba algo. Siete años después mi hija pequeña tenía que empezar el curso. Un día, a la salida del colegio, me encontré con una antigua profesora mía que había conocido el movimiento a la vez que yo. Hablando con ella, le pregunté: “¿Existe todavía la Escuela de comunidad y todo lo demás?”, albergando quizá una esperanza para mí. Ella me respondió: “¡Sí! Ahí seguimos”. Después me miró y me preguntó qué tal estaba. Cuando le comenté algunas cosas sobre mi hija mayor, me dijo: “A esta niña hay que quererla mucho. ¿Por qué no venís con nosotros a las vacaciones?”. Finalmente fui y volví a ver a las personas que había conocido muchos años antes, vi cómo vivían, sus ojos estaban llenos, brillaban de alegría, sus familias estaban felices con su vida. Me di cuenta de que estaba tan cerrada que mi vida era una carrera [basada] en mí misma, sin sentido. Noté que mi corazón se llenaba otra vez de entusiasmo. Han pasado cinco años y todavía siento que este es el único lugar donde vivo de verdad, donde soy yo misma, donde puedo amar a mi hija como siempre había querido, donde puedo amar a mi marido tal como es. No hay ninguna otra cosa capaz de responder a mis preguntas, solo Cristo; la Escuela de comunidad y la caritativa son los gestos que me restituyen a mí misma».

¿Qué ha posibilitado este modo distinto de vivir? Lo que lo ha hecho posible –respondiendo indicando el factor que resulta inmediatamente más evidente– ha sido la implicación de la propia vida con la propuesta del movimiento, es decir, la Iglesia tal como nos ha alcanzado de forma persuasiva; ha sido la fidelidad a esta propuesta. Quien acepta implicarse con la vida que la Iglesia nos propone a través del movimiento experimenta una novedad que podemos constatar y que se comunica, una novedad de la que vemos muchos signos. No hay nada mecánico en la vida, y mucho menos en el cristianismo. Por eso en la misma comunidad puede haber gente que se tome en serio la propuesta, que viva la fidelidad a ella, y gente que permanezca indiferente.

Pero esto renueva la pregunta que da título a nuestros Ejercicios: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». Cuanto más evidentes son la plenitud de vida y la novedad que se experimentan, tanto más aguda es la pregunta: ¿cómo puede durar este cambio?

1. El problema de la duración

¿Cómo puede llegar a ser nuestra la mirada que a veces sorprendemos en nosotros y que nos hace exultar de alegría? ¿Cómo puede llegar a ser mía esa belleza? ¿De qué modo lo que experimento al vivir dentro de la comunidad cristiana puede llegar a tocar todos los aspectos de la vida, realmente todos?

Somos muy afortunados: don Giussani afrontó hace años este mismo interrogante («¿Hay algo que dure?») en un momento clave de la experiencia de los universitarios, y por tanto podemos dejarnos acompañar por él, paso a paso, para responder a la necesidad que hemos percibido estos días. Solo existe un camino, dice don Giussani, uno solo: como ha sido la fidelidad a la propuesta lo que ha provocado ese cambio, es necesario que seamos fieles, «¡seguir siendo fieles!»⁸².

Pero aquí empieza nuestra dificultad, porque surge también en nosotros el moralismo que caracteriza la forma de pensar en la que estamos inmersos. En efecto, existe un modo de entender este ser fieles que es como el de la mayoría de la gente, que hace que, como nos advierte don Giussani, «esta fidelidad quede por completo abandonada a nuestra capacidad ética». Nos vemos tentados por una interpretación moralista y voluntarista de la fidelidad. Tendemos a leer todo en términos de «capacidad», que es como decir: hemos percibido una cierta novedad de vida, hemos experimentado un cambio inesperado, y ahora tenemos que empeñarnos en hacer que dure, en prolongarlo y llevarlo a cabo. «Pensad –decía entonces Giussani– en el aburrimiento de una repetitividad que nos acecha, debido a que siempre tenemos que decirnos: “Es necesario que cambien las relaciones entre nosotros, es necesario que estas vacaciones nos tratemos con respeto, será necesario que nos queramos como hermanos, tendremos que ser amigos de forma sincera, habrá que respetar el orden...”. ¡Habrá que...!». Como consecuencia, el «seguir adelante» se entiende como «un fenómeno que implica un esfuerzo de vuestra voluntad»⁸³, como si fuese suficiente repetir constantemente un reclamo para evitar que decaiga el ánimo, para mantener siempre alta la moral de la tropa, como si pudiésemos generar nosotros, con nuestras exhortaciones, lo que deseamos.

«No creo que sea de pájaro de mal agüero –continúa Giussani– [...] prever, con el paso del tiempo, ante la repetitividad de un reclamo, una cierta degradación de vuestra atención, una cierta disminución del entusiasmo, porque el entusiasmo solo se tiene por la novedad»⁸⁴. Y la novedad es la verdad, lo divino que se manifiesta atrayendo y moviendo nuestro ser.

La duración del cambio nunca podrá venir de nuestra voluntad, porque ya sabemos de antemano que nuestro esfuerzo no es capaz de mantenerse en el tiempo. «En última instancia, nuestra voluntad, nuestro compromiso

⁸² L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, Bur, Milán 2009, p. 55.

⁸³ *Ibidem*.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 56.

y nuestra ética no pueden dejar de ser muy frágiles»⁸⁵. Sobre todo en una sociedad que dice exactamente lo contrario de lo que nos proponemos y tratamos de vivir.

Es imposible ignorarlo: «Nuestra fragilidad endógena, estructural, nos hace ser como hojas a merced del viento, es decir, nos hace convertirnos fácilmente en víctimas del poder, del poder secular, social, civil. Tratad de pensar tan solo en hacer frente establemente a la mentalidad que nos rodea, a la mentalidad que determina las vías y los caminos para la carrera universitaria, para la profesión, a la mentalidad de vuestra casa acerca de lo que hay que hacer, ¡a la mentalidad de todos! ¡Pensad en hacer frente a esto! No solo al poder secular, sino también al poder eclesiástico: si nuestra experiencia es o fuese boicoteada, discutida o combatida en la realidad de la Iglesia, la energía comunicativa y la creatividad de nuestra adhesión se atenuarían, todo se volvería cada vez más limitado, y es demasiado fácil prever que seríamos incapaces de una resistencia eficaz. Pero una experiencia se convierte en historia cuando el poder no puede detenerla»⁸⁶. Hoy en día esto resulta mucho más evidente que hace algunas décadas.

La invitación a la fidelidad no es, por tanto, «una invitación determinada inmediatamente por la esperanza en vuestra fuerza de voluntad, no se funda en vuestra capacidad ética»⁸⁷.

Entonces, si no depende de nuestra fuerza de voluntad, ¿sobre qué se funda la fidelidad? Para responder debemos preguntarnos ante todo cómo se ha convertido el cristianismo en historia. En la respuesta a esta pregunta se encierra toda su novedad, su excepcionalidad –de la que tenemos que llegar a ser más conscientes–, que es el fundamento de la fidelidad.

2. «La pretensión de Cristo de ser contemporáneo a la historia»

¿Qué hizo posible que el comienzo que vivieron los discípulos continuase en el tiempo? ¿El cristianismo ha permanecido, se ha convertido en historia por la fuerza de voluntad y la capacidad de los primeros? ¿Fueron tan capaces que aseguraron la permanencia del inicio? También ellos se vieron en un aprieto cuando cayó todo, incluso Aquel que había despertado en ellos tanto entusiasmo. De hecho, después de la muerte de Jesús los discípulos vuelven a casa diciendo: «Nosotros creíamos que había llegado por fin quien podía

⁸⁵ *Ibidem*.

⁸⁶ *Ibidem*, pp. 56-57.

⁸⁷ *Ibidem*, pp. 56-58.

cumplir la promesa; pero ahora todo ha terminado»⁸⁸. Y cuando las mujeres corren hasta los apóstoles para darles el anuncio de la resurrección, algunos piensan: «São loucas»⁸⁹ –como dice el canto–, están locas; los dos de Emaús vuelven a casa desilusionados.

Entonces, si no fue un esfuerzo suyo –solo tomar conciencia de esto es liberador–, ni un intento organizativo, ¿qué permitió la continuidad del fenómeno inicial? ¿Cómo explicar que haya durado?

Es la pregunta que asalta a los historiadores y a cualquiera que se acerque a los relatos evangélicos. Al leer los textos, que no han ocultado el desconcierto de los apóstoles, nos hallamos ante esta paradoja: todos los Suyos le abandonaron y huyeron, pero después de algunos días los encontramos reunidos, entusiasmados, disponibles a todo. Los historiadores no consiguen explicar esto. ¡Y sin embargo este cambio debe tener una explicación! Recurren a la misma palabra que hemos usado estos días: ha sucedido «algo» que ha hecho que personas desorientadas, desilusionadas, que habían vuelto a casa escépticas porque la promesa no se había cumplido, estén de nuevo unidas, entusiasmadas, disponibles a cualquier cosa, con una energía desbordante.

Incluso Strauss, el historiador racionalista que niega la historicidad de la resurrección, para explicar el cambio radical que se produjo en los discípulos se ve obligado a admitir que debió suceder «algo» a la fuerza: una mentira inventada por los discípulos no habría podido dar razón adecuada de lo que sucedió en ellos al cabo de tan poco tiempo. «Una mentira semejante inventada por los apóstoles no habría podido inspirar el valor de anunciar con tanta constancia y en medio de los más graves peligros la resurrección de Jesús. Con razón, los apologistas insisten aún hoy al observar que la extraordinaria revolución que se produjo en el ánimo de los apóstoles, desde el más profundo desánimo, desde la pérdida de toda esperanza en el momento de la muerte de Jesús hasta la fe y al entusiasmo con el que lo anunciaron como Mesías en Pentecostés, tal revolución no se podría explicar si entretanto [es decir, pocas semanas después de la crucifixión] no se hubiese producido algo extraordinariamente confortador, y en especial algo que les hubiese convencido de la resurrección de Jesús crucificado»⁹⁰.

El cristianismo se ha convertido en historia –una historia que ha llegado hasta aquí, hasta mí, hasta ti– gracias a lo que sucedió algunos días después de la crucifixión. ¿Qué hizo posible que el comienzo se convirtiera en historia?

⁸⁸ Cf. Lc 24,13-35.

⁸⁹ *Barco Negro*, música de Caco Velho y Piratini y letra de D. Mourão-Ferreira.

⁹⁰ D.F. Strauss, *La vita di Gesù o Esame critico della sua storia*, La Vita Felice, Milán 2014, pp. 1395-1396.

El hecho de que lo divino se manifestara con una potencia todavía mayor. La única razón que permitió ese cambio radical y la continuidad en el tiempo fue el hecho de que Le vieron vivo. «“Cristo ha resucitado” quiere decir que Cristo tiene el señorío sobre el tiempo, es el Señor del tiempo, vence al tiempo»⁹¹.

¡Cristo está presente ahora! Esta es la excepcionalidad del cristianismo: Cristo es una presencia distinta de cualquier otra figura del panteón de las religiones: «La excepcionalidad es la pretensión que tiene Cristo de ser contemporáneo a la historia»⁹². Una contemporaneidad que ningún poder de este mundo ha podido parar, tanto es así que ha llegado hasta nosotros; jamás podrá ser impedida por ningún poder.

Entonces, la fidelidad es fidelidad a Cristo resucitado. Lo que permite la duración, lo que resiste el embate del tiempo no somos nosotros con nuestras capacidades, sino esa novedad –Su misma presencia, que vuelve a suceder ahora, una presencia ahora– que ha entrado en nuestra vida, que hemos visto aparecer nuevamente una y otra vez y que ya no podemos arrancarnos; no me la puedo arrancar, no la puedo arrancar de mi historia. Podré marcharme, pero incluso entonces la llevaré conmigo. Ese «algo» que los historiadores como Strauss admiten –sin reconocerlo ni mucho menos adherirse a ello– no es sino el hecho de Cristo resucitado. La fidelidad de la que hablamos es fidelidad a este hecho que ha sucedido.

«Esa experiencia de plenitud que vivieron aquellos primeros discípulos podría dejarse en la lejanía, [...] de forma melancólica y nostálgica [...] podría ser –con más facilidad– percibida como igual a otras experiencias en otros ámbitos, en otros momentos de la historia. Pero la excepcionalidad, lo absoluto, lo absoluto en el tiempo, como dice Eliot en los *Cuatro cuartetos*, la intersección de lo intemporal con el tiempo, es ahí donde el cambio provocado dura, dura, se convierte en duración (“duración” quiere decir otra realidad, otro modo de la realidad, porque la duración es la consistencia del ser, otro ser), es decir, se hace historia»⁹³.

La permanencia del cambio –el hecho de que el inicio se vuelva historia– implica desde luego mi fidelidad, pero viene dada por algo que no soy yo, es decir, por una Presencia que domina la historia, que ha vencido al tiempo y al espacio y está aquí, ahora. «Él está aquí. / Está como el primer día»⁹⁴, decía Péguy. Sucede ahora. Hay «algo que se da antes» que mi fidelidad y que pide y sostiene mi fidelidad: que Él sucede ahora.

⁹¹ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 63.

⁹² *Ibidem*, p. 64.

⁹³ *Ibidem*, p. 60.

⁹⁴ Ch. Péguy, «El misterio de la caridad de Juana de Arco», en *Los misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 121.

«Hace un año pasé por un momento de gran prueba, no estaba bien, pero procuraba no separarme de unos pocos amigos que no se disgregaban, que no tenían miedo. Un día fui a ver a uno de ellos, me hallaba en condiciones pésimas. Me dijo una frase: “Nuestra amistad es sagrada porque abre preguntas a las que solo Otro responde”. Algunas semanas más tarde estaba cenando con una amiga y, mientras lloraba, me miró y me preguntó de sopetón: “¿Quién eres tú?”. Entonces me dije: “La respuesta a mi persona no son palabras, explicaciones cristianas, sino Su presencia”. ¡Nada más y nada menos! La respuesta es Él, que en el encuentro ha herido para siempre mi corazón con su belleza. Después de las vueltas que ha dado mi vida, que es una historia dentro de la Historia, veo que lo único que resiste es la fidelidad de Dios, que sigue esperándome, deseándome, que sigue viniendo a buscarme, ¡que sigue estando ahí!». Cristo sale a nuestro encuentro a través de amigos que no se disgregan, que no tienen miedo.

Entonces, ¿cuál es el peligro mortal que hemos visto al acecho durante estos años? Relegar a Cristo –el acontecimiento de su presencia, el encuentro con Él– al pasado y vivir del recuerdo, de la nostalgia del inicio (el arzobispo de Milán nos lo recordaba recientemente en la homilía por el aniversario de don Giussani⁹⁵), vivir del intento –y de la presunción– de desarrollar nosotros las consecuencias del encuentro. Es la tentación kantiana. Cristo se convierte así en una «no presencia», en una presencia del pasado, en una premisa que está a nuestras espaldas, en la que nos inspiramos para nuestros compromisos y proyectos. Atención, esta no es solo la actitud protestante, sino que puede ser nuestra posición frente al encuentro decisivo con la realidad del movimiento que ha marcado la vida de todos los que estamos aquí.

«Existe un peligro», dice Giussani, «y lo hemos experimentado: ¡cuántos han caído en él!». ¿De qué peligro se trata? «Al igual que la humanidad ha pensado siempre en los comienzos del tiempo humano como en la edad dorada, el paraíso terrenal, así mucha gente ha percibido el comienzo de nuestro movimiento o el inicio de su participación en el movimiento como una especie de edad de oro, como una especie de fascinación admirable a la que, sin embargo, el tiempo acaba privando de su atractivo [...]: el protestantismo erigió como sistema esta mirada a la figura de Cristo. Ese “fue” el momento. Y, ¿por qué sucedió? Sucedió para que el hombre de todos los tiempos pudiera tener, al recordar aquel momento, un motivo de esperanza para el futuro, para el más allá de la muerte, para su destino, mientras pasa por esta vida tan llena de desilusiones en todos los sentidos y sobre todo desilusión de sí mismo, desilusión moral»⁹⁶.

⁹⁵ Cf. M. Delpini, «Morar en Cristo», Homilía por el aniversario de la muerte de don Giussani y del reconocimiento pontificio de la Fraternidad, 11 de febrero de 2019, *chiesadimilano.it*

⁹⁶ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., pp. 60-61.

Lo acaba de expresar el papa Francisco en la Exhortación apostólica *Christus vivit*: «Corremos el riesgo de tomar a Jesucristo solo como un buen ejemplo del pasado, como un recuerdo, como alguien que nos salvó hace dos mil años. Eso no nos serviría de nada, nos dejaría iguales, eso no nos liberaría»⁹⁷.

«Por eso –continúa Giussani– insistía en que la excepcionalidad está en el hecho de que el cambio dure, de que se convierta en duración, en historia, de que ese hecho se convierta en historia, que sea permanente, en el hecho de que después de dos mil años ese primer Manifiesto [es decir, el anuncio de que Dios se ha hecho carne, se ha convertido en una presencia humana en la historia] sea todavía verdad, en el sentido de algo experimentado, renovado, algo que ha sido renovado, vivido, y que dentro de doscientos mil años, si existe todavía el mundo, todavía lo será. Lo divino es la victoria sobre el tiempo, pero no sobre el tiempo entendido en sentido escatológico (véase el protestantismo: la victoria de Dios al final de los tiempos, la victoria de Dios al final de tu vida, que te juzga después de la muerte); es la victoria de Dios en el tiempo, sobre el tiempo, dentro del tiempo»⁹⁸.

El verdadero desafío es si lo que empezó puede continuar, puede llegar a ser nuestro, es decir, si Cristo resucitado es capaz de generar una criatura nueva, un testigo en el que se vea que la relación con Su presencia no se remite al más allá, a después de la muerte, sino que se da ahora, porque nosotros podemos tocar Su presencia ahora.

Entonces, la permanencia de la novedad no está asegurada por la «tenacidad de nuestra coherencia», no proviene de nuestra fuerza de voluntad, de que «el reclamo continúe imperturbable»⁹⁹, de que nuestros intentos sean inteligentes. ¡No! «La excepcionalidad, esa que hace que el cambio llegue a hacerse historia, que se convierta en duración, que permanezca [...] viene de algo objetivo que ya existe. Está claro: la permanencia de mi cambio, de tu cambio, o viene de algo que hay en ti o viene de algo objetivo que ya existe; o depende de tu voluntad o depende de algo objetivo que ya existe –¡que existe ya!–, de una realidad que domina la realidad en movimiento. Este es el mensaje del segundo Manifiesto: ¡Cristo ha resucitado, Dios ha puesto la historia en las manos de ese hombre!»¹⁰⁰.

⁹⁷ Francisco, Exhortación apostólica post-sinodal a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios *Christus vivit*, 124.

⁹⁸ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 61.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 57.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 62-63. «Para mí es suficiente que Jesús esté vivo. Si él vive yo vivo, pues mi alma está suspendida de la suya; más aún, él es mi vida, aquello que necesito. De hecho, ¿qué podrá faltarme si Jesús está vivo? Incluso cuando todo desapareciese, no tendría ninguna importancia para mí, siempre que Jesús esté vivo» (Guerrico d'Igny, «I Sermone per la Resurrezione del Signore», en Scuola Cistercense, *Pensieri d'amore*, Piemme, Casale Monferrato (AI) 2000, p. 257).

Podemos decirlo nuevamente con las palabras del papa Francisco: «El que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma, el que nos sana y nos consuela es alguien que vive. Es Cristo resucitado»¹⁰¹.

Escribe Tolstói: «Cristo murió hace tiempo, su existencia carnal fue breve y nosotros no tenemos una imagen clara de su persona carnal, pero la fuerza de su vida de amor y de razón, su relación con el mundo [...] actúa hasta hoy sobre millones de hombres, que acogen en sí mismos esta relación Suya con el mundo y viven de ella. ¿Y qué es lo que actúa de tal modo? ¿Qué es esto, que antes estaba conectado con la existencia carnal de Cristo, y que ahora constituye la continuación y la propagación de esa misma vida Suya? Nosotros decimos que esto no es la vida de Cristo, sino que son sus consecuencias. Y cuando hemos dicho estas palabras que no tienen ningún sentido, nos parece que hemos hablado de modo mucho más claro y preciso que los que sostienen que esta fuerza es Cristo mismo, vivo»¹⁰².

Que Cristo haya resucitado significa que está presente, que está aquí, como el primer día: «Existe una realidad dentro del mundo, existe una realidad que ha tocado nuestra carne y nuestros huesos con el bautismo, existe una realidad que se vuelve audible y visible a través de nuestra compañía [...], existe una realidad que penetra el tiempo creando un flujo, un pueblo que no tendrá fin al que todos los hombres están llamados, existe una realidad que es Dios hecho hombre. Aquel que ha hecho todas las cosas se ha identificado con la precariedad de una carne, se identifica con la precariedad de una carne, se vuelve audible y tangible con la precariedad de una carne. Aquello para lo que el hombre está hecho es este Hombre que está entre nosotros»¹⁰³.

En 1984, haciendo memoria del comienzo de nuestra historia, decía Giussani: «La fascinación inicial del movimiento procedía de esto. Desde el primer día en que hablamos, el mensaje que se ofrecía era la victoria de Cristo sobre el mundo, la victoria de Cristo sobre la historia: “Jesucristo es el centro del cosmos y de la historia”»¹⁰⁴.

Cristo es contemporáneo a la historia –se vuelve audible y tangible a través de la compañía de la Iglesia, a través de la precariedad de una carne–, y por tanto hay que vivirlo ahora: yo, tú, nosotros, tenemos que «vivirlo cuando vuelve a suceder, y la fuerza del poder, sea de la naturaleza que sea, civil o eclesialístico, nunca podrá detener esta contemporaneidad, ¡nunca!». Don Giussani añade una observación que vale también hoy para nosotros, preocupados

¹⁰¹ Francisco, Exhortación apostólica post-sinodal a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios *Christus vivit*, 124.

¹⁰² L. Tolstói, *Sulla vita*, op. cit., p. 198.

¹⁰³ L. Giussani, *La verità nasce dalla carne*, BUR, Milán 2019, p. 115.

¹⁰⁴ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 64.

muchas veces por el número debido a nuestra inseguridad existencial: «No se sabe si al final del mundo serán doce, como suponía e imaginaba Soloviev, o doce mil millones: no importa, no tiene nada que ver. Lo que sí tiene que ver es que esta contemporaneidad de Cristo con respecto a la historia nunca quedará suspendida o bloqueada, nunca [...]. Entonces es necesario que la fidelidad sea experiencia de lo que es Cristo en el primer Manifiesto: es la fidelidad a este hecho que ha sucedido. Por tanto, la fidelidad es la experiencia del cambio como duración en la historia, la experiencia del cambio producido [...] por una realidad que ya existe: es fidelidad a eso que ya existe»¹⁰⁵ y que me cambia ahora, generando en mí una criatura nueva que dura con el tiempo.

Os leo un testimonio de fidelidad a este algo que ya existe:

«Me doy cuenta de que basta una minucia (una enfermedad, una decisión arriesgada, un contratiempo) para ponerme contra la pared y hacer saltar por los aires lo que me parecía tener bajo control. Me ha sucedido ya un par de veces. Para responder a tu pregunta solo puedo evocar una experiencia personal. ¿Qué me ha ayudado a salir de lo que parecía, literalmente, una prisión cuyos barrotes eran la inconsistencia de mis acciones y de mis pensamientos? El torbellino en el que me hallaba no me impedía permanecer apegado a los gestos que los amigos de la Fraternidad seguían proponiéndome. Gestos sencillos, discretos, pero propuestos con una fidelidad inagotable. Iba a la Escuela de comunidad con la cabeza en otro sitio, pero iba. Seguía el gesto de una caritativa organizada con una sencillez desarmante. Miraba y escuchaba. Desde mi “prisión” miraba los rostros y escuchaba las canciones con una atención que nunca antes había tenido. Repetía las palabras y me asombraba, parecían dirigidas a mí: “No tengas miedo”, “Eres un Dios fiel”, “A cada uno le quitará los zapatos”, etc. Casi me da miedo decirlo, pero la vida se volvía otra vez vida a través de esa presencia sencilla y fiel que transparentaban los gestos que he visto y las canciones que he cantado miles de veces. ¿Qué es lo que sucedía? Una Presencia presente, un “Tú” que conoce mis pensamientos, que vive en mí».

3. «Esta es la victoria que vence al mundo: la fe»

«La experiencia del cambio como duración en la historia», tal como don Giussani nos ha enseñado a mirarla, cuestiona nuestra imagen del cambio. «El problema es superar una imagen psicológica del cambio». Mirad con qué finura indica Giussani esta imagen: «Concepción psicológica del cambio es cuando uno dice: “Sí, tengo que ser más... tengo que saber amar y no instrumenta-

¹⁰⁵ *Ibidem*, pp. 64-65.

lizar al otro o a la otra...” [...] pero después permanece en la comunidad resignado, o bien se desilusiona porque no cambia». ¿Por qué tantas veces nos desilusionamos? Porque identificamos el cambio con algo que medimos nosotros: «¡Cuántos entre nosotros se han planteado esta objeción: que la promesa no se ha mantenido, que no cambia nada! Cuántas veces he escuchado decir: “¡Pero no cambia nada!”». Es una concepción psicológica del cambio, es decir, un cambio que tú notas con tu conciencia, que mides con tu observación, con la observación de tu conciencia: era de temperamento irascible y lo soy todavía; tenía tendencias cleptómanas y me doy cuenta de que me he metido en el bolsillo algo de mi compañero; he terminado la universidad, entro en una profesión, [...] y no sé qué hacer, todo es como antes, no se mueve nada o no se mueve como esperaba»¹⁰⁶. En definitiva, concebimos nuestro cambio según una imagen externa a nosotros y nos acabamos creyendo que este consiste en un incremento de nuestras capacidades o una mejoría en nuestras actuaciones.

Pero entonces, si no se puede medir, ¿en qué consiste el cambio? ¿Se trata de un cambio virtual? ¿Cuál es el verdadero cambio?

«La experiencia del cambio está determinada, ante todo, por el reconocimiento de Cristo como el vencedor de la historia. Esto es la fe¹⁰⁷. La clave –¡la clave!– es la certeza de que existe entre nosotros la victoria sobre la historia. San Pablo dice: “Si Cristo no hubiese resucitado, vana sería nuestra fe, seríamos los más miserables entre los hombres”»¹⁰⁸.

Por tanto, el verdadero cambio, el que hace que puedas despertarte cada mañana con esperanza, independientemente de la situación que tengas que afrontar, de la dificultad que tengas que atravesar, es la certeza de que existe entre nosotros la victoria de Cristo en la historia. Se trata de una *metánoia*, un cambio de mentalidad. Es decir, el verdadero cambio es la fe, el reconocimiento de Su presencia ahora. Esta es la victoria en la historia y sobre la historia, «esta es la victoria que vence al mundo: la fe»¹⁰⁹.

¹⁰⁶ *Ibidem*, pp. 65, 62.

¹⁰⁷ «La primera tarea de los cristianos es testimoniar la resurrección. También ellos son rebeldes que no pueden resignarse a la condición humana. Pero saben que Alguien ha pasado vivo desde el otro lado de las cosas y les ha abierto el camino» (O. Clément, *La rivolta dello spirito*, Jaca Book, Milán 1980, p. 170). «Es impensable que Cristo resucitado me mantenga tal cual sin transformación. Está vivo precisamente para transformarme. Creer en Cristo es creer que existe un principio dinámico de transformación, es decir, de liberación. De hecho, no soy libre porque soy pecador, y lo sé bien. No puedo llegar a ser libre si no soy transformado. La resurrección es esto. No es la reanimación de un cadáver, es el paso a la libertad, a la libertad de amar. Y este paso a la libertad implica una transformación radical...» (F. Varillon, *Traversate di un credente*, Jaca Book, Milán 2008, p. 149).

¹⁰⁸ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 66.

¹⁰⁹ Cf. 1Jn 5,4.

Nos lo testimonia esta carta:

«Te agradezco muchísimo la pregunta que nos has planteado para los Ejercicios de la Fraternidad. Desde el día que nos la mandaste vivo cada momento de mi jornada con el deseo de descubrir en las circunstancias qué es lo que responde de verdad a la provocación que nos has hecho. En este periodo me he dado cuenta de que lo único que resiste el embate del tiempo es reconocer que Jesús sucede continuamente y me hace compañía aquí y ahora. Lo único que hace posible la continuidad del inicio es seguir viendo a Jesús vivo en medio de nosotros, que pueda encontrarme con Él en cada circunstancia que se me da. Y lo que permite la duración, es decir, lo que al final me permite estar contenta en cada circunstancia, también en las más dificultosas, es la fidelidad a este reconocimiento. En este periodo tengo algunos amigos que están teniendo dificultades por situaciones problemáticas en la familia, en el trabajo o por enfermedad, y me he dado cuenta en la relación con ellos de que la compañía más verdadera que nos podemos hacer es seguir juntos un lugar en el que se nos ayuda a reconocer a Jesús presente, porque esto es lo único que permite levantar nuevamente la mirada y no sucumbir ante la dificultad. Hace quince días, un querido amigo mío tenía que ingresar en el hospital para someterse a una operación delicada, y estaba viviendo esta circunstancia con mucho miedo y angustia. Una tarde me llamó inesperadamente y me dijo que se había quedado muy impresionado por la carta publicada en *Tracce* de una chica de Bolonia, porque lo que contaba era exactamente la respuesta a lo que le pesaba en ese momento, y le dije: ¡Qué bien! ¡Esto es Jesús para ti!». Cuando nos vimos al día siguiente, tenía otra cara. Realmente otra cara, otra mirada, más alegre, más confiada. ¡Le bastó reconocer a Jesús presente para que el miedo y el desasosiego quedaran vencidos! Reconocer a Jesús, que nos hace compañía, y ayudarnos a identificar los signos inconfundibles de su presencia, es lo que nos permite estar en pie ante las circunstancias, ante cualquier circunstancia, con una mirada nueva. Por eso entiendo cada vez mejor que el verdadero cambio, el que resiste el embate del tiempo, es el reconocimiento de la victoria de Cristo aquí y ahora. Y seguirte a ti es ante todo la posibilidad de ser ayudada constantemente a reconocer a Jesús, que se manifiesta en nuestra vida. El resultado de este camino de fidelidad a la autoridad (que es el modo con el que históricamente me alcanza el Misterio) es que todas las noches me acuesto contenta, en paz, agradecida por todos los dones que me regala continuamente el Misterio».

Como podéis ver, se trata de un cambio que dura en el tiempo.

«La clave es la certeza de que existe entre nosotros la victoria sobre la historia. Es precisamente esta certeza, que se llama fe [...], lo que nos da la

capacidad de un esfuerzo moral inagotable¹¹⁰. Pero entonces [...], el esfuerzo moral se convierte en “participación en un hecho”¹¹¹.

El yo como protagonista de la historia es generado por Cristo presente, por el reconocimiento de Cristo presente. Esta es la gran diferencia entre el catolicismo y el protestantismo. Insiste Giussani: «Es la fascinación ante la pretensión que tiene en la historia la contemporaneidad de Cristo, [...] es la fascinación ante el alcance histórico de Cristo resucitado, es el reconocimiento de Cristo resucitado lo que constituye el sujeto histórico nuevo, distinto de los demás, es decir, nosotros. Y al decir este “nosotros”, uno entiende con asombro la diferencia abismal que hay entre esta forma con la que Dios prosigue en la historia y nuestras propias capacidades, el resultado de nuestras propias capacidades. El resultado de nuestras capacidades tendría que echarnos para atrás enseguida. En cambio, se trata de otra cosa: no de una ética, sino de la fe. La ética es posible como consecuencia de la fe. [...] Por eso [como podéis leer en el Cartel de Pascua de este año], la gente que le seguía, los discípulos que iban tras Él, eran unos pobrecillos como tú y como yo, pero toda la novedad de su esperanza, la certeza absolutamente nueva que tenían, la realidad nueva que eran nacía de esa Presencia. Que esa Presencia siga siendo contemporánea para mí, para los hijos, para los que vendrán después, dentro de cien millones de años: esta es la victoria que vence al mundo, esta es la novedad absoluta, ¡esto es lo divino en la historia! Yo sigo siendo el pobre hombre que soy, pero con Cristo tengo certeza, soy rico. Que exista esta Presencia¹¹² hace posible la fascinación por mi propia persona, es decir, la posibilidad de amar mi persona. En efecto, uno se ama a sí mismo solo en Su compañía. El afecto por uno mismo lo expresa solo quien lleva este mensaje; amor a uno mismo y, por tanto, amor a los demás»¹¹³.

¡El verdadero recurso de nuestra vida es una Presencia presente que nos llena de asombro porque existe! «Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. [...] ¡Él vive y te quiere vivo!»¹¹⁴. Gracias a esta Presencia yo no estoy determinado en última instancia por

¹¹⁰ «Aquella persona sabía atarme a una disciplina, a un sacrificio, con el simple don de sí misma [...] El don de ella me elevaba a la intuición de nuevos deberes, los corporeizaba ante mí» (C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 42).

¹¹¹ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 66.

¹¹² «Al Señor no solo debemos pedirle piedad, sino que es necesario dirigir a Él todo nuestro afecto, de forma que podamos amarnos a nosotros mismos con él» (Bernardo de Claraval, *Sermoni III: diversi e vari*, Scriptorium Claravallense. Fondazione di Studi Cistercensi, Milán 2000, p. 159).

¹¹³ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., pp. 67-68.

¹¹⁴ Francisco, Exhortación Apostólica post sinodal a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios *Christus vivit*, 1.

mis carencias, por mi error, por mi incapacidad, por mi mal. Participar en la realidad humana en la que Cristo se hace presente responde al nihilismo que sorprendemos en nosotros, a nuestra falta de confianza, a la percepción de nuestra incapacidad más que mil discursos, que mil conversaciones entre nosotros, que mil proyectos. Un hecho, ¡esto es el cristianismo! No las discusiones entre nosotros, no nuestros intentos, sino un hecho de una evidencia ineludible.

Es justamente la certeza de Su presencia, que se llama «fe», lo que nos da una capacidad inagotable para afrontarlo todo. Por ello, la única moralidad verdadera es la pobreza de espíritu de quien reconoce un hecho, es la sencillez de corazón, porque los discípulos no se lo habían imaginado, ni se les había pasado por la cabeza que pudiese suceder algo como lo que vieron ante sus ojos después de haber dejado a Jesús en el sepulcro: ¡Le vieron vivo!

¿De quién podemos decir: «Tú estás siempre conmigo»? «Yo sé, amor mío, / que no has llegado a partir / porque todo a mi alrededor / me dice que estás siempre conmigo»¹¹⁵. Pero atención, el hecho de reconocerle presente no es mecánico, sino que implica una lucha entre la experiencia que uno vive y el mundo que no Le ha conocido, entre la experiencia que vivieron los discípulos con Cristo resucitado y todo el parloteo que se había desencadenado en torno a las mujeres: «São loucas, são loucas», están locas. Lo mismo pueden decir de nosotros: «¡Estáis locos!».

El verdadero desafío a la razón y a la libertad de cada uno de nosotros es este reconocimiento, y por ello no hay decisión más grande que la fe. No hemos venido aquí para comérmolo y guisárnoslo nosotros –como se suele decir–, creyendo que hemos encontrado lo que resiste el embate del tiempo como por arte de magia, como si lo hubiésemos sacado de la chistera. No, estamos aquí para ir al fondo de lo que nos ha sucedido. Y miramos hasta el fondo lo que hemos encontrado, damos realmente razón de la experiencia que vivimos –que cada uno de vosotros diga si no es así– solo en la medida en que reconocemos a Cristo actuando en medio de nosotros. Pensémoslo: cada uno de nosotros debería borrar todos los signos de la novedad que sorprende en sí mismo si eliminase el hecho de Cristo resucitado, presente y vivo en la comunidad cristiana.

Una vez que Le he reconocido vivo y presente, ¿cómo podría levantarme por las mañanas sin desear reconocerle otra vez, sin desear tenerle siempre en el raballo del ojo? Pongámonos por un instante en el pellejo de los discípulos: después de haber visto a Jesús vivo, ¿cómo habrían podido levantarse a la mañana siguiente para ir a pescar, para ir, como san Pablo, por

¹¹⁵ *Barco Negro*, música de Caco Velho y Piratini y letra de D. Mourão-Ferreira.

el mundo a comunicar a Cristo, para hacer las cosas normales (como sería para nosotros subir al autobús o limpiar la casa), sin llevarle en la mirada? No podían evitar verse impregnados de Su presencia. Por eso la existencia cristiana –para quienes Le han reconocido y Le reconocen– se resume en estas preciosas palabras de san Pablo que hemos escuchado muchas veces: «Mientras vivo en la carne, vivo de la fe en el hijo de Dios que dio su vida por mí»¹¹⁶. Este es el verdadero cambio: yo vivo atravesado por esa Presencia. No estoy definido por mi esfuerzo para cambiar, sino por la conciencia de lo que ha sucedido en mi vida. Relajaos, amigos, no somos nosotros los que tenemos que “resistir”, no es nuestro esfuerzo lo que sostiene todo. No, no, Él ha resucitado, y no tenemos que sostener nosotros Su resurrección. Es al revés: es Cristo resucitado quien sostiene nuestra vida. Y solo porque reconoces Su resurrección puedes relajarte, la angustia y el estrés ya no tienen la última palabra. Entonces empezamos a cambiar, toda la vida empieza a cambiar, casi sin darnos cuenta, sin quererlo; sencillamente sorprendemos en nosotros dinanismos que no son nuestros, nos sorprendemos distintos.

La experiencia del reconocimiento de Cristo lleva consigo otro paso además del reconocimiento: «La permanencia de este reconocimiento. ¿Cómo se llama esto? Memoria. De hecho, ¿qué ha pedido Cristo? La memoria. Ha pedido que hagamos memoria de Él: “Haced esto en memoria mía”. ¿A qué se refiere con “esto”? ¡A todo!». La memoria, el «reconocimiento permanente», es la «verdadera duración de nuestra persona. Si el reconocimiento es el contenido fascinante de nuestra persona, si el reconocimiento de Ti, Cristo, es todo lo que soy como consistencia, la permanencia de este reconocimiento constituye –¡constituye!– nuestra persona como duración»¹¹⁷.

Ciertamente, podemos plantear todavía una pregunta: «¿Cómo se puede resistir?». Pero esta objeción ha quedado radicalmente debilitada: «“La resistencia se nos ha dado ya” [no eres tú el que tiene que resistir] [...], porque la resistencia es Cristo»¹¹⁸, es Él quien resiste, y al resistir te permite a ti resistir también. De nuevo, es al revés. Y es profundamente liberador descubrirlo.

4. Un lugar que es camino

Para mantener viva esta memoria se nos ha dado un lugar: «El lugar en el que surge esta memoria, [...] la fuente de esta memoria, es decir, el lugar en

¹¹⁶ Cf. Ga 2,20.

¹¹⁷ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 68.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 69.

donde se reclama y se invita continuamente al reconocimiento, es el signo de esta victoria de Cristo en la historia, es la comunidad viva, la compañía nueva, es decir, hombres que están juntos porque está Cristo»¹¹⁹.

Si queremos durar, si queremos resistir con el tiempo, solo podremos hacerlo en el único lugar que resiste, porque no es nuestro esfuerzo lo que hace que se mantenga en pie. Por ello, subraya don Giussani, se trata de «frecuentar el signo de la victoria de Cristo», es decir, una compañía dentro de la cual está Él, «Aquel que está entre nosotros»¹²⁰. Entonces, nuestro deber práctico es frecuentar el signo de esta victoria, igual que los discípulos iban a buscarle al día siguiente, al otro, y así todos los días, justamente porque eran conscientes de que si no hubiesen estado con Él, la novedad que habían encontrado se habría alejado con el tiempo, se habría vuelto ineficaz.

«Queridísimo Julián, quiero contarte algo que me ha sucedido. Tengo que partir del 1 de mayo de 2012, de tu carta a la *Repubblica*¹²¹, en la cual –a mi modo de ver– marcabas una distancia con relación a gente del movimiento implicada en procesos judiciales. Yo desprecié aquella carta. Consideré que un padre no escribe eso de sus hijos, pensé que don Giussani nunca habría escrito algo parecido. Meses más tarde también yo me vi implicado en una investigación, y de la noche a la mañana mi vida cambió: perdí el trabajo y me sobrevivieron un montón de problemas. Aun dentro de la dificultad, me acompañó enseguida la idea de que lo que sucede es para el cambio de la persona, y además de esto, Dios nunca ha dejado que me falte lo esencial: la compañía verdadera y profunda de mi mujer, la ayuda y el apoyo incluso material de los amigos. Sin embargo estaba desorientado: mi vida de antes (laboral y pública) ya no existía y mi grupo de Fraternidad se había disuelto. Algunos aspectos importantes de veinte años de vida precedente se habían cuestionado, y mi interés por el movimiento se hallaba en mínimos históricos. Todo me parecía complicado, poco comprensible, lejano. La necesidad de respuesta me llevó incluso a formas que no pertenecen a mi historia: fui a Medjugorje, recé como nunca había hecho en mi vida, y al mismo tiempo, en mi “vuelta a empezar”, percibía que había algo que no estaba completo. Por motivos de trabajo, mi mujer se hizo amiga de una persona del movimiento a la que conocíamos solo de vista. Fue como un agujero en un dique, que se agranda poco a poco hasta hacer que ceda toda la estructura. La novedad empezó a abrirse camino nuevamente, a través de la carne, y yo –más que lanzarme– no me opuse; no

¹¹⁹ *Ibidem*.

¹²⁰ *Ibidem*.

¹²¹ J. Carrón, «Carrón: da chi ha sbagliato un’umiliazione per CL», *la Repubblica*, 1 de mayo de 2012 [versión española en *Huellas*, 5/2012 con el título: «Tenemos mucho camino por hacer»].

de forma brusca, sino de forma lenta, natural, poco perceptible e incluso con alguna reserva, me vi dentro de este cambio, dentro de este ser aferrado nuevamente. Cuando salió el comunicado de prensa de CL con motivo de la dolorosa condena de Roberto Formigoni¹²², me pareció precioso; y todavía más bonito el artículo de *Avvenire*¹²³ que comentaba el comunicado, definiéndolo como “infinitamente cristiano”. Entro en casa, mi mujer está ocupada pero nos intercambiamos un saludo y le digo lo bonitos que son el comunicado y el artículo, luego me siento a la mesa y mientras estoy cenando ella me manda un mensaje por *WhatsApp*: es una carta de Carrón, que parece explicar el motivo del comunicado de prensa. “Vaya, se me había escapado este texto”, pienso. Es una carta que, en mi opinión, ahonda en el comunicado, más analítica, más completa. La leo entera y llego hasta el final: no es de hoy, sino del 1 de mayo de 2012. Era la carta que había despreciado hacía casi siete años. Y ahora, mientras escribo estas líneas y releo tu carta de hace siete años, me gustaría reflejar aquí todas las frases que me describen, pero es imposible elegir, porque toda ella describe mis años de renacimiento. En mi experiencia, toda la carta responde a tu pregunta: “¿Hay algo que resista el embate del tiempo?”».

Es suficiente un agujero en el dique y empezará a seguir.

¿No quieres perder lo que has encontrado? Pues bien, sabes dónde lo has encontrado y por tanto sabes a dónde puedes volver, porque te está esperando. No es la victoria de tu intento, porque tu intento es falaz –como el mío–, no es capaz de resistir, no es capaz de mantenerse. Por tanto, no perdamos el tiempo apoyándonos en nuestros esfuerzos. ¿Quieres resistir? Mira allí donde reconoces algo que resiste. Si lo has encontrado en el movimiento, porque has percibido un modo distinto de estar juntos, por la capacidad que tiene de recuperarte, por la persuasión con la que te ha permitido descubrir la fe, entonces el método para resistir es el compromiso con el movimiento, con esta compañía, signo de Su presencia para ti. La fidelidad es a Él, a través de la fidelidad a esta compañía.

Nuestra compañía, decía don Giussani en 1989 –lo encontráis en el último libro de los Ejercicios, *La verità nasce dalla carne*–, «tiene esa función capital e inmediata para cada uno de nosotros. El Señor es grande, habría podido establecer un millón de formas distintas, y de hecho la Iglesia está llena de la riqueza de estas formas distintas: nosotros hemos sido alcanzados con esta forma. Si no nos hubiese alcanzado así, no habría sido, por decirlo así, necesario lo que hay entre nosotros, pero al haber sido alcanzados de este

¹²² «Formigoni. Nota di Comunione e Liberazione», Comunicado de la oficina de prensa de CL sobre la condena a Roberto Formigoni, 22 de febrero de 2019, clonline.org

¹²³ M. Leonardi, «Ma non si è figli perché non si sbaglia», *Avvenire*, 26 de febrero de 2019.

modo, este resulta necesario, y abandonarlo, despedazarlo, no utilizarlo es traicionar a Dios. No se puede decir: “Señor, Tú has venido a mí a través de este camino, yo voy hacia Ti por otro”. ¡No! Por ello, es a través de nuestra compañía y amistad, por muy frágil que pueda ser, como nosotros vamos hacia Él. Dios mío, yo querría poder caminar con cada uno de vosotros y ni siquiera soy capaz, ¡ni siquiera tengo la energía ni el tiempo para responder a todas las cartas! Y tenéis que perdonarme, porque os aseguro que mi corazón es distinto de lo que muestran las apariencias. Ayudémos: este es el camino por el que el Señor nos llama a Él, a la vigilancia; un camino frágil, discutible desde muchos puntos de vista, pero que es el instrumento pedagógico, la modalidad educativa que el Señor ha preparado para ti. En caso contrario, si no estuviese persuadido de esto, ¿creéis que aceptaría estar aquí hablándoos? Por el amor de Dios, ¡pensaría en mí mismo y me retiraría a rezar!»¹²⁴. ¡Imaginad lo liberador que ha sido para mí, que estoy aquí subido en el escenario para hablaros, leer estas palabras de don Giussani!

5. «El peso cultural de nuestro cambio»

Cuando uno vive el reclamo a la memoria en el lugar que Cristo ha elegido para aferrarle, se sorprende lleno de energía para volver a empezar siempre, de forma indomable. Como les sucedió a los discípulos. Yo puedo equivocarme mil veces, y mil veces más, pero retomo el camino continuamente y puedo comunicar a los demás una novedad, puedo invitar a los demás a participar en nuestra vida. Muchas veces me dirán que no, pero yo vuelvo a empezar una y otra vez porque no dependo de su reacción. «Este carácter indomable, fácil como reconocer, abrazar y besar el rostro de la propia madre, es realmente experimentar en uno mismo la victoria sobre el tiempo, es el reflejo en mí mismo de la victoria de Cristo resucitado sobre el tiempo». Ese carácter indomable tan sorprendente es el signo en mí, en ti, ahora, no solo en el último día, sino en la historia, en la confusión actual, de la victoria de Cristo sobre el tiempo, de Su resurrección. «Entonces uno pone en juego su propia energía en la propuesta a sí mismo y a los demás. ¿Por qué? Porque esta victoria es la realización de lo humano»¹²⁵.

Me escribe una amiga:

«Hace unos dos meses murió repentinamente un alumno de la escuela en la que trabajo. El dolor y el desconcierto por este hecho generaron dinámicas y diálogos inesperados. En particular, se produjo un verdadero “encuen-

¹²⁴ L. Giussani, *La verità nasce dalla carne*, Bur, Milán 2019, pp. 239-240.

¹²⁵ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 70.

tro” con un compañero con el que enseguida percibí una fuerte sintonía. Tengo que decir que este compañero se define ateo y detesta todo lo que tiene que ver con la Iglesia. En uno de los momentos más dolorosos por la pérdida de nuestro alumno me confesó que se sentía insatisfecho y que buscaba desde hacía tiempo aplacar la inquietud que le acompañaba. Añadió que se sentía inadecuado ante las peticiones de ayuda de nuestros chicos y que, en cambio, para mí no era así; de hecho afirmó: “Tú estás a gusto con todos. Cuando estás delante de otra persona la acoges hasta desaparecer tú, es el otro quien se convierte en el centro”. Luego añadió: “Tú estás presente. Siempre. Pero siempre estás también en otro sitio”. Por último, concluyó diciéndome que percibía que yo estaba “completa, llena”. Decidimos volver a vernos para hablar con calma, porque quiere comprender mejor qué es para mí ese “otro sitio” que ha visto».

La realización de lo humano. «Este es el peso cultural de nuestro cambio»¹²⁶. Esta es nuestra contribución al mundo; mientras, la mayoría de la gente está desorientada y vive en el caos, lo que lleva a alguien como Ulrich Beck, después de haber dedicado toda su vida a estudiar la sociedad, a decir que ya no comprende el mundo¹²⁷; nosotros –por la gracia que hemos recibido y recibimos cada día– no estamos desorientados, como no estaban desorientados los discípulos en medio del caos del Imperio romano. Este es el peso cultural de lo que llevamos con nosotros, el alcance cultural de la propuesta con la que afrontamos la historia y el derrumbamiento de todo. Pueden caer todas las formas que han regido hasta ahora, pero nuestra victoria no se identifica con la permanencia de ciertas formas y con nuestro apego a ellas. Por eso podemos volver a empezar, igual que volvieron a empezar los primeros cristianos después de la caída del Imperio romano; llegaron los bárbaros, pero los cristianos volvieron a empezar a lo grande. Aunque todo se había desmoronado, ellos no cayeron, porque su fundamento no estaba puesto en ese mundo que se disgregaba. También nosotros nos hallamos en un momento de paso, de sufrimiento, y de igual modo podemos desafiar esta situación con una propuesta llena de significado.

«La experiencia del cambio consiste» –nace, florece– «en el reconocimiento de Cristo». Nuestra fe es en la presencia de Cristo que nos cambia,

¹²⁶ *Ibidem*.

¹²⁷ «El mundo está desquiciado. Tal como lo ven muchas personas, esto es cierto en ambos sentidos de la palabra: el mundo está desencajado y se ha vuelto loco. Vagamos confusos y sin rumbo, argumentando razones a favor de esto y en contra de aquello. Pero una afirmación en la que la mayoría de la gente coincide, más allá de cualquier antagonismo, y en todos los continentes, es la siguiente: “Ya no comprendemos el mundo”» (U. Beck, *La metamorfosis del mundo*, Barcelona, Paidós 2017, p. 13).

porque «Él permite al mundo volverse verdadero al vencer el mal, porque el mal es lo no humano, es lo no verdadero», Él vence sobre lo que pasa y no dura. De este modo empezamos a participar de Su victoria, del ciento por uno experimentable en este mundo, de un gozo, de una paz, de una alegría, de una energía que nos hace preguntarnos llenos de asombro: «Pero, ¿de dónde me viene todo esto?». Tenemos que entender bien de dónde viene, pues si no, ¿por qué tendríamos que volver aquí? Nos viene de Cristo vivo. «La contemporaneidad de Cristo en la historia es una promesa para el presente, es un ciento por uno experimentable, aunque siempre distinto de lo que podemos imaginar. Cuánta gente viene a decirme: “El ciento por uno no está. ¿Dónde está el ciento por uno?”. Es cierto, si tú lo piensas según tu imagen, entonces ya no es una novedad, y vuelves a proponer los términos de tu carencia. La redención es un ciento por uno experimentable, pero siempre distinto del que has imaginado, siempre»¹²⁸.

Si imagino yo mi cambio, pienso por ejemplo: «Con todo lo que he escuchado estos días, cuando vuelva a casa ya no puedo volver a enfadarme»; luego sucede que me enfado a los veinte minutos, y basta esto para poner en cuestión todo lo que he vivido aquí.

Por el contrario, mi cambio se verificará con el tiempo según una medida que no es mía. Es un cambio real, lo ven incluso los demás. Que llegue a todos los terminales de la vida –como deseamos todos– es una cuestión de tiempo. Pero el origen del cambio existe, ha sucedido ya, es un dato de hecho, es una Presencia viva que se puede experimentar ahora. Y nosotros esperamos que se extienda a toda nuestra vida, de modo que cada cosa que toquemos pueda verse impregnada de la novedad que nos ha alcanzado a cada uno de nosotros.

Al comienzo de la lección hemos hablado de la constatación de un cambio, y hemos dicho de distintos modos: «“Es necesario buscar lo que está debajo, la raíz, la razón de por qué nuestra compañía, nuestra amistad, ha dado los resultados humanos que ha dado”. Sea como fuere, es participando en este signo, es frecuentando este signo como seremos reclamados continuamente a ese reconocimiento y a esa memoria o reconocimiento duradero, reconocimiento y memoria de esa Presencia que es la raíz, que es la fuente del hecho de que nosotros, extraños, somos hermanos y amigos, y del hecho de que nosotros, pobres, sentimos extrañamente que una riqueza arde en nosotros: extrañamente, porque no sucede según nuestros planes, según nuestros proyectos»¹²⁹.

¹²⁸ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., pp. 70-71.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 71.

Termino leyendo un testimonio:

«Querido Julián, cuando volví el año pasado de los Ejercicios descubrí que estaba embarazada. Deseábamos tener un segundo hijo, pero nos sentíamos ya muy afortunados al haber tenido nuestra primera hija, que llegó después de que los médicos nos hubieran dicho que era bastante improbable que tuviéramos hijos de modo natural. Sin embargo, en mayo del año pasado me quedé embarazada otra vez. Desde el principio nos resultó claro que se trataba de una iniciativa del Misterio que nos llenó de asombro y conmoción. Esto sucedía además en un momento muy especial: mi marido había perdido su trabajo hacía poco más de un mes, y debido a ello habíamos empezado a afrontar el problema del paro. En la primera consulta del médico todo era “perfecto”, yo estaba estupendamente, el feto estaba correctamente implantado e incluso se oía latir su corazón. Todo parecía ir bien. Pero pasado algún tiempo percibí que algo no iba bien; fui a urgencias con mi marido y supimos que el embarazo se había interrumpido hacía alguna semana. Tuve un aborto espontáneo en casa ese mismo día. Durante los días inmediatamente posteriores muchos trataron de consolarme con distintas frases. Percibí toda mi impotencia ante lo que estaba sucediendo, por mi vida y por la de mi hijo. Y me di cuenta de que la misma impotencia, si soy leal, la experimento también en relación a mi hija. Aunque la puedo cuidar de forma concreta, no puedo añadir ni un segundo a su vida. ¿Hay algo que llene de significado cada instante? ¿Hay algo que resista el embate del tiempo? Solo una Presencia, real y concreta. No una idea o una deducción lógica, sino una Presencia que sucede, un Hecho incontrovertible, que ninguna circunstancia adversa puede negar ni desmentir. Tú eres, Cristo, el único que resiste en el embate de la vida. Sin embargo, sin esta compañía Cristo se habría quedado para mí en un mero nombre, no se habría convertido en una Presencia segura. Este es el único lugar que me permite mantener vivas las preguntas, no las silencia liquidándolas con una frase de cortesía, las mantiene en una profundidad verdaderamente interesante. En la experiencia del aborto se me hizo más claro qué quiere decir que la relación con el Misterio es personal. Surgió como una soledad ante todo lo que había sucedido, brotó la evidencia de que no puedo delegar en nadie, ni siquiera en la compañía, mi respuesta a Cristo. Estoy yo delante del Misterio, y estoy sola en esta relación. Pero el descubrimiento de esta soledad me ha permitido ver el valor que tiene esta compañía en mi vínculo con Cristo. Los amigos no tienen la tarea de consolarme o de seguirme, no son capaces de devolverme a mi hijo, y estar juntos no es lo que me quita los problemas o el miedo. Pero necesito un lugar así que me mantenga o me vuelva a poner en la posición correcta, que me ayude a no perder las preguntas que la realidad provoca.

Esta historia, los rostros, el trabajo y los gestos de este camino, vehiculan la relación con Él y al mismo tiempo la vuelven familiar. “Uno no deja de tener miedo solo porque alguien le diga: ‘No temas’. Hace falta que esa presencia –de Dios– haya entrado en las entrañas de su yo, que se trate de una presencia que se ha demostrado creíble dentro de una historia. De hecho, la única base adecuada de la confianza es una historia vivida. Todo cuanto Dios ha hecho y hace tiene un fin: ‘Para que sepas que yo soy el Señor’ y así puedas fiarte de Él” (*Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?*, Ejercicios de la Fraternidad 2018, p. 26). Esta es la historia que ha hecho de Dios una presencia creíble de la que me puedo fiar, y que desafía y resiste al tiempo. Sea lo que sea lo que Él haga».

Para terminar, escuchemos *Cristo al morir tendea*, porque es el diálogo con esta Presencia lo que determina la vida; al escucharlo, sentimos cómo se dirige a cada uno de nosotros la pregunta: «¿Le abandonaréis por otro amor?».

Canto: *Cristo al morir tendea*¹³⁰.

¹³⁰ «Cristo iba a morir / y María dijo a sus amigos más queridos: / “Si entrega el alma y el corazón / para llevaros al cielo, / ¿le abandonaréis por otro amor?” / “Sabe bien que huiréis a causa de vuestro gran temor / y que os esconderéis. / Pero él, como Cordero que calla y muere, / morirá por vosotros con inmenso amor”. / “Así pues, amados míos, / si en la dura cruz, en manos de injustos y malvados, / para salvaros entrega la sangre, el alma y el corazón, / ¿le abandonaréis por otro amor?”» (Fra Marc’Antonio da San Germano, «Cristo al morir tendea», en *Canti per la Settimana Santa*, Soc. Coop. Ed. Nuovo Mondo, Milán 2007, pp. 50-51).

Domingo 14 de abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Sonatas para piano y violín K 304, 376, 378, 301

Clara Haskil piano, Arthur Grumiaux violín

“Spirto Gentil” n. 46, Philips

Ángelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Davide Prosperi. Este año también nos han llegado muchísimas preguntas, más de mil trescientas que, unidas a las dos mil cartas y correos electrónicos que llegaron en respuesta a la invitación que hacía Carrón, constituyen un buen número. Esto hace ver, junto a otros factores, que se trata de un gesto al que no nos limitamos a asistir, sino que cada uno contribuye a construir con su presencia. Es más, en los Ejercicios se comprende muy bien qué es un gesto –palabra que deriva del latín *gerere*, que quiere decir *llevar*–: un hecho que lleva dentro de sí un significado. Hemos venido aquí para descubrir este significado. Es esencial para nuestra educación como adultos, porque el adulto –cuanto más avanzamos en la vida más nos damos cuenta de ello– necesita más que nunca, tanto o quizá más que un joven, ser educado para descubrirse a sí mismo, para descubrir su propio rostro humano. Por tanto, como tal, este gesto implica nuestra humanidad por entero. Y esto se ha reflejado mucho en las preguntas que habéis enviado porque, además de pedir comprender las palabras que ha dicho Julián estos días, incluyen también el intento cordial de una verificación con respecto a la experiencia que vivimos en la vida cotidiana y a las pruebas que estamos llamados a afrontar.

Nos hallamos aquí veintidós mil personas, formamos parte de una compañía cierta, pero debo decir que, ya desde la primera noche, el silencio que todos hemos podido experimentar y que nos ha acompañado durante estos días –un silencio asombroso, desde un cierto punto de vista, dado los muchos que éramos, y, según lo que puedo recordar, más intenso que otras veces– es el signo de que dentro de esta compañía cada uno de nosotros está aquí por sí mismo, por el reconocimiento de una soledad última, una soledad buena, ante el Misterio.

Esto nos introduce en la primera pregunta.

«Después de escuchar el último testimonio de la lección de la tarde, ¿quiere decir que estoy solo delante del Misterio y al mismo tiempo tengo necesidad de un lugar? ¿Y cómo se puede profundizar en la relación con Cristo en una situación de soledad, es decir, cuando no tienes la posibilidad de frecuentar a las personas que para ti son el signo de la victoria de Cristo? No entiendo bien si la profundización en la relación con el Misterio es una cuestión de frecuentar una compañía viva de hombres o una cuestión que se juega a nivel personal».

Julían Carrón. A mi modo de ver, la primera cuestión es comprender la naturaleza de la soledad. Hace muchos años, en España, cuando leí por primera vez *Huellas de experiencia cristiana*, me impresionó enseguida el modo con el que don Giussani afrontaba el problema de la soledad: «Cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más cuenta nos damos de que no las podemos resolver por nosotros mismos, ni tampoco pueden los demás, que son hombres como nosotros. [...] Es este sentido de impotencia el que engendra la *soledad*». Por tanto, contrariamente a lo que pensamos muchas veces, «la verdadera soledad no proviene tanto del hecho de estar solos físicamente cuanto del descubrimiento de que un problema nuestro fundamental no puede encontrar respuesta en nosotros ni en los demás». Lo decía el testimonio que citamos ayer: nadie puede devolverle a aquella mujer el hijo que ha perdido. Por ello, «se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de todo compromiso serio con la propia humanidad. Esto lo puede entender muy bien todo aquel que haya creído haber encontrado la solución a una gran necesidad suya en algo o en alguien y luego esto haya desaparecido, se haya ido, o se haya revelado incapaz de responder. Estamos solos con nuestras necesidades, con nuestra necesidad de ser y de vivir intensamente. Como uno que está solo en el desierto: lo único que puede hacer es esperar a que alguien llegue. Y la solución no será ciertamente el hombre; porque lo que se trata de resolver son precisamente las necesidades del hombre»¹³¹.

Solo esta conciencia nos permite comprender la naturaleza de nuestra soledad. Si la reducimos al hecho de estar solos físicamente, podemos resolver el problema de muchos modos. Pero si la verdadera soledad es producto de la impotencia ante nuestras exigencias últimas, ante nuestra necesidad de ser y de cumplimiento, de la que tantas veces no nos damos cuenta, entonces la cuestión es si hay algo capaz de vencerla, porque no podemos responder por nosotros mismos y tampoco juntos a nuestra necesidad profunda de ser.

¹³¹ L. Giussani, *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 31-32.

El hijo pródigo creía que se conocía a sí mismo, que conocía la naturaleza de su necesidad, y creyó que podía resolver la cuestión marchándose de casa con su parte de la herencia. Pero la presunción de arreglárselas por sí mismo desvela pronto su mentira: en un momento dado comprende que necesita algo distinto, algo que no se puede dar a sí mismo. Solo cuando descubrimos verdaderamente quiénes somos, el alcance de nuestras exigencias, podremos darnos cuenta de aquello que es capaz de responder a ellas. Por eso siempre me ha impresionado –lo he repetido en muchas ocasiones– la famosa frase de Chesterton: «El problema de nuestros sabios no es que no encuentren la respuesta, sino que ni siquiera ven el acertijo»¹³², es decir, no comprenden el problema, no entienden de qué se trata. De aquí nace nuestra presunción de arreglárnoslas solos. En cambio, cuando uno se da cuenta del origen de su soledad, y por tanto de su impotencia, entiende que a tal problema solo puede responder otro, alguien distinto de nosotros, más grande que nosotros, uno que esté a la altura de nuestra exigencia humana. ¡Para esto ha venido Cristo! Él es el único que puede vencer nuestra impotencia.

Queda por contestar la segunda parte de la pregunta, que se refiere al nexo entre frecuentar una compañía viva y la relación personal con el Misterio. A este propósito, es esencial apuntar cuál es la conciencia que el mismo Cristo tiene de sí: Él se concibe como relación con el Padre, como «el enviado del Padre» («El que cree en mí, no cree en mí, sino en el Padre que me ha enviado»¹³³); y su misión es la de introducir al hombre, es decir, a cada uno de nosotros, en la relación definitiva con el misterio de Dios, del Padre, del que todo recibe su consistencia, del que depende mi vida en este instante. Si Cristo trata de atraernos hacia sí, es únicamente para introducirnos en la relación con el Padre («He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo»¹³⁴). Este remitir a Otro es lo que define también a la Iglesia, es decir a nosotros, que hemos sido aferrados por Cristo a través de un encuentro y nos hallamos aquí: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo»¹³⁵. Don Giussani nos ha dado testimonio de esto con su vida. Cuando celebró su funeral, el cardenal Ratzinger lo subrayó: «Por haber guiado a las personas no hacia sí mismo, sino hacia Cristo, se ganó los corazones, ayudó a mejorar el mundo, a abrir las puertas del mundo para el cielo»¹³⁶. Giussani no nos ató a sí mismo, sino que nos llevó a Cristo.

¹³² G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, Acantilado, Barcelona 2013, p. 40.

¹³³ Cf. Jn 12,44.

¹³⁴ Jn 17,6.

¹³⁵ Jn 20,21.

¹³⁶ J. Ratzinger, «Homilía en el funeral de don Giussani, Milán, 24 de febrero de 2005», en A. Savorana, *Luigi Giussani: su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 1233.

Lo que don Giussani nos propuso siempre fue, efectivamente, un lugar, frecuentar un lugar –la compañía, la Iglesia–, pero por la finalidad para la que existe ese lugar: hacer que Cristo sea experimentable, introducirnos en la relación personal con Cristo y, a través de Él, en la dependencia reconocida del Padre. Incluso un ateo, cuando se encuentra con alguno de nosotros, se ve remitido a «otro lugar», como decía la carta de nuestra amiga citada ayer, es decir, a algo distinto, más grande que nosotros, que es la profundidad de lo que se ve. Si se nos invita a frecuentar un lugar es para que podamos entrar en relación con Aquel que lo genera, con el único que puede responder a la necesidad de nuestra vida. Pero si no «vemos el acertijo», si no tenemos una conciencia viva de nuestra exigencia, no podremos ni siquiera abrirnos a reconocer a Cristo y no comprenderemos la naturaleza extraña de nuestra compañía. Por eso muchas veces nos quedamos desilusionados.

Prosperi. Uno de los pasajes que ha suscitado más preguntas ha sido el del Innominado de Manzoni; nos has hecho la pregunta: «¿Quién es nuestro cardenal, el cardenal de cada uno?». Esto ha planteado el tema de la autoridad en nuestra vida. Formulo así la pregunta, entre las muchas recibidas.

«¿Podrías aclarar por qué la autoridad es el modo con el que el Misterio nos alcanza? ¿Qué es y quién es autoridad?».

Carrón. Cuando afronto esta cuestión me acuerdo siempre, nuevamente, de otro pasaje de *Huellas de experiencia cristiana* en el que don Giussani nos ayuda a comprender la naturaleza de la autoridad y cómo surgió originalmente. Y siempre debemos partir de aquí.

Después de haber aclarado el significado de la soledad, es decir, el sentido de impotencia, y de haber afrontado el tema de la comunidad, se concentra en la autoridad. ¿Y cómo la describe? «En el ámbito en que vivimos [en la comunidad en la que nos hallamos, conscientes de nuestra impotencia] existen *de hecho* personas que tienen mayor sensibilidad para una experiencia de humanidad, que tienen *de hecho* una mayor comprensión del ambiente y de las personas, que provocan *de hecho* más fácilmente un movimiento de comunidad. Viven nuestra experiencia más intensamente, más comprometidos; cada uno de nosotros se siente mejor representado en ellos; estando ellos, uno se siente más a gusto codo a codo con los demás, en comunidad. Reconocer este fenómeno es tener lealtad hacia uno mismo y hacia la propia humanidad; es un deber de sabiduría. Pero el encuentro con quien más siente y comprende mi experiencia, mi sufrimiento, mi necesidad, mi espera, me lleva naturalmente a *seguirle*, a hacerme *discípulo* suyo por esa exigencia humana que, al descubrirnos impotentes y solos, nos empuja a unirnos con él. En este sentido

tales personas constituyen naturalmente para nosotros una *autoridad*, aunque no estén condecoradas con derechos o títulos»¹³⁷. No es en primer lugar una cuestión de roles, a los que muchas veces reducimos el problema de la autoridad. La clave es reconocer esas personas que me ayudan a crecer y a vivir la experiencia humana con una plenitud mayor, tal como deseo.

Por eso, «de forma natural se convierte en autoridad el que más lealmente comprende y vive la experiencia humana. La autoridad surge así como una riqueza de experiencia que se impone a los demás». Una persona se convierte en autoridad por la evidencia de lo que porta. «Genera novedad, asombro y respeto. Hay un atractivo inevitable en ella», como sucedió con Jesús: «Este sí que tiene autoridad»¹³⁸ y no los escribas. De este modo nace la autoridad de forma natural, y así renacerá siempre. Por eso es fácil reconocerla.

Cada uno de nosotros está llamado a una lealtad en relación a lo que ve surgir en su propia experiencia. Quien secunda las sugerencias que la experiencia le proporciona no tendrá ningún problema en identificar la autoridad, no tendrá ninguna dificultad para identificar a su cardenal, porque será evidente. Es directamente proporcional a la conciencia de la naturaleza de la necesidad: cuanto más necesitado está uno, cuanto más consciente es del alcance de su necesidad, más fácilmente reconoce a la autoridad. El reconocimiento de una autoridad está estrechamente ligado con la experiencia de la propia impotencia. De hecho, si uno no es presuntuoso, si se da cuenta de la impotencia que vive, se reconoce necesitado, se adhiere con mayor facilidad a quien le testimonia más persuasivamente la existencia de una respuesta y le ayuda a vivirla.

Por el contrario, si creemos que podemos apañárnoslas solos, aunque tengamos delante la respuesta con todas las evidencias posibles e imaginables, no la reconoceremos, como les pasó a los que se encontraron delante de Jesús y no le reconocieron. ¿Por qué? Porque Jesús vino para los pobres, para los enfermos, para los que son leales con su herida, con su incapacidad estructural para llegar al fondo de sí mismos. Estos, nada más verle, se adhieren a Él con sencillez, por un amor a sí mismos y no porque tengan que someterse a ninguna regla; se adhieren porque no quieren perder la vida viviendo.

Don Giussani nos ha ayudado a comprender las cosas mirando el momento en que surgen; de ese modo, todo se vuelve decididamente más sencillo. De hecho, si observamos cómo suceden las cosas en la experiencia, todo se vuelve sencillo.

¹³⁷ L. Giussani, *Huellas de experiencia cristiana*, op., cit., pp. 38-39.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 39.

Durante la Asamblea de los Ejercicios de la Fraternidad en España surgió una pregunta análoga sobre el tema de la autoridad:

«La experiencia de la correspondencia que nace del encuentro me vincula en el origen a la realidad histórica del movimiento y a quien guía esa realidad, porque en el inicio esos elementos están unidos. Cuando era estudiante, eso estaba unido en la experiencia. La única forma de seguir experimentando la correspondencia es el seguimiento del lugar donde Cristo me ha sucedido. Me doy cuenta de que, después de veinticinco años de movimiento, cuando me separo de la experiencia de la correspondencia, cuando me separo de mi verdadera necesidad, de la urgencia de mi humanidad, de mis heridas, de mis exigencias, mi relación con la comunidad y con la autoridad se convierten en algo que ya no es constitutivo de mi persona. En la experiencia del encuentro, la comunidad y la autoridad son constitutivas de mi persona. A veces he vivido el movimiento como si pudiese vivirlo o no, como si pudiese adherirme o no, como si pudiese estar de acuerdo o no, como si pudiese tener una posición de “me gusta” o “no me gusta”: en nuestro mundo contemporáneo, como somos hijos de Instagram, el “me gusta” o “no me gusta” es el criterio de juicio. Muchas veces puedo estar en CL y haber experimentado un cierto escepticismo; me doy cuenta de que incluso siguiendo CL me puedo hacer escéptico. Y me doy cuenta de que el problema está en el juicio de correspondencia, en juzgar, en seguir la correspondencia inicial juzgada (inicial y presente). Esto lo veo a veces en distintos ambientes del movimiento, lo veo con los bachilleres o incluso con los adultos: puede haber una forma de estar en el movimiento separada de este factor originario donde se da todo unido. En la experiencia del encuentro, la correspondencia, la comunidad y la autoridad están unidas. Quería que nos ayudases en este punto».

Carrón: Me parece que lo que has dicho ayuda a entender claramente qué tipo de experiencia vive cada uno de nosotros. Porque es evidente que cuando falta alguno de estos elementos el tipo de experiencia es totalmente distinto. A veces resolvemos el problema de forma abstracta y no –como has explicado muy bien– unido en la experiencia. Porque a veces pensamos que la autoridad es algo añadido a la experiencia desde fuera, cuando no es así. ¿Por qué? Pues porque, como he señalado, no todas las experiencias del cristianismo son iguales. En *Por qué la Iglesia*¹³⁹, don Giussani describe tres actitudes ante el hecho cristiano, tres métodos para alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo, de los que se derivan distintas consecuencias: el método racionalista, el protestante y el ortodoxo-católico. El primero considera a Jesús como un

¹³⁹ Cf. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 30-52.

mero hecho del pasado, como tantos otros, al que se le pueden aplicar las categorías de la «razón histórica». Esto reduce el contenido del mensaje cristiano –Dios se ha convertido en presencia en la historia– antes incluso de haberlo considerado. El segundo reconoce el contenido del gran anuncio, pero lo confina a un momento determinado: Dios se ha hecho presente en la humanidad únicamente en un punto, Cristo. ¿Cómo puede entonces un hombre de hoy alcanzar la certeza sobre esta presencia? A través de una experiencia exclusivamente interior, una iluminación del Espíritu. Se trata de una actitud que, aunque es profundamente religiosa, no respeta todos los datos del anuncio cristiano. En cambio, el tercer método es coherente con la estructura del acontecimiento cristiano tal como se ha propuesto originalmente: en Cristo, Dios se ha convertido en una presencia íntegramente humana y permanece como tal en la historia a través de la realidad de la Iglesia, la compañía de los creyentes en Él; el encuentro con Su presencia hoy –un encuentro en el que se dan juntos el aspecto exterior e interior, objetivo y subjetivo– es el método para llegar a la certeza acerca de Él.

Los dos primeros métodos, aunque contienen elementos de verdad, conducen a una experiencia totalmente distinta de la que genera el tercero. La experiencia de una persona para la que el cristianismo no es un acontecimiento presente y a la que le falta el punto de referencia objetivo que procede de la autoridad (protestantismo) es completamente distinta de la de un católico. Pero es necesario que nosotros descubramos esta diferencia en nuestra experiencia personal de la comunidad, es decir, de una realidad guiada; si no lo hacemos, la autoridad nos parecerá siempre algo extraño a nuestra fe, y como consecuencia el cristianismo estará a merced de un subjetivismo último, es decir, del arbitrio de nuestra interpretación. Hace un mes, una chica me pedía una aclaración sobre el significado de la autoridad del Papa. Le dije: «Si hablas diez minutos con una persona, puedes entender por lo que te dice de la Iglesia si dentro de su experiencia está presente la autoridad del Papa, no necesitas ir a hablar con el Papa para verificar si lo que ella dice de la Iglesia coincide con el pensamiento papal». Nos bastan diez minutos para comprender si una persona tiene dentro de sí el vínculo con la autoridad del Papa. Es suficiente con que abra la boca para que entendamos si en su experiencia existe el nexo con la autoridad, o bien si la autoridad es para ella algo extrínseco, algo añadido a su experiencia desde fuera. Sucede lo mismo en la vida del movimiento. Como dice Giussani en el capítulo primero de *Huellas experiencia cristiana*¹⁴⁰,

¹⁴⁰ Cf. L. Giussani, *Huellas de experiencia cristiana*, op. cit., pp. 37-40.

la autoridad es un elemento constitutivo de la experiencia humana¹⁴¹. Pero, ¿cómo puede uno entender si lo es efectivamente para sí mismo? Por el tipo de experiencia que vive. Porque nosotros llevamos estampado en la cara el tipo de experiencia que vivimos. «El árbol se conoce por su fruto»¹⁴², es decir, por la experiencia de correspondencia que uno vive se comprende la verdad del origen del que brota. Es un método absolutamente infalible, porque solo un cierto árbol produce ciertos frutos; un árbol distinto no puede producir los mismos frutos. Con mi forma de vivir testimonio el tipo de experiencia que vivo en la comunidad cristiana. Don Giussani observa que no existe comunidad cristiana sin la referencia última a la autoridad, no existe un carisma católico que no tenga un vínculo último con la autoridad. No es simplemente un problema teológico, es algo que está en la raíz de nuestra experiencia cristiana; por eso cada uno de nosotros, en su forma de vivir, canta delante de todos su «*Traviata*».

Prosperi. Hay dos preguntas ligadas entre ellas.

«¿Qué significa que la experiencia implica la inteligencia del sentido de las cosas y que la realidad no se puede aferrar completamente si no se afirma su significado?».

«Has dicho que pueden suceder hechos increíbles y en cambio que no aprendamos nada, y que para comprender el alcance de lo que sucede en la vida es preciso secundar la exaltación de la “capacidad cognoscitiva de la conciencia” que el hecho mismo genera. ¿Puedes profundizar en este punto?».

Carrón. Seguimos uniendo entre ellas todas las preguntas.

¿Cómo me doy cuenta de que una cierta presencia es decisiva para mi vida? Esto sucede porque ella corresponde a las exigencias de mi humanidad como ninguna otra. Pero esto implica una comparación entre la realidad y mis exigencias, y por tanto un juicio de mi razón: «Aquí hay algo que corresponde por fin a lo que busco». Para tener experiencia de algo no basta con que me tope con ello, con que me provoque una reacción, es necesario que yo perciba su alcance, su significado, el nexa que tiene conmigo. La experiencia no se reduce al impacto sentimental de las cosas: implica que yo descubra su sentido, pues de no ser así, antes o después las pierdo por el camino. Por tanto, es necesario que yo comprenda el alcance de la presencia

¹⁴¹ Lo mismo vale también en el ámbito de la experiencia cristiana: «No existe ninguna versión de la experiencia cristiana [...] que no implique, al menos en última instancia, este encuentro con la comunidad y esta referencia a la autoridad» (L. Giussani, *Educare es un riesgo*, op. cit., p. 120). Ver aquí, pp. 19-20.

¹⁴² Mt 12,33.

con la que me he encontrado, que capte el nexo entre esa presencia y mi necesidad, y me dé cuenta de que crezco en la relación con ella. Esto es hacer experiencia. Si no me doy cuenta de la pertinencia de lo que sucede a mis exigencias, las cosas –por muy increíbles que sean, como los hechos que con frecuencia nos contamos– son como fragmentos inconexos, porque no percibimos el vínculo que tienen con nuestras exigencias. De este modo, como no hemos comprendido el significado del encuentro, después de un tiempo nos marchamos.

Giussani empezó todo únicamente para «mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida»¹⁴³, es decir, para que pudiésemos comprender –¡comprender!– la pertinencia del acontecimiento de Cristo, de lo que nos propone Cristo, de lo que nos propone el movimiento, a nuestro deseo humano. En caso contrario, todo se convierte en un moralismo, se convierte en algo que «tengo que» hacer; ya no me adhiero a lo que se me propone porque necesite hacerlo, porque lo reconozca como pertinente a mis exigencias, porque me haya sucedido lo más grande que me puede pasar. Si no estoy agradecido de que me haya sucedido, ¡el cristianismo se convierte en una inmensa complicación, en un peso insoportable! En cambio, cuanto más uno comprende su alcance, más se apega, más se pega –Giussani hablaba de «manos de cola» a propósito de la relación de los discípulos con Jesús– y más agradecido está: «Menos mal que existes, Cristo. Menos mal, porque si no yo estaría solo con mi nada».

Me asombra que muchas veces no prestemos atención a las cosas excepcionales que vemos que suceden entre nosotros y que testimonian las cartas que he citado. Como hemos leído en la Escuela de comunidad, podemos pasar delante de la santidad, de los muchos frutos que la inmanencia en la vida de la Iglesia genera entre nosotros y no verlos. La consecuencia es que no comprendemos su alcance.

En cambio, para responder a la segunda pregunta, cuando uno se topa con algo que percibe, a diferencia de lo demás, como verdaderamente decisivo para sí mismo, como lleno de una promesa para su vida, ¿qué sucede? Que el hecho provoca un asombro tan grande que abre su capacidad para ver, para entender. Por eso Giussani dice que «el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre», saliendo al encuentro de nuestra impotencia, ensancha, «exalta también la capacidad cognoscitiva de la conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional»¹⁴⁴ ante la que le sitúa. Como cuando un hombre se enamora y encuentra la presencia

¹⁴³ L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 19.

¹⁴⁴ *Ibidem*, pp. 120-121.

que le atrae y que le hace ser más el mismo; este acontecimiento abre su mirada, su capacidad de conocerlo todo, sobre todo a quien tiene delante, el valor que esa persona tiene para él. Y todos sabemos lo decisivo que es esto. Si no percibimos el alcance que tiene para nuestra vida la persona a la que nos vinculamos, aunque la tuviésemos siempre delante de nuestras narices, sería como si no existiese.

Si esto sucede en una relación afectiva, imaginad a qué profundidad puede suceder en la experiencia del encuentro con Cristo, del que el enamoramiento es solo un pálido reflejo. ¿Qué ha sucedido y sucede? Lo hemos escuchado en los testimonios: «He olvidado mucho, pero no esos ojos con los que he sido mirada»; desde aquel momento esa chica ya no puede mirarse a sí misma como antes, ha cambiado su forma de percibir las cosas. En el encuentro con Cristo, a través de la concreción humana de la que Él se sirve para conquistarnos, existe una evidencia que nos arrastra, que nos atrae y amplía nuestra razón, que nos abre para que comprendamos, para que reconozcamos lo que nos ha sucedido, no como algo forzado, como cuando utilizamos el calzador para hacer que entre el pie en un zapato demasiado pequeño, y tampoco como una conclusión lógica, que no le interesa a nadie, solo hace falta secundar la acción de Su presencia en nosotros. «El reconocimiento de la presencia de Cristo tiene lugar porque Cristo “vence” al individuo», me vence a mí con Su iniciativa, con Su gracia, alcanzándome a través de un encuentro humano incomparable. Por ello, sintetiza Giussani: «De igual modo que Cristo se me ofrece por medio de un acontecimiento presente, también vivifica en mí la capacidad de captar y reconocer su carácter excepcional. Y así mi libertad acepta ese acontecimiento, acepta reconocerlo»¹⁴⁵.

Prosperi. «Citando a Ratzinger, has dicho que “la posibilidad de ‘ver’ a Dios depende de la purificación del corazón”, de la pobreza de espíritu. ¿En qué consiste esta purificación? Has dicho también que tenemos que llegar a ser conscientes del nexo entre conocimiento y pobreza, y también que la única moralidad es la pobreza de espíritu del reconocimiento. ¿Puedes retomar el nexo entre pobreza y conocimiento?».

Carrón. Ratzinger observa que los Padres de la Iglesia evidencian el nexo entre conocimiento y pobreza y que esto es lo que el Evangelio repite continuamente: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. [...] Bienaventurados los limpios de corazón, por-

¹⁴⁵ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 37-38.

que ellos verán a Dios»¹⁴⁶. El Evangelio no pone más condición –para conocer, para reconocer a Dios– que esta pobreza. Por eso he insistido en la impotencia. De hecho, hemos sido creados para un destino infinito («Nos hiciste, Señor, para ti»¹⁴⁷) que no podemos alcanzar con nuestras fuerzas; no podemos responder por nosotros mismos a la exigencia de plenitud que nos constituye. Para esto ha venido Cristo. Ha venido porque sin Él no podemos hacer nada, pero realmente nada, para responder a nuestra sed de felicidad, de destino. Es inútil enfadarse con la realidad –con la mujer, el marido, el trabajo, las circunstancias– porque nada puede responder adecuadamente a nuestra exigencia de felicidad: «Todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo»¹⁴⁸, decía Leopardi. Por eso es inútil que nos enfademos con la vida. Lo único que puedes hacer es esperar que suceda Aquel que trae la respuesta. Junto al reconocimiento de la propia impotencia estructural y a la conciencia de que la respuesta solo puede venir de Otro, se necesita sencillez de corazón para reconocerle y adherirnos a Él. «Quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él»¹⁴⁹, lo perderá.

Por tanto, lo único que tenemos que hacer ante el don sin igual de Su presencia es acogerlo. Cuanto más conocemos a Cristo, y reconocemos el don que representa para nosotros, tanto más nos damos cuenta de que nuestra actividad primera y originaria delante de Él –delante del Ser que se ha vuelto compañía en la historia– es una pasividad¹⁵⁰: recibir y reconocer con sencillez de corazón a Aquel que viene y sigue viniendo a salvarnos. Muchas veces me encuentro con personas que viven el movimiento con una sencillez desarmante, que me deja sin palabras. Me gustaría que todos lo pudiesen ver. Porque la vida no es un problema de inteligencia, sino de pobreza, de sencillez de corazón, y esto permite que nos demos cuenta de lo que nos ha sucedido. Debemos hacernos cada vez más como niños. Ser niños no es un infantilismo, como muchas veces pensamos. En el niño pequeño las cosas son todavía espontáneas, pero no ha adquirido una conciencia de ellas. Ser niños siendo adultos, ¡esta es la gran cuestión! Para nosotros es casi una ingenuidad, es casi una contradicción pensar que como adultos podamos ser niños. En cambio, esta es la verdadera sabiduría, la única sabiduría que indica el Evangelio, la que debemos tener si no queremos perdernos lo mejor.

¹⁴⁶ Mt 5,3-8.

¹⁴⁷ San Agustín, *Confesiones*, I,1,1.

¹⁴⁸ G. Leopardi, «Pensamientos» LXVIII, en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 466.

¹⁴⁹ Mc 10,15.

¹⁵⁰ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 147.

En su vida terrena, Jesús nos testimonió cómo puede un adulto seguir siendo niño: «Yo hago siempre lo que le agrada al Padre»¹⁵¹. Es lo que también nos testimonió Giussani hasta su muerte: se asombraba por todo, cualquier cosa le hacía entusiasmarse, le brillaban los ojos como a un niño. Sin esta sencillez de corazón perdemos la vida. Nuestra vocación es conquistar aquello para lo que el Misterio nos ha hecho, pero lo que Él quiere darnos, el don de Su presencia, es tan desproporcionado con respecto a nuestras capacidades, a nuestras fuerzas, que solo podemos estar disponibles –como niños– para recibirlo, reconocerlo y abrazarlo. Entonces todo se vuelve sencillo.

Prosperi. Lo que acabas de decir del niño con respecto a la sabiduría vale también para la dimensión afectiva, hasta el punto de que, en la relación con el padre y la madre, cuando esta relación está clara, el niño tiene una certeza que el adulto muchas veces no consigue tener en la relación con la realidad; de hecho, el adulto tiende a reducir su experiencia a los aspectos psicológicos, es decir, a cómo siente las cosas partiendo de sí mismo. En un momento dado has hablado del cambio, y aquí viene la pregunta.

«¿Puedes profundizar en qué significa que el problema es superar una imagen psicológica del cambio y nuestro intento de medirlo?».

Hay otra pregunta que da un paso más.

«Has hablado de la fidelidad como aquello que produce el cambio, pero has dicho que dicha fidelidad no se puede reconducir a algo ético, a un problema de capacidad; sin embargo esto presupone que yo esté presente, supone un movimiento mío, mi libertad. ¿De qué modo puede la fidelidad no entrar en conflicto con este movimiento de mi persona, terminando en un esfuerzo ético?».

Carrón. Partamos de la segunda pregunta y del ejemplo más sencillo, que es el del enamoramiento. Enamorarse no puede ser el resultado de un esfuerzo ético (en caso contrario, si fuese suficiente con quererlo, habría una cola enorme con todos los que están en busca de alguien que responda a su deseo de ser amados), no es algo que podamos generar nosotros. Pero cuando sucede debemos acogerlo, la libertad debe implicarse. La fidelidad es la implicación de nuestra libertad con un hecho que ha sucedido, que no producimos nosotros; la fidelidad es continuamente evocada y sostenida por ese mismo hecho que vuelve a suceder una y otra vez, es decir, por la contemporaneidad de Cristo, como dije en la lección de ayer por la tarde.

Pasando a la primera cuestión, que está estrechamente vinculada con lo que acabamos de decir, subrayaba también ayer que el cambio no se puede

¹⁵¹ Cf. Jn 8,29.

reducir a su imagen psicológica, es decir, a algo que puedo medir: era de temperamento irascible y lo sigo siendo; creía que volvía a casa cambiado después de estos días y me enfado como antes por mi mal carácter, entonces pienso que no queda nada de lo que he vivido. Es esta imagen del cambio lo que nos bloquea. Siempre estamos tentados de identificarlo con un potenciamiento de nuestras capacidades, con ser más eficaces, que es lo que muchos tratan de obtener entrenándose.

No, este no es el cambio del que hablamos y del que tenemos necesidad. El verdadero cambio consiste en reconocer a Aquel que responde a nuestra impotencia. Al igual que no es una capacidad mía lo que genera esta respuesta, del mismo modo no puedo generar yo este cambio en mí. Como decía antes, se trata sencillamente de estar disponibles a la iniciativa que Cristo ha tomado con respecto a nuestra vida. Entonces este es el verdadero cambio: vivir todo teniendo en los ojos esa Presencia, con la conciencia de Su compañía fiel: «Mientras vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que se entregó por mí»¹⁵². El cambio es pasar de la presunción con respecto a nuestra persona al reconocimiento de Su presencia.

Se introduce de este modo en nuestra vida una diferencia, una novedad, que perciben incluso los demás, pero que no se corresponde con las imágenes que nos hacemos, que no consiste en una impecabilidad, una indefectibilidad y una superioridad nuestras, como fruto de nuestra capacidad, sino con el reflejo en nosotros del reconocimiento de Aquel que responde a nuestra impotencia, de la certeza de Su presencia, que poco a poco entra en nuestras entrañas. Es como un matiz de alegría, de fecundidad y de positividad, que se insinúa lentamente en todo lo que hacemos, aunque sigamos siendo tan frágiles como siempre.

Don Giussani lo dijo con claridad: el cambio es el reconocimiento de esa presencia viva que sale a nuestro encuentro, no algo que yo mido. Todo lo demás procede de aquí; quizá suceda también lo que tú deseas que llegue –por ejemplo, el cambio de tu mal carácter–, pero no es necesario; y, en cualquier caso, siempre sucederá según un tiempo y un designio que no son los tuyos. Y esto es lo que tantas veces nos hace enloquecer a causa de nuestra impaciencia; nos gustaría cambiar de la forma y en los tiempos que establecemos nosotros, en vez de estar agradecidos sencillamente porque Él está. Es Él quien nos libera de medirnos. Como sucede con el niño: está su padre, está su madre, no hay necesidad de medir. El cambio llegará, pero según un designio que no es el mío.

¹⁵² Cf. Ga 2,20.

Prosperi. La siguiente pregunta es personal. La hemos elegido porque nos afecta a todos de un modo u otro.

«Estoy viviendo ahora mismo en mi familia el mismo drama del padre de la parábola del hijo pródigo. Pero, ¿cómo hizo ese padre para dejar marchar a su hijo, para no ceder a la tentación de ir a buscarle entre las prostitutas y traerle de vuelta a casa? ¿Dónde encontró la fuerza para dejar a su hijo la libertad de no volver y por tanto, a lo mejor, de no volver a verle? Lo que me interesa ahora no es tanto la posición del hijo, sino la del padre. ¿Cómo hizo para esperar con tanta libertad a que el hijo volviese, sin rabia? Si no hubiera sido así, no habría hecho aquella fiesta a su vuelta. ¿De qué vivió durante la espera? Creo que no soy capaz de vivir con una ausencia tan grande».

Carrón. Este es nuestro problema: nosotros no somos capaces, y por eso nunca nos comportaremos como el padre del hijo pródigo. En cambio, ¿por qué Dios sí es capaz? El porqué radica en la plenitud de la vida divina, es decir, de la relación de amor libre y recíproco entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y para comunicar tal sobreabundante plenitud, Dios crea un ser, el yo humano, hecho a su imagen y semejanza, es decir, libre, que refleja originalmente el misterio del Ser uno y trino justamente en esta libertad. Y Dios le deja libre precisamente porque le ama infinitamente, como solo Dios puede amar. La parábola del hijo pródigo expresa por tanto la verdadera naturaleza de Dios: el padre ama tanto al hijo que le deja libre, sabe que sin libertad sería tan solo un esclavo en su casa.

Don Giussani formuló frases verdaderamente asombrosas que quizá conviene leer; son útiles para todos los que entre vosotros estáis preocupados por la libertad de los hijos: «El sacrificio tal vez mayor de unos padres, seguramente el mayor después del de ver morir a algún hijo suyo, es ver a un hijo al que han educado con amor, al que le han dado todo lo que podían, tomar decisiones y caminos, formular juicios distintos de los que ellos consideran justos. Es lo más terrible que experimentamos también con nuestros alumnos en el colegio. Pero para un padre o una madre es cien mil veces más duro». Sin embargo, en esta actitud anida una posible tentación, que don Giussani quiere desenmascarar: «El poder sobre las almas: poseerlas por su bien, arrancarles la libertad para asegurar su felicidad», ¡siempre por el bien del hijo, naturalmente! Muy distinta es la perspectiva cristiana: «¡Cristo ha muerto para darnos la libertad!». Prosigue Giussani: «Cuanto más fuertemente se desea la libertad de nuestros alumnos [o de nuestros hijos], es decir, que alcancen su destino [...], más dolorosa y milagrosamente se profundiza en el respeto a sus decisiones, en el respeto a sus movimientos. No puede

haber para ellos una felicidad que no hayan elegido ellos, un destino que no hayan reconocido y aceptado ellos»¹⁵³.

Por eso la libertad no juega un papel decisivo únicamente en el camino hacia el destino, sino también en el descubrimiento del mismo. «Ciertamente —concluye Giussani— preferiríamos agarrarles por el cuello y llevarles a donde deben ir. Preferiríamos ir contra su libertad, entendida como libertad de elección», por la inquietud que nos asalta. ¿Pero qué es lo único que puede aplacarla? «Lo que nos da verdaderamente paz es que hay Uno [con mayúscula], Otro [con mayúscula] que les quiere, que ha establecido una alianza con ellos, dándoles el ser»¹⁵⁴.

Ante estas preocupaciones familiares, pienso siempre en lo expectante que está Dios ante nosotros. Si vosotros estáis en vilo ante el destino de vuestros hijos, imaginad Dios, que podría hacer muchas cosas que ni siquiera nos imaginamos y no las hace; ¡qué trepidación! ¿Por qué Él puede esperar, qué le sostiene? Solo la plenitud que vive. Por ello, el único modo de responder verdaderamente a esta inquietud se llama «virginidad», es decir, una relación tan potente con el Misterio que me hace libre para dejar al hijo su libertad. Y no porque no desee todo el bien para el hijo, sino porque quiero que alcance su bien a través de la libertad. Es necesario que yo tenga tal paz, tal consistencia y certeza de que hay Alguien que le quiere, que ha dado la vida por él y ha establecido una alianza con él, que me permita esperarle como le espera Él. ¡Qué relación tenéis y tenemos que tener con Cristo para poder educar así a nuestros hijos y a nuestros jóvenes, sin ceder a la tentación de sustituir su libertad!

Pero esto no quiere decir que no podamos hacer nada. No es que Dios no haya hecho nada: ha enviado a Su hijo para dar la vida por nosotros, para hacer posible esta experiencia de plenitud. No ha mandado a Cristo para quitarnos la libertad. Cristo ha esperado, como decíamos ayer, a que el hombre le reconociese. Y nosotros, ¿qué podemos hacer? Aquello que más necesitan los hijos: vivir delante de ellos, más que decirles solo lo que tienen que hacer. ¡Vivamos delante de ellos! Pongamos delante de ellos un atractivo tal que puedan verse desafiados por la belleza que ven vibrar en nosotros, hasta el punto de que puedan adherirse libremente, y no con calzador. Muchas veces estamos preocupados de que se adhieran, pero no de su libertad.

¿Estáis preocupados por vuestros hijos? Vivid como adultos, testimoniándoles el atractivo de vuestra vida. Es lo único que ha hecho Dios: ha enviado

¹⁵³ L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 210-211.

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 211.

a Su hijo para ofrecernos a todos un atractivo tan potente que pueda conquistarnos. Sin esto, solo generaremos lugares en donde los hijos se ahoguen, en vez de lugares en donde puedan respirar, lugares que despierten en ellos el deseo de implicarse y de participar.

Durante la Asamblea de los Ejercicios de la Fraternidad en España surgió una pregunta análoga sobre el papel de la libertad en el fenómeno del conocimiento.

«Esta mañana has dicho que la libertad no es solo ir hacia Dios una vez que lo hemos descubierto, sino que se juega en el mismo descubrimiento de Dios. No entiendo, porque a mí me parece que el descubrimiento de Dios es algo inmediato: cuando sucede, lo descubres. Entonces, ¿qué quiere decir que la libertad se juega en el mismo descubrimiento de Dios?».

Carrón. Este es el problema. No entendemos que en el conocimiento se ponen en juego constantemente la razón y la libertad. En *El sentido religioso* don Giussani establece tres premisas que implican tres elementos: para conocer, dice, hacen falta *realismo* (la realidad tiene la primacía: es el objeto el que determina el método de conocimiento), *razonabilidad* (se necesita un uso adecuado de la razón por parte del sujeto cognoscente) y *moralidad* (aquí aparece la libertad, que entra necesariamente en juego en la posición que asume el sujeto)¹⁵⁵. Él propone un ejemplo que puede ayudar a comprender esta cuestión. Cuando Pasteur descubrió el papel de los microorganismos en medicina, todos los científicos habrían tenido que reconocer el valor de lo que había visto en el microscopio –era evidente que había puesto las manos sobre algo importante y nuevo–; en cambio, los científicos más prestigiosos de la época fueron los más feroces opositores de aquel descubrimiento. ¿Por qué? Porque no estaban en juego únicamente la realidad y la razón, sino también su libertad, su prestigio se sentía amenazado por dicho descubrimiento.

La libertad juega un papel decisivo en el conocimiento. Todos sabían que el ciego de nacimiento era ciego; sin embargo, después de la curación milagrosa algunos trataron incluso de demostrar que no era él; no estaban dispuestos a aceptar lo que había sucedido, su libertad rechazaba reconocerlo; no porque no fuese evidente, sino por una cerrazón preventiva frente a ese hecho. Por eso se dice que «no hay peor ciego que el que no quiere ver». Lo que significa que la libertad es una parte capital en el conocimiento.

La libertad no entra en juego únicamente en el camino hacia lo que he descubierto después de que lo he descubierto, sino también y ante todo en el

¹⁵⁵ Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 17-55.

descubrimiento mismo. Por eso la sencillez de corazón es decisiva en el conocimiento. Los episodios de Pasteur y del ciego de nacimiento no afectan solo al pasado, sino que valen también para hoy. De hecho, a veces, después de haber participado en ciertos encuentros, al escuchar el relato que de ellos hacen algunos, me digo: pero, ¿hemos estado en el mismo sitio? ¿Hemos visto las mismas cosas? Al escuchar las distintas descripciones parece que no han sucedido las mismas cosas. Yo me pregunto: ¿es porque algunos han desarrollado una actitud crítica más refinada o simplemente porque no están dispuestos a ver? Sin una apertura, sin una disponibilidad de la libertad, realmente ya no vemos las cosas que suceden. Lo hemos estudiado en la Escuela de comunidad: «Se puede pasar junto al milagro, el equilibrio humano o la intensidad de la experiencia de santidad que hay en la Iglesia con una actitud perfectamente ajena a todo ello»¹⁵⁶, es decir, sin ver. Por el contrario, llega otro y, frente a las mismas cosas, se sorprende de lo que ve. Esto atestigua que la libertad juega constantemente un papel en el conocimiento. Es decisivo darse cuenta de ello, porque si sucede algo y no lo reconocemos (por la razón que sea), nos perdemos lo mejor: pensamos que no está sucediendo nada y en cambio está sucediendo. Atención: no es que yo no lo reconozca porque no suceda. La clave está aquí: como yo digo que no puede suceder, cuando sucede no lo reconozco, niego que haya sucedido, hasta llegar a decir: el ciego de nacimiento no era ciego; Pasteur no ha visto lo que ha visto. Debemos tomar conciencia de este elemento de la libertad. Tú dices: pero si una cosa es evidente, ¿qué necesidad hay de la libertad? No, no, calma. Hay un elemento de libertad que se pone en juego, que se está poniendo en juego ahora, un papel determinante en mi reconocimiento y en el tuyo de lo que está sucediendo ahora delante de nosotros.

Prosperi. «Has hablado de la verificación como el único camino de la personalización de la fe. Por cómo hablas de ello es algo apasionante, mientras que muchas veces entre nosotros...».

Carrón. ¡Es apasionante porque la verificación es de Cristo, no de nuestros intentos!

Prosperi. De hecho, «muchas veces entre nosotros se vive la verificación como un moralismo y así, al no identificarnos, en realidad no verificamos otra cosa más que nuestro intento, que no puede dejar de deprimirnos...».

¹⁵⁶ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 316.

Carrón. ¡Perfecto!

Prosperi. «¿Puedes ayudarnos a entender los términos de la verificación que nos estás desafiando a llevar a cabo? Si la experiencia de Cristo es algo que no tiene vuelta atrás, pues genera un atractivo indestructible del que no consigo separarme, ¿por qué necesitamos hacer una verificación? ¿De qué se trata?».

Carrón. Tenemos que ver si lo que nos ha sucedido es verdad en cualquier situación. Esta es la verificación que nos hace estar cada vez más ciertos: experimentar que Cristo sirve para todo, que es capaz de responder a todo, que es verdad ante cualquier desafío, no solo en los que pensamos que puede responder, ¡sino en todo! Cuanto mayor es el desafío, más deseoso estoy de ver cómo se las arreglará Él esta vez. Porque la verificación es de Cristo. Si yo espero todo de Cristo, en cualquier situación, cuando pierdo un hijo o cuando no lo tengo, estaré expectante por ver cómo me llevará a la plenitud, sin que se realice la imagen de cumplimiento que yo tengo. ¿Cómo me llevará a experimentar el «ciento por uno aquí», no según la imagen que yo me he construido?

Nosotros creemos que el cumplimiento es solo aquello que encaja en nuestra imagen, que con frecuencia es la que la mentalidad común nos proporciona, pero dicha imagen es demasiado pequeña, demasiado reducida. ¿Estamos dispuestos para aceptar el desafío que supone que Cristo pueda cumplir nuestra vida de un modo que va más allá de nuestra medida? ¿Estamos dispuestos a darle espacio para que nos lo pueda mostrar? ¿Le ofrecemos la posibilidad? Solo los sencillos de corazón pueden aceptar el desafío de esta verificación, no los que piensan que o Cristo se adecúa a lo que yo tengo en la cabeza o la Suya no será una respuesta real.

Prosperi. Las dos últimas preguntas tienen que ver con tu insistencia en el lugar como camino.

«¿Puedes aclarar el punto del lugar que es camino? ¿Sirve cualquier compañía cristiana o existe una compañía específica? ¿Cuáles son sus características?».

«La fuente de la memoria es la comunidad viva, hombres que están juntos porque está Cristo. Pero este mismo lugar (las personas que lo componen) puede llegar a convertirse en una objeción. ¿Cómo superar esta objeción?».

Carrón. El lugar es el que ha generado y genera Cristo a través de aquellos a los que Él aferra y que Le reconocen. La cuestión es si nosotros estamos juntos por Cristo, porque queremos ir al destino que es Cristo. Preguntémo-

nos: ¿es Cristo la razón por la que estamos juntos, por lo menos como tensión? ¿Quiénes de nosotros quieren estar juntos para ayudarse a caminar al destino? ¿Quiénes quieren estar juntos única y exclusivamente por Cristo? Si nos planteamos esta pregunta empezaremos a ver quién es capaz de hacernos compañía de verdad. Las características son clarísimas, cualquier otra razón de nuestro estar juntos es insuficiente en última instancia. Esto requiere de nosotros lealtad: «¿Quiénes son los que me acompañan de verdad? ¿Son todos iguales?». Si sabemos distinguir un médico que responde a nuestra necesidad de uno que no lo consigue, ¿cómo podemos distinguir cuándo una compañía nos lleva al destino y cuándo no lo hace? ¿Necesitamos hacer un curso en Harvard? ¡No perdamos el tiempo!

Es fácil identificar el lugar que es camino; no se trata de inventarlo, sino de reconocerlo y secundarlo.

SANTA MISA

Lecturas de la santa misa: Is 50,4-7; Sal 21 (22); Fil 2,6-11; Lc 22,14 - 23,56

HOMILÍA DE JULIÁN CARRÓN

En esta Semana Santa, la Iglesia nos muestra el método elegido por Dios para atraer nuestra libertad sin censurarla. «Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo». El método de Dios es despojarse incluso de su condición divina para asumir «una condición de esclavo». Y al aceptar la condición de esclavo, poniéndose a sí mismo por entero en manos del Padre, según un designio que también era dramático para Él porque pasaba por Su entrega y Su muerte, Cristo nos enseñó cuál es el único método que Dios considera adecuado para atraernos: la entrega de Sí, un amor hasta el final. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos».

Este es el amor que Dios pone delante de nuestros ojos. La Iglesia nos da toda una semana para mirarlo, para que cada uno de nosotros pueda verse sacudido por el único método en el que Dios confía, es decir, Su amor por nosotros. No hay ninguna otra cosa que pueda mover verdaderamente la libertad, que consiga atraerla, solo esto. Esto también nos indica el camino a nosotros, llamados a compartir este mismo método en la relación con todos los hombres, para comunicar a todos lo que se nos ha dado como gracia: una pasión por su destino, como la de Cristo por nosotros, un interés por cada uno de ellos, según la forma en que Dios se ha interesado por nosotros. Esta es nuestra aportación al mundo, que no puede diferir de la forma con que Dios se ha movido. Una gratitud invade entonces nuestra vida, al ver el amor que Dios tiene por nosotros, para que podamos dar testimonio de ello a todos, libres de cualquier resultado, igual que Él se entregó poniéndolo todo en manos del Padre.

AVISO
Julián Carrón

Fondo común

Siempre es muy conmovedor recibir vuestras cartas sobre el fondo común.

«He leído con mucha pena el estado de mis donativos al fondo común del año pasado. Era y soy consciente de ello. Mi familia está pasando por un grave problema económico. Los ingresos –ya bajos– han disminuido aún más porque el mercado laboral de mi marido no ha dejado de reducirse y los intentos de encontrar nuevos trabajos no han dado resultado. Probablemente tendremos que tomar decisiones incluso sobre nuestra casa. Por ello, tengo que reducir a la mitad mi contribución –ya mínima– al fondo común con la esperanza de que esto me facilite la fidelidad al gesto. Quiero seguir firmemente vinculada a esta amistad que me ha educado y me educa en el sentido de la vida».

Os leo esta carta porque me conmueve el hecho de que uno tenga la sencillez de decir que, al no poder mantener el compromiso adquirido, reduce su contribución al fondo común. Que entre nosotros haya personas que tienen esta libertad muestra una conciencia adulta que francamente me conmueve.

Entre las contribuciones recibidas para la preparación de los Ejercicios me ha llamado la atención la experiencia del fondo común que algunos describen:

«Cuando don Gius lanzó la propuesta de adquirir “ladrillos” para comprar el Sacro Cuore y proporcionar una “casa” al movimiento, mi mujer y yo, que nunca hemos tenido la posibilidad de comprarnos una casa, fuimos a pedir un préstamo al banco».

«Cuando mi empresa quebró, me quedé casi un año sin trabajo y, durante quince años, he tenido que destinar gran parte de mis ingresos a saldar la deuda adquirida por el cierre. Durante todo este tiempo, lo que siempre hemos querido mantener, poniéndolo por delante de casi todo lo demás, ha sido la aportación al fondo común de la Fraternidad. Por supuesto, hemos tenido que reducir la aportación y todavía hoy no hemos podido volver al importe inicial, pero nunca hemos dejado de hacerlo. ¿Por qué? Porque sostener esta presencia, esta vida, que es directamente el movimiento e indirectamente la Iglesia, es la verdadera garantía para la vida de nuestros hijos y nietos, para que permanezca materialmente una presencia que cualquiera pueda encontrar y seguir tal y como la pudimos encontrar nosotros». Esto lo dice alguien que ha entendido la importancia de lo que vivimos juntos.

Un matrimonio joven escribe: «La decisión de secundar la vocación a la que el Señor nos llama ha nacido y crecido dentro de un camino de fe que llevamos años haciendo juntos. En este camino de fe, la compañía del movimiento ha sido fundamental. Sin esta compañía que constantemente nos ayuda a mirar hasta el fondo y a descubrir nuestra relación constante con el Misterio, dar este paso sería inimaginable para nosotros. Agradecidos por el encuentro que hemos tenido, deseamos contribuir al crecimiento del movimiento con la esperanza de que también otros puedan ser alcanzados por la misma gracia que nosotros. Por eso queremos hacer un donativo que pueda sostener las necesidades e intenciones del movimiento».

Hay quien está agradecido porque, después de varias dificultades, ha podido graduarse; o quien al cumplir 60 años hace un donativo para nuestras misiones, «para que Cristo pueda ser más conocido y amado en el mundo». Hay un grupo de Fraternidad que ha hecho una donación extraordinaria por las bodas de oro de un matrimonio del grupo, «en señal de gratitud por una vida en la que descubren juntos diariamente esa presencia encarnada que transforma las jornadas y el tiempo».

Por último, nos ha sorprendido un amigo que ha llamado a la secretaria de la Fraternidad diciendo que este era el primer año que no podía ir a los Ejercicios por problemas de salud. Pero quería participar igualmente, de la manera que pudiera, por eso ha hecho una transferencia extraordinaria con la cantidad correspondiente a la inscripción en los Ejercicios.

MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos:

Una vez más la Providencia concede a todos los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación el intenso gesto de estos Ejercicios espirituales en común.

Es una ocasión privilegiada para profundizar en la relación con Cristo como sentido de toda nuestra vida, y para buscar en esta relación el camino para acoger a cada hermano en la fe, a cada hombre.

«¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». El título de este año desvela inmediatamente una clara conciencia de las grandes dificultades que estamos atravesando tanto a nivel eclesial como civil.

El Siervo de Dios Monseñor Giussani y su carisma indican la respuesta a esta pregunta. Vivimos con verdad y justicia cuando dejamos transparentar nuestra fe decidida que quiere seguir, a pesar de nuestros límites, la orientación que Dios da a nuestra existencia y a la de toda la familia humana. Solo una libertad que se deja llevar dócilmente por la mano de Dios resiste el embate del tiempo y lo transforma, no sin sacrificio ni dolor, en ocasión de una vida más intensa y bella.

Os aseguro a todos mi oración y mi bendición.

Con afecto,

S.E.R. cardenal Angelo Scola

Arzobispo emérito de Milán

Querido Julián Carrón:

Recibe mi saludo y mi oración por el buen resultado de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación de este año 2019.

Me siento cercano a vosotros en estos días de gracia, siempre decisivos para la maduración en la experiencia del carisma de don Giussani, que muestra su capacidad de responder a la espera del corazón favoreciendo que mucha gente se encuentre con Cristo y con la Iglesia.

Los ejercicios son un acontecimiento en sí porque hacen posible que vuelva a suceder un nuevo inicio y documentan la posibilidad de que perdure en el tiempo la fascinación del primer encuentro. Por eso, esta pregunta crucial, «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?», nos pone en una postura adecuada, que no podemos dar por descontada, de humildad y disponibilidad para ir a beber del agua viva del amor de Cristo que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14).

Rezo por la Fraternidad de CL que tú, Julián, guías, para que, plenamente fiel al Santo Padre el papa Francisco, continúe con ardor su misión y sea un signo de la permanencia de la misericordia del Señor en la Iglesia y en el mundo.

Os saludo cordialmente e invoco sobre todos vosotros la bendición del Señor y la protección de la Madre de Dios,

S.E.R. monseñor Filippo Santoro

Arzobispo Metropolitano de Taranto

Querido Julián:

Me ha llamado mucho la atención que el título de los Ejercicios de este año sea una pregunta, «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». Es una pregunta verdadera y dramática en esta época en que la Iglesia vive un momento de pasión y donde domina una profunda confusión en el corazón de nuestros hermanos los hombres.

No obstante, existe una Presencia irreductible que vuelve a acontecer por gracia en la vida de hombres y mujeres reales, incluso en circunstancias imprevisibles: solo el acontecimiento de «Aquel que está entre nosotros», el Resucitado que vive —«*Christus vivit*»— puede resistir «el embate del tiempo».

Acompaño con mi oración y mi bendición este gran gesto de los Ejercicios, para que se vean colmados de Su dulce presencia.

S.E.R. monseñor Corrado Sanguineti

Obispo de Pavía

TELEGRAMAS ENVIADOS

A Su Santidad el papa Francisco

Santidad:

Veintidós mil miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación han participado en los Ejercicios espirituales anuales celebrados en Rímíni, además de varios miles de personas conectadas desde trece países, con el título «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». Acogiendo la invitación contenida en su mensaje –que tanto le agradecemos– a «escrutar los signos de los tiempos», hemos identificado uno de esos signos en la urgencia de algo que perdure en este cambio de época. Esto nos hace más conscientes de la naturaleza del cristianismo tal como nos ha alcanzado mediante el carisma de don Giussani: un encuentro imprevisible que nos ha hecho experimentar el ser preferidos. «Eres precioso a mis ojos» (Is 43,4). Nos hemos identificado con la experiencia de los primeros: «Los discípulos que iban tras Él eran unos pobrecillos como tú y como yo, pero toda la novedad de su esperanza nacía de esa Presencia. Que esa Presencia siga siendo contemporánea para mí, para los hijos, para los que vendrán después, dentro de cien millones de años: ¡esta es la victoria que vence al mundo, esto es lo divino en la historia!». El único que resiste el embate del tiempo, «el que nos libera es alguien que vive. Es Cristo resucitado» (*Christus vivit*), que permanece históricamente presente en un lugar de vida, la «Iglesia santa», y nos alcanza con testimonios de santidad.

Regresamos a nuestras casas más ciertos de que Él vive, por el ciento por uno que nos permite experimentar aquí y ahora: una paz y una alegría que nos llenan de estupor. Pidiendo a la Virgen que cada cosa que toquemos pueda verse revestida por la Novedad que nos ha conquistado, seguimos rezando por usted, Santidad, testigo del Dios vivo por la alegría que vemos en su rostro de padre y guía del pueblo cristiano.

Feliz Pascua de parte de todos nosotros, sus hijos de la Fraternidad.

Julián Carrón, pbro.

A Su Santidad el papa emérito Benedicto XVI

Santidad:

Los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación han abordado la pregunta que don Giussani se planteó frente a la re-

volución del 68, de la que usted ha hablado recientemente: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». Hemos profundizado en la conciencia de la diferencia del cristianismo como un acontecimiento nuevo en el mundo: vivo quiere decir presente, Cristo resucitado. Él es quien resiste el embate del tiempo. ¡Qué impresión leer en su reciente texto que el Resucitado nos sigue alcanzando hoy en la «Iglesia santa» a través de «testigos del Dios vivo» que nos hacen «alegres en la fe»! Conscientes de la deuda infinita que tenemos hacia su persona, le deseamos un feliz cumpleaños y una feliz Pascua.

Julián Carrón, pbro.

A S.E.R. cardenal Kevin Joseph Farrell

Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Queridísima Eminencia:

Veintidós mil miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación han participado en los Ejercicios espirituales anuales en Rímìni, además de algunos miles conectados vía satélite desde trece países. A la pregunta: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?», hemos respondido con las palabras del papa Francisco: «Es alguien que vive. Es Cristo resucitado» (*Christus vivit*), que nos alcanza en un encuentro histórico y concreto. En la memoria del carisma de don Giussani –nuestro padre en la fe–, que nos colma de entusiasmo por Cristo y por el Papa, renovamos nuestro compromiso de dar testimonio de la novedad que nos ha conquistado para siempre, creando –en la medida de lo posible– espacios de vida para la fe. Feliz Pascua de resurrección.

Julián Carrón, pbro.

A S.E.R. cardenal Gualtiero Bassetti

Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana

Queridísima Eminencia:

«¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». Nos lo hemos preguntado durante los Ejercicios espirituales que han reunido en Rímìni a veintidós mil miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación de toda Italia. En el legado de don Giussani y el magisterio del papa Francisco hemos encontrado una respuesta convincente, que permite vencer el miedo, tan extendido hoy entre nuestros hermanos los hombres: «¡Vivo quiere decir presente!». «Quien nos libera es alguien que vive. Es Cristo resucitado» (*Christus vivit*). Esto es lo que queremos testimoniar en la realidad cotidiana, como hijos de

la «Iglesia santa», alegres en la fe y abiertos al encuentro con todos. Feliz Pascua.

Julián Carrón, pbro.

*A S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo emérito de Milán*

Gracias, queridísimo Angelo, por lo que nos has escrito.

El camino recorrido por don Giussani nos ha ayudado a madurar en la conciencia de que solo la novedad imprevista e imprevisible que ha acontecido en nuestra vida –Cristo vivo– es capaz de resistir el embate del tiempo; lo vemos en los frutos de la vida de quien decide secundar la evidencia de Su presencia: un gozo y una paz que llenan de gratitud. Feliz Pascua.

Julián Carrón, pbro.

*A S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo Metropolitano de Taranto*

Queridísimo Filippo:

Agradecidos por tus oraciones, hemos renovado nuestra disponibilidad a ceder al atractivo de Cristo, conscientes de que solo Él resiste al embate del tiempo. Esta es la certeza de nuestra fe y de nuestra misión en el mundo. Feliz Pascua.

Julián Carrón, pbro.

*A S.E.R. monseñor Corrado Sanguineti
Obispo de Pavía*

Queridísimo Corrado:

Este tiempo tan dramático para la vida de la Iglesia ha sido una ocasión preciosa para darnos cuenta de que no son nuestros esfuerzos los que resisten el embate del tiempo, sino la victoria de Cristo, «Aquel que está entre nosotros», presente en la historia de hoy como en la de hace dos mil años. Feliz Pascua.

Julián Carrón, pbro.

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía para la lectura de las imágenes tomadas de la historia del arte que acompañaban a la audición de piezas de música clásica durante la entrada y la salida)

Frescos del siglo XV en la Capilla Sixtina

El ciclo de frescos del siglo XV en las paredes de la Capilla Sixtina fue realizado entre 1481 y 1482 por algunos de los artistas más importantes del Renacimiento. El programa iconográfico incluía dos series de escenas que representaban respectivamente episodios de la vida de Moisés y de la vida de Jesús, puestos en paralelo y que se remiten mutuamente. Las dos escenas iniciales –*Nacimiento y hallazgo de Moisés* y *Natividad de Cristo*– fueron destruidas para dejar sitio al *Juicio* de Miguel Ángel en la pared del fondo. El recorrido en las paredes laterales empieza precisamente en la pared del *Juicio*. Las escenas de la vida de Moisés se encuentran en el lado izquierdo, las escenas de la vida de Cristo en el de la derecha. Las escenas finales, en la pared de entrada, se remontan a una época posterior. Cada escena reúne, casi en clave filmica, distintos episodios.

Escenas de la vida de Moisés

1. Pietro Perugino, *Moisés se despide de su suegro Jetró: El viaje de Moisés a Egipto; La circuncisión del hijo de Moisés* (Ex 4,18-26).
2. Sandro Botticelli, *Episodios de la vida de Moisés: La muerte del egipcio; El encuentro con las hijas de Jetró; La zarza ardiente; La salida de Egipto del pueblo de Israel* (Ex 2,11-21; 3,1-12).
3. Cosimo Rosselli, *El paso del Mar Rojo: El faraón reúne a los generales; El ejército egipcio ahogado en las aguas del Mar Rojo; Canto de victoria del pueblo egipcio* (Ex 14,5-31).

4. Cosimo Rosselli, ***Las tablas de la Ley y el Becerro de oro***: *La entrega de las Tablas de la Ley a Moisés; Las aguas de Masá y Meribá; La adoración del Becerro de oro; Moisés rompe las tablas de la Ley; Moisés presenta al pueblo las tablas de la Ley* (Es 24,12-17; 32,1-35; 34,1-4).

5. Sandro Botticelli, ***Castigo de Coré, Datán y Abirón***: *El intento de lapidación de Moisés; El rechazo de la ofrenda de incienso; El castigo de los rebeldes* (Num 16,1-35).

6. Luca Signorelli, ***La confirmación de la Ley y La muerte de Moisés***: *El pueblo judío reunido alrededor de Moisés; El reparto de la tierra prometida entre las tribus de Israel; La entrega de la vara de mando a Josué; Un ángel indica a Moisés, en el monte Nebo, la tierra prometida; El descenso del monte; La muerte de Moisés* (Dt 33 y 34).

7. Hendrick van den Broeck (siglo XVI), ***Disputa entre San Miguel y Satanás por el cuerpo de Moisés***, de un original de Domenico Ghirlandaio.

Escenas de la vida de Jesús

1. Pietro Perugino, ***El Bautismo de Jesús***: *La bendición del Padre; La predicación de Juan el Bautista, El Bautismo de Jesús; La predicación de Jesús* (Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,29-34).

2. Sandro Botticelli, ***Las tentaciones de Jesús***: *Las tres tentaciones de Jesús; La expulsión de Satanás; Los ángeles preparan la mesa para Jesús; Jesús rodeado de ángeles* (Mt 4,1-11; Mc 1,40-45; Lc 5,12-16).

3. Domenico Ghirlandaio, ***La vocación de los discípulos***: *La llamada a Pedro y Andrés; La pesca milagrosa, La llamada a Santiago y Juan* (Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11).

4. Cosimo Rosselli, ***El sermón de la montaña y La curación del leproso*** (Mt 5 y 7; Lc 6,17-49; Mt 8,1-4; Mc 1,40-45; Lc 5,12-16).

5. Pietro Perugino, ***La entrega de las llaves***: *El tributo; El intento de lapidación de Jesús* (Mt 17,24-27; Jn 8,31-59; 10,31-39).

6. Cosimo Rosselli, ***La última cena***: *La oración en el huerto, El prendimiento de Jesús y La Crucifixión* (Mt 26,17-29; Mc 14,12-25; Lc 22,7-23; Jn 13,21-30).

7. Matteo da Lecce (siglo XVI), ***La resurrección***, de un original de Luca Signorelli.

Imágenes de G. Vannini y G. Roli para Scripta Manent.

Copyright Governatorato SCV – Dirección de los Museos Vaticanos.

Todos los derechos están reservados.

COMENTARIOS DE DON GIUSSANI A LA MÚSICA DE ENTRADA AL SALÓN

Los textos están tomados del libro *Spirto Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidata da Luigi Giussani*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, BUR, Milán 2011.

Viernes 12 de abril, por la noche – L. van Beethoven, *Sinfonía n. 7*

«Es un acorde que llena casi toda la pieza y la domina, mientras la melodía encierra tal sugestión y riqueza de variaciones que uno tendría que estar contento por ello pero ya no puede estarlo: el tema del destino y de la tristeza predomina sobre el tema de la vida como un trasfondo constante» (p. 96).

Sábado 13 de abril, por la mañana – L. van Beethoven, *Cuarteto de cuerda en la menor, op. 132*

«“Es bueno dar gracias al Señor”, ¡es hermoso reconocer al Señor! Cuando escuchamos a Beethoven, aunque sea un minuto, decimos en nuestro interior: ¡qué hermoso! La belleza de reconocer al Señor es de esta naturaleza, pero más profunda. Es como la raíz que profundiza bajo la apariencia apenas esbozada del árbol que está naciendo; sin comparación mucho más profunda y estable, como la forma total de la belleza ante las formas parciales y efímeras» (p. 175).

Sábado 13 de abril, tarde – W.A. Mozart, *Concierto para piano y orquesta n. 20*

«La Belleza establece un nexo entre el presente y lo eterno, por el cual el presente es signo de lo eterno, es experiencia inicial de lo eterno. De esta forma, el gusto por la vida empieza a latir con una nota inconfundible, la nota de lo permanente: la justicia, el amor. En una palabra: la exigencia de la satisfacción total, la exigencia de que el yo llegue a plenitud (solo por una presencia gozosa nuestro corazón se llena a su vez de gozo: estando solos la alegría no puede florecer)» (p. 64).

Domingo 14 de abril, mañana – W.A. Mozart, *Sonatas para piano y violín K 304, 376, 378, 301*

«La música envolvente, penetrante y persuasiva de Mozart [...] nace de la experiencia de la absoluta gratuidad de la piedad del Ser, que se inclina continuamente sobre nuestra permanente indigencia. [...] ¿Qué piedad es

esta sino el deseo y casi la angustia –Cristo lo manifestó en la cruz– que el Misterio creador tiene de nuestra felicidad? No solo de nuestra felicidad eterna, sino de la de hoy. ¡De la de ahora!» (p. 86).

Índice

MENSAJE ENVIADO POR EL PAPA FRANCISCO	3
---------------------------------------	---

Viernes 12 de abril, por la noche

INTRODUCCIÓN	4
SANTA MISA – HOMILÍA DE STEFANO ALBERTO	16

Sábado 13 de abril, por la mañana

PRIMERA MEDITACIÓN – « <i>Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios</i> » (Mt 5,8)	17
SANTA MISA – HOMILÍA DE S.E.R. MONSEÑOR MATTEO ZUPPI	37

Sábado 13 de abril, por la tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN – « <i>Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe</i> » (1Jn 5,4)	42
---	----

Domingo 14 de abril, por la mañana

ASAMBLEA	64
SANTA MISA – HOMILÍA DE JULIÁN CARRÓN	83
AVISO	84
MENSAJES RECIBIDOS	86
TELEGRAMAS ENVIADOS	88
EL ARTE Y LA MÚSICA EN NUESTRA COMPAÑÍA	91

© 2019 Fraternidad de Comunión y Liberación para los textos de L. Giussani y J. Carrón

En portada: *Cristo en el limbro rescita a los elegidos* (siglo XV).

Capilla de San Sebastián, Lanslevillard, Francia. © De Agostini Picture Library/Scala, Firenze.

Traducido del italiano por Belén de la Vega.

Suplemento de la revista *Huellas-Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2019

Maquetación: Ultreya, Srl.

Impresión: Artes Gráficas Cofás, S.A.

Depósito Legal: M-17470-1994

ISSN: 1695-5137

